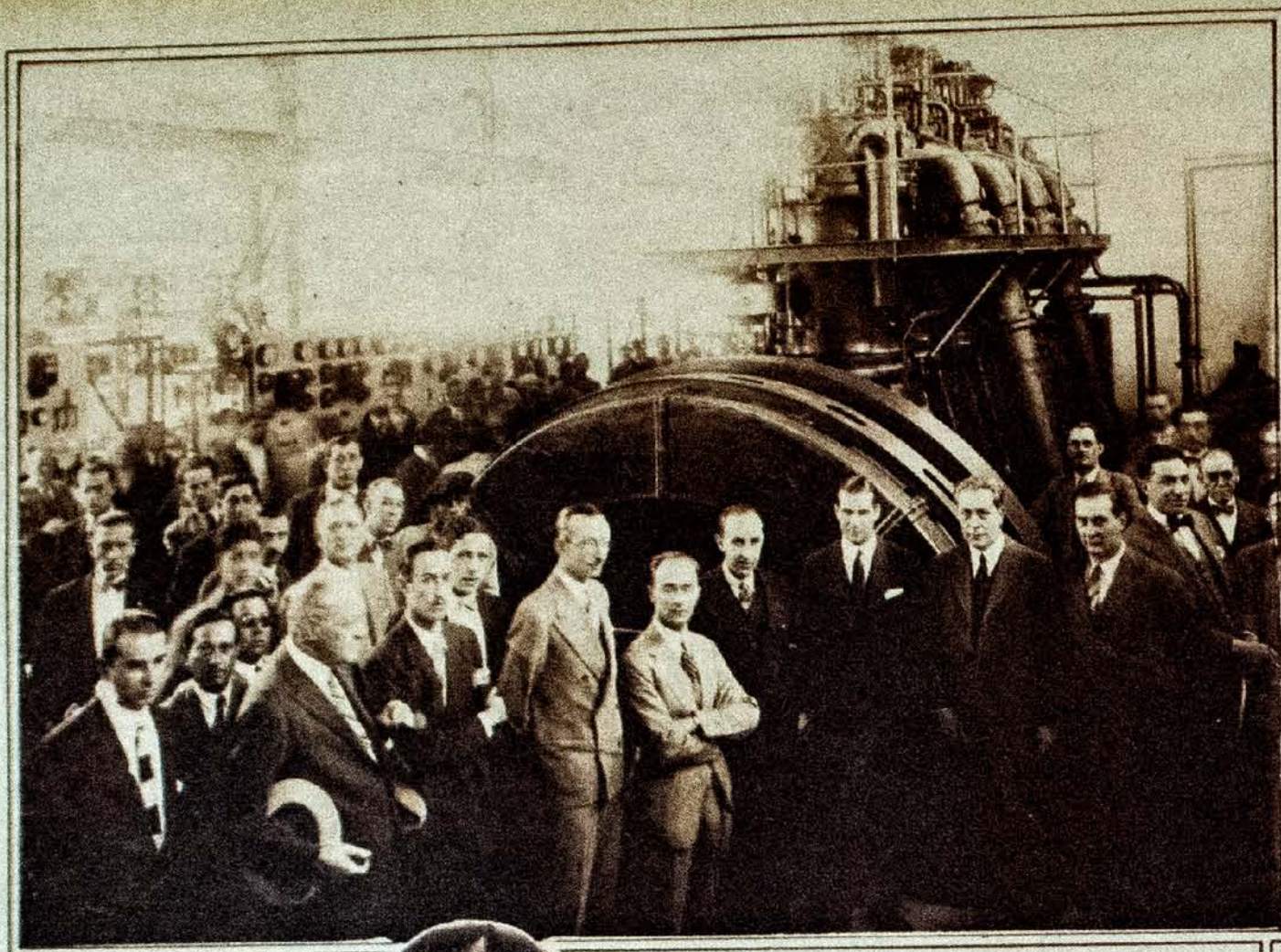
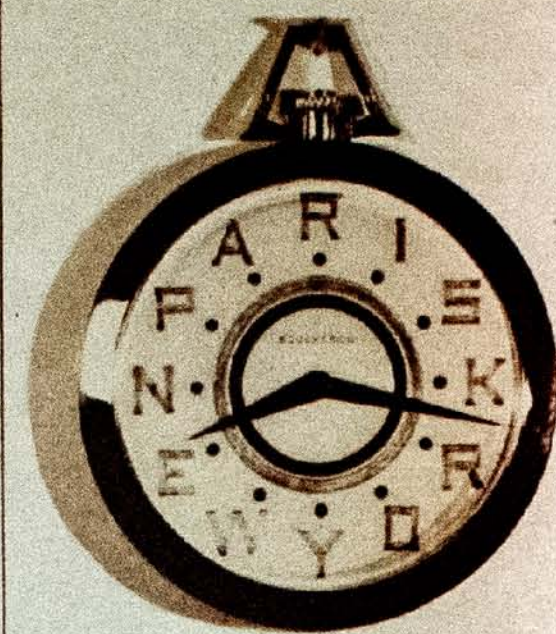




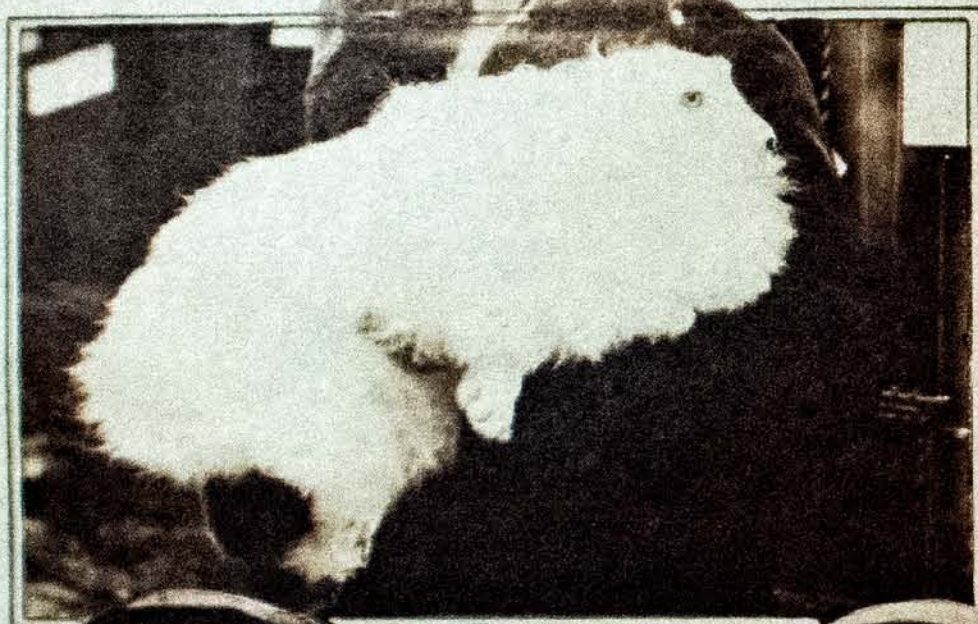
LABRIGOS DE LA GAITERA
(Fot. J. Ortiz Echagüe)



Acto inaugural de la usina hidroeléctrica "Las Sierras", en Valle Hermosa, Córdoba.

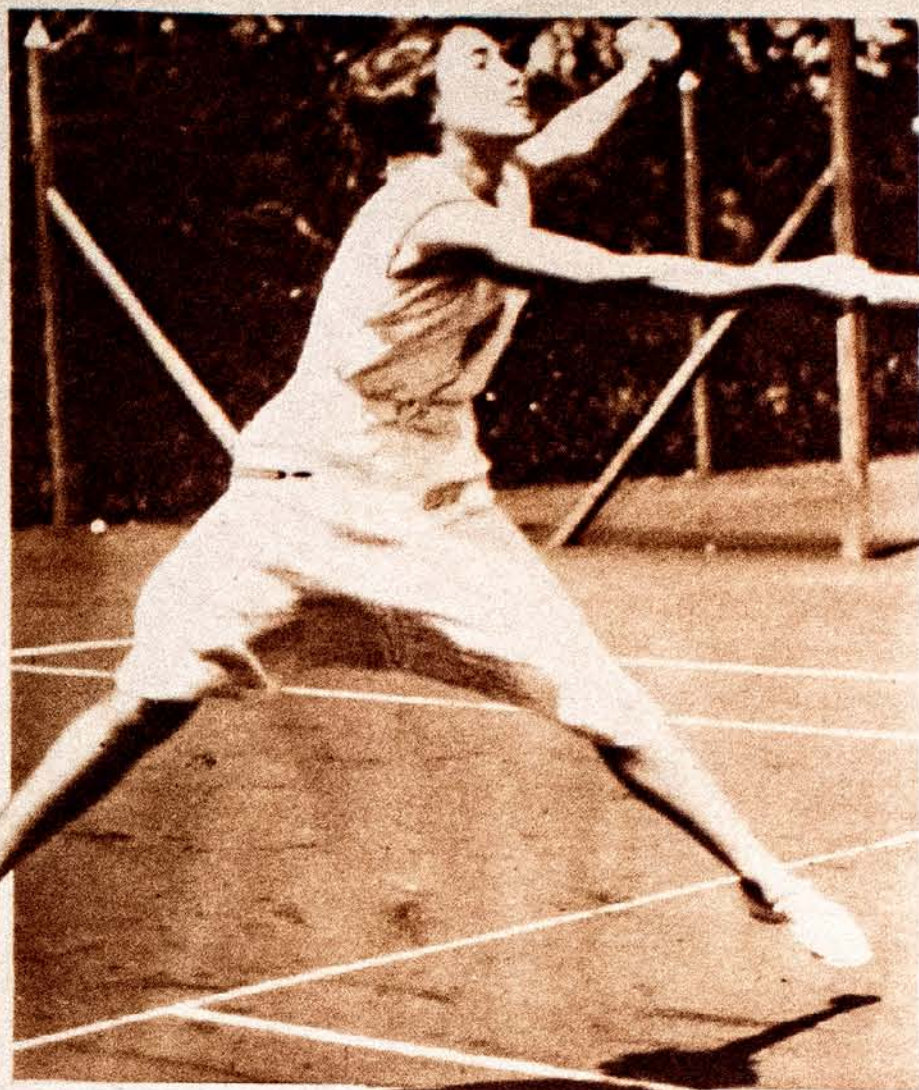


La ciudad de París regaló a los aviadores Costes y Bellonte relojes recordatorios de la hazaña cumplida con el "¿".



Angora francés blanco, en brazos de su expositora, en el Parque de Exposiciones de la Puerta de Versailles.





! Mi
golpe
favorito?

El "drive".

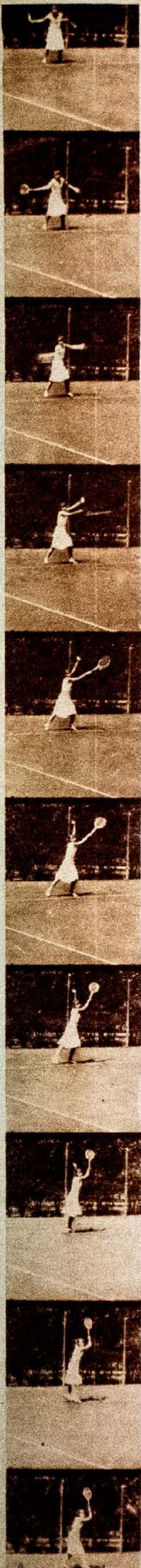
ES el "drive" de derecha, ha respondido a nuestra pregunta

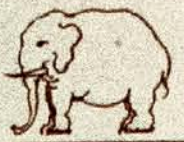
ANALIA OBARRIO DE AGUIRRE

capitana del equipo de damas del Tennis Club Argentino que desde la edad de quince años actúa en nuestros "courts". Conquistó repetidas veces toda suerte de campeonatos nacionales y del Río de la Plata. Es, ciertamente, una figura de calificación en el sport argentino.



Rematando un "lob"



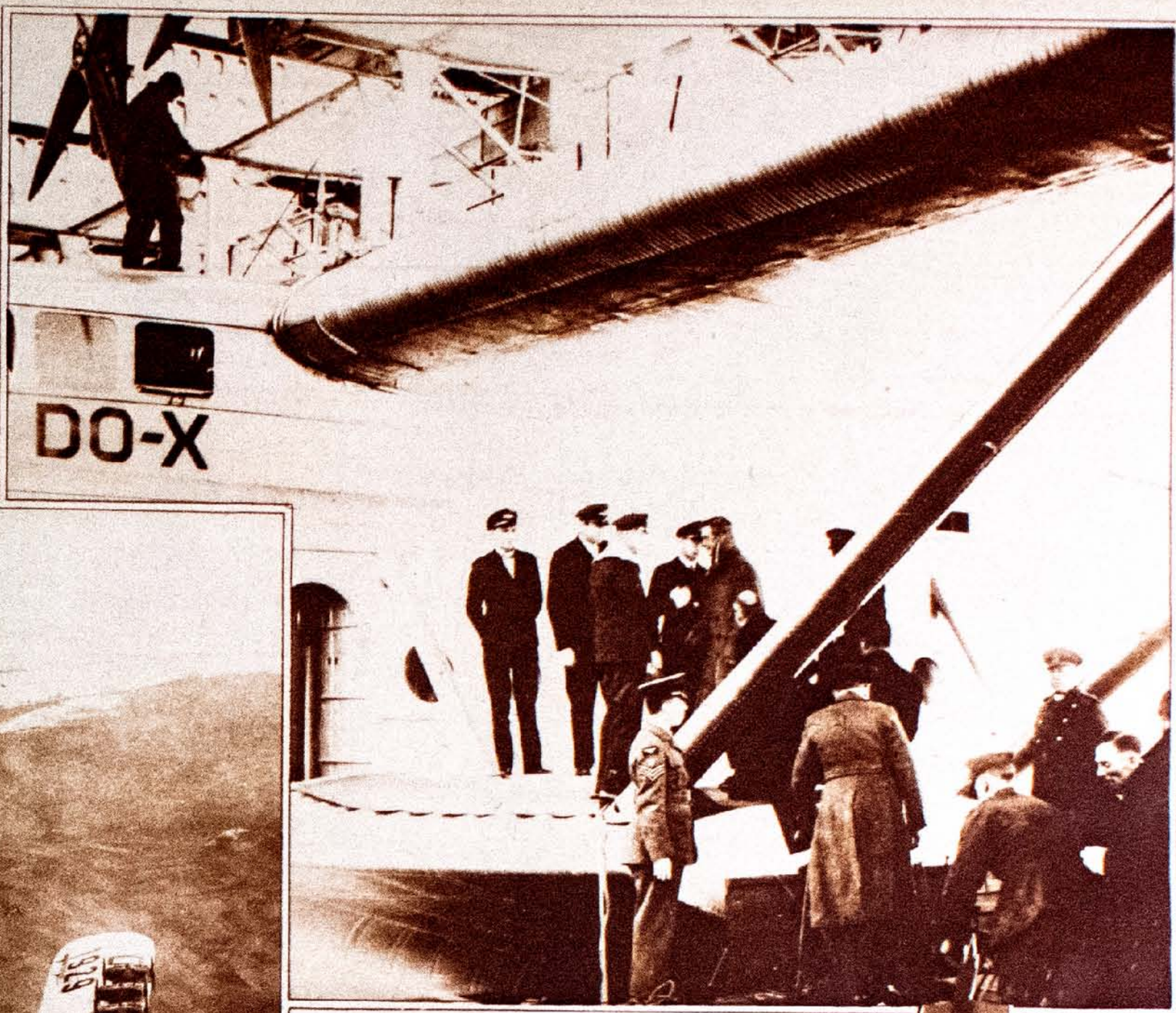


El tradicional desfile que se realiza en Londres, en oportunidad de la toma de posesión del Lord Mayor de la ciudad, es de intensa atracción para el público. La representación de la India pasando entre una densa multitud en el Ludgate Circus.

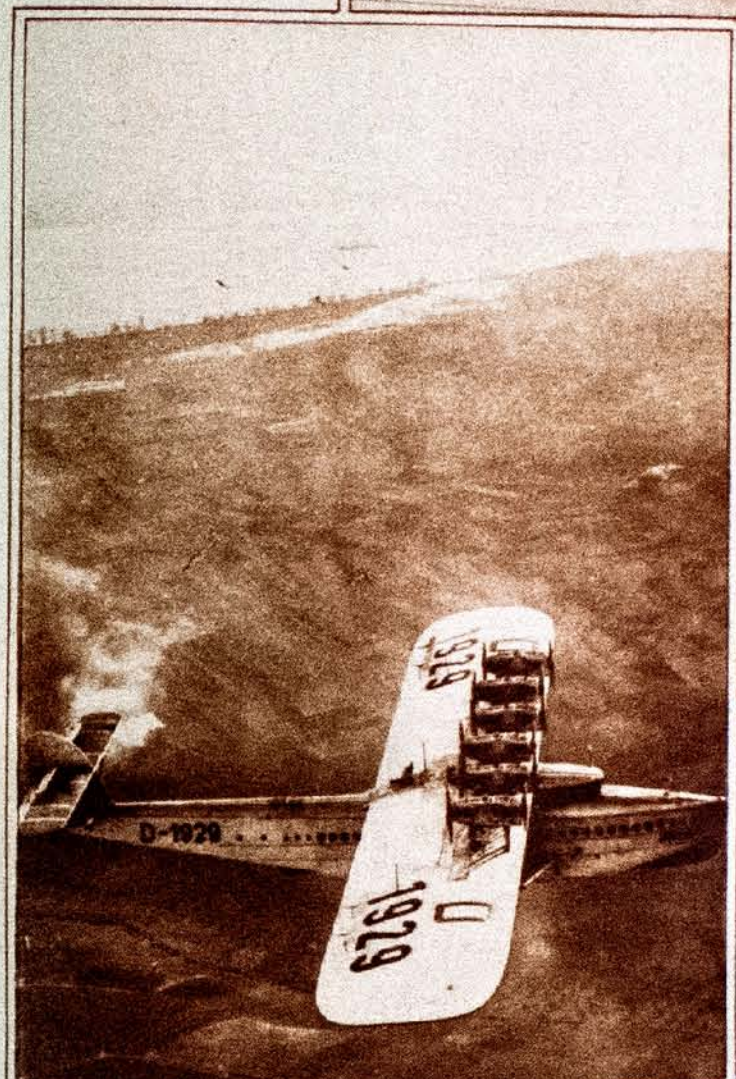


La pintora paraguaya Srta. Alejandrina Genovesse, de 18 años de edad, que ha expuesto sus obras en el Gimnasio Pacagnaro, de Asunción.

Piloteado por Horts Metz, el hidroavión alemán evoluciona sobre Calshot.



El príncipe de Gales, como buen sportman, no permanece indiferente a la aviación. Llegó a Calshot en hidroavión y en seguida subió a bordo del gigantesco Dornier Do-X, en el cual hizo un viaje que duró media hora, llevando la dirección de la máquina durante diez minutos.



Las más jóvenes bailarinas del cuerpo de baile de La Opera, en París, terminados satisfactoriamente sus exámenes, ensayan las danzas que interpretarán en la Academia Nacional de Música.



Irene Delroy viste un traje de baño realmente raro, pero muy llamativo.



**CONTRASTES PORTE-
ÑOS.**—Como todas las gran-
des ciudades, Buenos Aires
tiene "anversos y reversos".
En plena centro, la calle
Maipú y la avenida Roque
Sáenz Peña se cruzan en
un rincón suntuoso de la ca-
pital. En Chacarita, en cam-
bio, hay un retacito entre
las calles Plaza y Chorro-
rín, mucho más modesto.

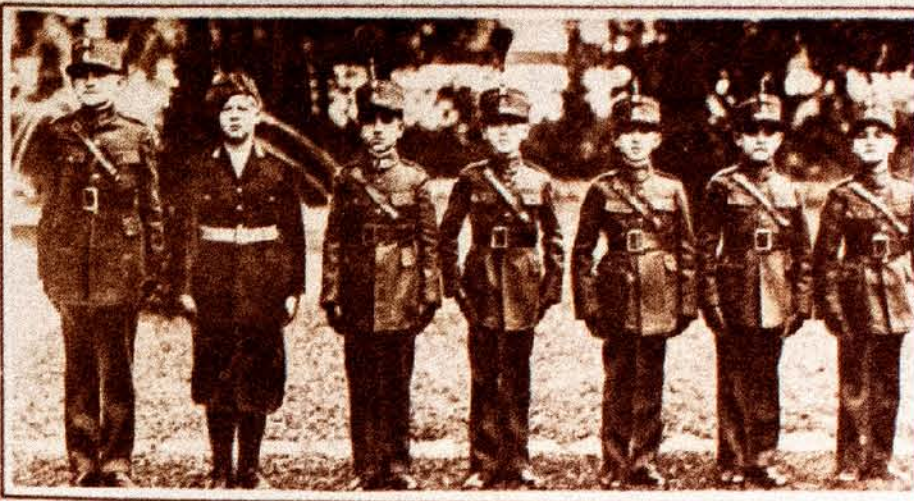


"La Pandilla", la fa-
mosa pandilla cuyas
renovadas travesuras
en la pantalla delei-
tan al mundo infan-
til y regocijan a los
grandes.

LAS CANAS

hay que hacerlas desaparecer,
pero en forma inteligente, y
ello sólo se consigue usando el
COLORANTE ALSINA,
pues su preparación embon-
tamente científica hace que
sus resultados sean perfec-
tos y siempre iguales, dando
al cabello la apariencia
del color natural.
Caja \$ 7.— Latente \$ 7.50
Para evitar falsificaciones
exige la caja sellada.
Aplicaciones y ventas:
Buenos Aires — U. S. 31 Dec. 1974

Ensayo de ciclismo a vela en la playa de Ocean View, Estados Unidos.



El príncipe Miguel de Rumania, con el uniforme de la Academia Militar y varios de sus camaradas de colegio.

Algo que Ud. nunca debe preguntar a su esposa

Por un esposo

No soy un esposo modelo — lejos de ello.

Soy olvidadizo, porfiado, egoísta. Por las mañanas al levantarme no lo hago de muy buen humor. Tiro las cenizas de mis cigarrillos en cualquier parte. Pero hay algo que ha hecho valorarme. Ocurrió la semana pasada.

Un agente de seguros me vino a ver. Un gran tipo. En quince minutos, me hizo conocer aspectos nuevos del seguro de vida. Más o menos me dijo: "Vd. está interesado en pasarlo lo mejor posible mientras viva, con el mínimo de molestias y preocupaciones". "Vd. no desea pagar alquiler toda la vida, espera alguna vez llegar a poseer su casa. Entre sus proyectos está poderse alejar alguna vez de sus actividades, para gozar de un merecido descanso."

Me indicó como mi esposa, mis hijos y yo podíamos tener una renta garantida, en el caso de incapacitarme para trabajar. Me señaló como podía proveer para la educación de mis hijos, y como llegar a disponer de una renta al retirarme de mi trabajo. Además me mostró como podía hacer todas estas cosas sobre la base de mis entradas moderadas.

"Perfectamente", le dije. "Vuelva dentro de un par de días, voy a hablar con mi esposa del asunto."

Un asunto delicado

Y ahora viene la parte que ha hecho valorarme. En esos dos días estuve pensando y diciéndome: "En los años que llevamos casados, mi esposa nunca ha pensado que yo pudiera desaparecer".

"Si el médico me llegara a encontrar cualquier cosa y no pudiera contratar mi seguro, el disgusto sería enorme."

Además me hacía esta reflexión: "Aunque mi esposa creyera que el seguro fuera conveniente, por delicadeza no insistiría para que lo tomara."

Terminé por convencerme que contestara "sí" o "no", estaba obligado a garantizarle una protección. Al cabo de unos días apareció el agente. "Bien", me dijo: "¿ha conversado con su esposa?"

"No", le respondí, "he decidido responsabili-



zarme del asunto, y le hablaré recién cuando tenga la póliza en mi poder".

"Es sorprendente", dijo el agente sonriendo, "la cantidad de hombres que se resuelven en esta misma forma".

Información a su alcance

Los hombres con sentido de responsabilidad pueden obtener información adecuada. Estamos en condiciones de poder resolver muchos problemas, ya sean sus entradas grandes o pequeñas.

Lea la lista al pie de varias cosas que podemos proporcionarle. Envíenos llenado el cupón y además del consejo oportuno recibirá un obsequio útil. Su tranquilidad y la de su familia reclaman que lo haga. No le costará nada. No contrae ninguna obligación. Envíe en seguida el cupón llenado.

La Continental

COMPANIA DE SEGUROS GENERALES

Avenida Roque Sáenz Peña 555

Buenos Aires

PARA CONSEGUIR ESTO...

ENVIE ESTE CUPON

1. FORMAR un capital cuando llegue a los 50, 55 ó 60 años.
 2. FONDOS para pagar la casa hipotecada ante cualquier eventualidad.
 3. EDUCAR a sus hijos de acuerdo a sus gustos.
 4. DINERO en efectivo para los gastos de sucesión.
 5. TENER una renta garantida si se incapacitara.
 6. DEJAR medios a su familia si a Vd. le ocurre cualquier cosa.
- Marque con una X el o los puntos que tengan más interés para Vd.

SEÑOR JEFE DE CONSULTAS:

L. N. 28

Sírvase hacerme llegar información de los puntos que señalo, sin que ello signifique obligación alguna, y además el obsequio útil.

Nombre.....

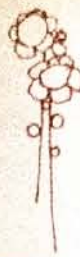
Calle.....

Ciudad.....

Provincia.....

Año de nacimiento.....

Laura Lee, estrella de la First National, en plena práctica del golf.



Mlle. París de 1930 preparando "cocktails" en un festival de caridad por ella organizado.



Leila Hyams en traje de playa.



Anita Page, lista para el baño.



Mlle. París de 1929 justipreció sus funciones de embajadora de la Ciudad Luz en 50.000 francos. Durante el juicio que entabló con ese motivo.



UE tipo pintoresco!... Traje "beige" de tela áspera y gruesa de la mejor calidad — quién mejor que yo para saberlo — y de buen corte: chambergo afelpado, guantes amarillos de

piel de Suecia emergiendo de los bolsillos de la chaqueta y una maleta "necessaire": en resumen, todo cuanto hay de mejor en materia de viajeros de tren de lujo. Y junto a todo ello, una barba de tres días, uñas enlustradas, zapatos marrones cubiertos por tres capas de polvo, y las suelas desbordantes de barro.

Ya me había chocado este contraste entre su indumentaria y su desaseo al descender del tren en la plataforma de la estación del Este, donde caminé un momento a su lado, entre la multitud...

Abroquelado en un guardapolvo blanco como en una casilla de vigía, amparado por la sombra gesticulante del peluquero a guisa de escudo, aislado del resto de la peluquería por el cliqueteo de las tijeras caracoleantes sobre mi cabeza, podía observar a mi gusto, en el espejo, al viajero que aguardaba su turno. Había rechazado con un gesto las revistas que la cajera primero, el patrón después, le habían ofrecido. Tampoco parecía dispuesto a acumular paciencia contemplando la gran puerta abierta sobre el abigarrado desfile de la calle Estrassburgo. Miraba fijo frente a sí, sin mover la cabeza ni el cuerpo, salvo de tiempo en tiempo para consultar sucesivamente su reloj de pulsera, el de cuco de la peluquería y el de campañario de la estación.

Un oficial gritó bruscamente:

—Y... noventa de vuelto para el señor!...

El viajero se sobresaltó. Volvió el rostro a la derecha y a la izquierda, hacia adelante y hacia atrás, a la manera del hombre que no se encuentra donde esperaba encontrarse y busca nerviosamente una coyuntura para huir. Por tres veces su mirada raspó el espejo donde yo seguía su juego y se hundió como una barrena en la mía. Sus tres miradas fueron tres quemaduras, como si el espejo, trocado en lupa, captara los rayos del sol: o mejor aun fueron "tres inyecciones de ojos"... de ojos o de almas.

No atiné a disimular. Evidentemente mi mirada desenmascaraba al viajero. Y también él fijó sus ojos en mí y ya no los despegó. A veces el busto del peluquero inclinado sobre mi barbilla o sobre mis orejas nos interceptaba momentáneamente: brusca irrupción en un túnel. Pronto volvía el día, y cuando el espejo me restituía el doble de mi viajero, sorprendía el doble de mi viajero, sorprendía en sus labios una sonrisa extraña — sonrisa o rictus — que en seguida se desvanecía.

Cuando salió vino a ocupar el asiento todavía tibio que yo acababa de abandonar.

★ ★ ★

A las mañanas de junio en París, a esa hora en que el sol aun no ha secado el riego de las calles y las aceras. En la terraza de un café, tres hombres empapan sendos "brioches" en la taza del desayuno, y a su alrededor, las sillas están todavía acostadas sobre las mesas y los mozos se afanan en medio del aserrín, de los baldes de agua y de la pasta de encerar.

No es ya París quien se anexa el suburbio y torna las riberas del Sena y del Marne en plazas deshonradas por papeles sucios y latas de conserva vacías, desgarradas en los bordes como obuses ya estallados. Para mí que llego de Montferteuil, es el campo quien se anexa la ciudad. Este árbol frondoso del "boulevard" es un hermano menos afortunado de los árboles que bordean la avenida que conduce a mi "villa".

Vendrá agosto y las "vacaciones largas", en la playa, entre el casino, la carpa y las idas y venidas del flujo y del reflujo, con su bagaje obligatorio de reposo y de ocio. Pero las verdaderas vacaciones son para mí esas semanas de fines de primavera, en la "villa" de Montferteuil que me legó mi padre y donde instalo a principios de junio a mi mujer y mis chicos. Los dejo todas las mañanas para volver hacia ellos de noche. Mis horas de París giran alrededor de mi "villa" y de su placido jardín. La raqueta de la mañana me lanza

VIAJERO

como un volante a través de la jornada con tanto impulso, que planeo hasta la noche sin descender. Esta liviandad me resulta deliciosa. También esta libertad, que no malgasto, que cuido celosamente, pero que me devuelve la de mis diez y ocho años. ¡Ah, si mi monedero de entonces hubiera estado tan bien provisto como mi cartera de ahora!

El almuerzo en el restaurante — a elegir entre un "grill room" o tal o cual figón añejo — sólo vale a causa de la cena en el jardín, cerca de los rosales, entre dos cabezas rizadas, frente a la mamá tan joven aun, tan "petite Lucienne", a pesar de su doble maternidad. La treintena que se aproxima y cinco años de separación. Soledad de mediodía en que me place recapitular sobre mi felicidad; trece kilómetros de alejamiento bastan a constituir la perspectiva necesaria para contemplarla en conjunto. La cerilla se extingue contra la corteza de banana o el platillo de la taza de café; el cigarro es de terciopelo perfumado. Escucho palpar el ritmo pleno de mi vida adulta, a salvo de las inquietudes y los sobresaltos de la adolescencia y tan lejos aun, gracias a Dios, de la vejez...

—¡Chauffeur!...

El taxímetro da vuelta reglamentariamente alrededor del agente de policía, que aprueba, y viene a colocarse dócilmente a ras de la acera.

—53 calle de Boissière...

Ninguna novedad en los periódicos... ¡Ah!, la Bolsa... Fondos del Estado. Ferrocarriles. Petróleo... Veamos el caucho... No muy satisfactorios los valores del caucho... "Financière des caoutchoues"... ¡Cáspita!... Brrr... ¡Qué baja!... Y el periódico dice: "los valores del caucho se agotan". Los diarios ingleses hacen notar que los "stocks" exceden las necesidades de consumo durante un año y que la necesidad de una cooperación de los productores nunca ha sido mayor. Por lo tanto, la temporada de Deauville que le había prometido a Lucienne... ¿Cómo permitirme semejante locura?

Veamos. Hay que calcular. Mi estilografía, mi libreta de apuntes... "Cita con Vanderkampff, de Roubaix, Hotel Doré, Boulevard Montmartre".

¿Qué camino ha tomado el chauffeur?... Pasar por los Campos Eliseos para ir de la calle de Estrassburgo al boulevard Montmartre...

—¡Chauffeur!...

—¿Señor?...

—¿Por dónde me lleva?...

—A la calle Boissière, lo más directamente posible.

—¿A la calle Boissière...? ¿Quién le ha dicho que vaya a la calle Boissière?

—Usted, señor. A la calle Boissière 53...

—Pero si no conozco a nadie en esa calle...! Bueno; no sé dónde tenía la cabeza... Pase primero por el Hotel Doré, Boulevard Montmartre... Y rápido, por favor, pues temo estar atrasado.

¿Cómo he podido cometer tal error? ¿Cómo he podido pensar en la calle de Boissière, por la cual no he pasado cuatro veces en toda mi vida de parisien nacido en París?

Estos valores de caucho... me inquietan de verdad... Lo esencial es conservar la calma y determinar el monto de pérdidas. ¿Quién no se ha metido en especulaciones desfavorables?

—¡Chauffeur!...

—¿Señor?...

—Antes de ir al Hotel Doré lléveme a la calle de Sentier número 26.

En el escritorio cada cual está en su puesto. Esta actividad metódica de hormiguero, ritmada por el tictac de las máquinas de escribir, me reconforta...

—No, Cazin; ahora no tengo tiempo de ver el contrato. Volveré dentro de un rato.

Tomé de mi escritorio el pequeño registro que contenía el inventario de todos los valores que poseo, de toda mi fortuna, con la hilandería y la "villa" de Montferteuil...

—¡Al Hotel Doré, chauffeur!

Volvamos al caucho... ¡Ah! ¿Cómo me he metido en semejante berenjena! Pero esto es lo terrible... Ni la menor mención de los valores del caucho en el registro. Llevo, sin embargo, la contabilidad de las operacio-



nes bursátiles con escrupulosidad metódica.

—¡Pare, chauffeur!

La dama del bar me sonríe:

—Sí, señor; el teléfono está al fondo, a la derecha.

Telefóneo a mi banco:

—El director no ha llegado aún.

—¿Y el jefe de títulos?

—Voy a darle con él.

—...

—Pero si usted no ha hecho nunca operaciones con caucho... Todos sus negocios marchan a maravilla...

—Sueño, o me estoy volviendo loco? Hace un momento esa calle Boissière. Ahora los valores del caucho... No hace mucho calor, sin embargo. ¿Qué pude haber comido anoche que me haya hecho daño? Esto no puede proceder más que del estómago... Tengo la frente húmeda...

Naturalmente, Valderkampff no me ha esperado. Me ha dejado una excusa y una cita para esta tarde.

Esos valores de caucho... ¿Qué horror si continúan en baja...! Pero no, me estoy burlando, me "estoy burlando", pues no poseo ni uno solo siquiera. Estoy en el boulevard Poissonnière, repitiéndome en voz baja: "No tengo un solo valor de caucho, no tengo un solo..." Los transeúntes se dan vuelta para mirarme.

Lucienne se mofará de mí cuando le refiera esta alucinación. Estaba algo raro esta mañana... Casi nos peleamos. Hubo hasta un comienzo de disputa. Parecía que me compadeciera. ¿Por qué me compadecía? Ya son las diez de la mañana. ¡Extraña mañana! Y ese hombre tan curioso de la peluquería... Esa insistencia de hipnotizador en mirarme con sus ojos de torturado...

★ ★ ★

A las diez y veinte me encontraba en el vestíbulo de la estación del Este, ante la puertecilla de la plataforma.

Todo razonamiento hubiera sido superfluo. Tenía la certidumbre. Lucienne me engañaba. Apresurándome, tal vez la sorprendería. ¡Ah, perra! La mataría. Ahora estaba seguro. Se veían durante todo el invierno en aquel departamento de la calle Boissière. Ahora lo hacían en el mismo Montferteuil. ¡Miserables! Y saber todo de golpe: la ruina de mi amor y mi ruina económica... Por culpa del desastre de los valores de caucho, todo se iba a derrumbar en una hora... Más valdría matarme, sin esperar más.

Horrenda certeza, contra la cual nada se puede hacer. Mañana tendré que vender mi hilandería para reembolsar las pérdidas y hoy que destruir mi hogar con mis propias manos...

BENIAMIN
CREMEUX

Noisy-le-Sec. ¿Si descendiera? ¿Si me detuviera aquí? No, ya no se puede soportar más tiempo la mentira. La mataré...

Bondy. [Más de dos kilómetros aun! En Raincy, en lugar de tomar el tranvía eléctrico, subiré al único automóvil de alquiler que acuda a la estación... Le Raincy...]

No se había detenido el tren aun cuando el viajero de la peluquería saltó del compartimiento inmediato al mío, corrió hacia la salida y tomó el automóvil, que partió a toda velocidad.

Tuve que subir al tranvía eléctrico. Ya no era la misma persona. Hervía la ira bajo mi cráneo; obraba como un sonámbulo. Era presa de una idea fija: vengarme, matarla.

Una sacudida brusca. El tranvía se detiene. Se ha salido el trole como por obra de un impulso invisible, pero que nos ha sobresaltado como un rayo o un pistoletazo. ¿Qué acaba de pasar? Se diría que despierto.

¿Por qué estoy a esta hora insólita en el tranvía de Montferteuil? ¿Y mi cita de esta tarde con Vanderkampff? Lucienne va a sorprenderse de verme volver para el almuerzo. Me perdonará sin duda el mal humor de esta mañana.

—Les Marronniers. Fin de la línea.

El automóvil del viajero se encuentra parado junto a la avenida que conduce a mi villa. Un tumulto. Lucienne está allí. Tengo miedo.

Me aproximo. Un guardabosque y un peón caminero sujetan de los brazos al viajero. Al advertir mi presencia, Lucienne lanza un grito. ¿Es acaso la pesadilla que comienza de nuevo?

—¡Lucienne! ¡Lucienne! ¿Qué pasa?

—Este desgraciado acaba de matar a su mujer, en la villa vecina a la nuestra...

La calle de Boissière, los valores del caucho, la mujer infiel, todo eso estaba en el hombre que había querido descargarse en mí... La brusca sacudida del tranvía, mi desembrujamiento repentino han debido coincidir con la muerte que me libertaba.

El viajero... Pero, cuántos viajeros desconocidos dormitan en el fondo de cada uno de nosotros...

ILUSTRACION DE
ALEJANDRO LARRO

LOS COLOSOS DEL AIRE

(Para La Nación)



principios de 1928 estaban en construcción en las orillas del lago de Constanza dos aeronaves gigantescas señalando, cada una de ellas, el grado más avanzado del progreso en su respectiva rama de la navegación aérea.

La ciencia de la aerostación, reuniendo todos los conocimientos y enseñanzas deducidos de los estudios, experiencias y prácticas que hasta entonces se habían desarrollado en esta rama de la aeronáutica, aplicándoles además varias importantes innovaciones aun no ensayadas, produjo en los astilleros de Friedrichshafen el mayor y más perfecto tipo de aeronave perteneciente a las más livianas que el aire: el dirigible Graf Zeppelin; mientras en la otra orilla del lago, en los talleres de Altenrhein, era creado el avión más potente del mundo, el Do. X, compendio, a su vez, de todos los perfeccionamientos a que ha llegado la técnica de la aviación.

La atención del mundo aeronáutico ha permanecido fija en la aparición de estas dos aeronaves, considerando que, puesto que cada una de ellas representa el máximo de posibilidades actuales dentro de la aerostación o de la aviación, la lucha entre ambas había de dirimir la contienda existente entre las más livianas y las más pesadas que el aire, para alcanzar el predominio de la navegación aérea. Sin embargo, nada ha estado tan lejos del ánimo de los ingenieros creadores de ambos prototipos de aeronaves que dedicarse a combatir y a derrotar a las aeronaves del tipo contrario; tanto Eckener y Durr, autores del Graf Zeppelin, como Dornier, inventor del Do. X, son técnicos suficientemente entendidos en aeronáutica para no ignorar que la aerostación, en virtud de sus propias cualidades esenciales, nunca podrá competir con la aviación en cuanto a velocidad de transporte, ni la aviación, por razón también de su propio fundamento, podrá nunca superar a la aerostación en cuanto a radio de acción.

Independientemente de las consecuencias que de la comparación entre los vuelos del Do. X y los viajes del Graf Zeppelin quieran deducir los apasionados de uno y otro bando, que no se conforman con admitir, sin lucha ni partidismos, un reparto lógico y eficaz de papeles entre ambos, dentro de las múltiples modalidades de la aeronáutica, es lo cierto que cada tipo de aeronaves tiene su campo de acción perfectamente definido, principalmente por la velocidad y radio de autonomía que se le exige, además de las demás peculiaridades de navegación propias de cada una.

El dato más importante para deducir el grado de eficacia que puede proporcionar la aplicación de una aeronave más pesada o más liviana que el aire para un cierto recorrido con una determinada velocidad, es el número de caballos-hora que consume en ella el transporte de cada tonelada-kilómetro de carga comercial. Tomando por base las características más elevadas en los tipos de aeroplanos y dirigibles de mayor perfección existentes, está dibujada la figura inserta para indicar, con la mayor claridad posible, en qué recorridos y velocidades resulta más ventajoso el empleo de aviones o de dirigibles. Se ve en ella, por ejemplo, que un recorrido de 3000 Kms. a 170 Kms. por hora de velocidad, hecho con dirigibles, necesitaría un consumo de tres caballos-hora por tonelada-kilómetro de carga comercial, mientras que hecho con aviones sólo gastaría 1,6 caballos-hora; en cambio, si la velocidad exigida, en igual trayecto, fuera de 130 Kms. por hora, el consumo en avión continuaría el mismo, pero con dirigible habría descendido a 0,5 de caballo-hora. Para un dirigible resulta imposible hacer un recorrido de 7000 Kms. a 160 Kms. por hora, que puede realizar un avión gastando ocho caballos-hora por tonelada-kilómetro; y, a su vez, un avión no puede recorrer 10.000 Kms. a ninguna velocidad, mientras un dirigible los recorrería a 120 Kms. por hora gastando 1,3 caballos-hora por tonelada-kilómetro. También se aprecia en la figura que hay una región inaccesible



El Graf Zeppelin

tanto a dirigibles como a aeroplanos: por ejemplo, un recorrido de 9000 Kms. no puede ser hecho a más de 130 Kms. por hora por ningún procedimiento de navegación aérea conocido. Hay que hacer notar que esta figura no se refiere al empleo de aviones o dirigibles existentes hoy, sino a los que sería posible construir adecuadamente a la extensión y velocidad del recorrido, con arreglo a las características que tienen los más perfectos de los realizados.

Las dos aeronaves alemanas Graf Zeppelin y Do. X, cada una superando en más de vez y media el tamaño de las mayores de su género, no han sido, pues, construidas para competir en una misma clase de tráfico aéreo, sino que una y otra están especialmente adaptadas al servicio para que resulta más eficaz su empleo.

Así, el dirigible Graf Zeppelin, cuya velocidad se ha limitado a 130 Kms. por hora, por considerarla suficiente dada la elasticidad de ruta que le permite su enorme radio de acción, con un peso total de 110 toneladas, y de ellas 40 de carga útil (comercial y combustible), le basta con cinco motores de 500 caballos, o sea 2500 en total (62,5 caballos por tonelada de carga útil), mientras el hidroavión Do. X, cuya velocidad alcanza a 214 Kms. por hora, necesita 12 motores de 500 caballos, o sea 6000 caballos, para un peso total de 52 toneladas, 22 de carga útil, lo que hace una relación de 277,7 caballos por tonelada útil, más de cuatro veces superior a la del Graf Zeppelin.

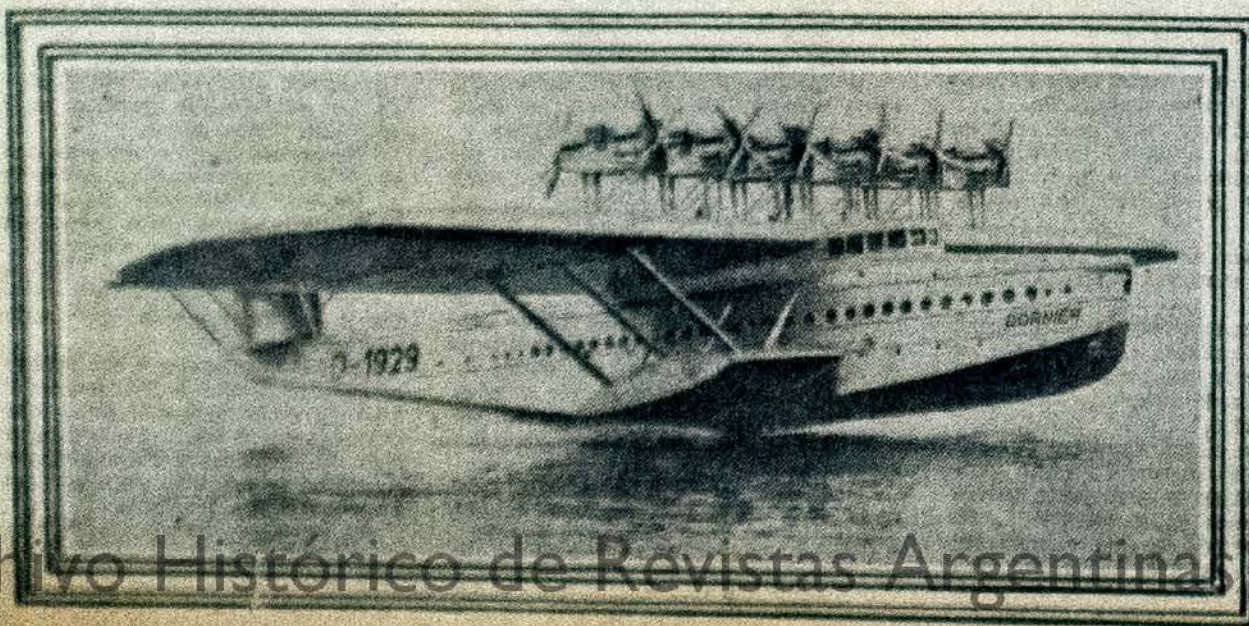
En este dirigible se ha tratado de conseguir el mayor radio de acción posible con relativamente poca carga comercial: 20 viajeros y dos toneladas de equipaje y correo. Esto ha obligado a dotarlo de instalaciones que permitan al pasaje la estancia a bordo durante varios días con las mayores comodidades posibles, dormitorios, salón-comedor, cocinas, depósito de víveres, lavabos, etc., pudiéndose alcanzar, en condiciones normales, distancias de 11.000 Kms. sin aprovisionamiento intermedio.

En el Do. X se ha previsto capacidad para 70 viajeros, pero como la duración máxima del viaje, que es sólo de 1000 Kms. con esta carga, se reduce a unas seis horas, no son necesarias las instalaciones de salón-comedor, dormitorios, etc., que en los viajes de mayor recorrido serían indispensables. Reduciendo la carga a 2000 Kgs., o sea a 20 pasajeros con su equipaje, el radio de acción del Do. X se eleva a 2200 Kms., y si se suprimiera la carga totalmente, podría alcanzar a 3600 Kms.

Parece escasa esta cifra comparada con las últimamente alcanzadas por los aviones de mayor radio de acción, como el "Zn", de Costes y Bellonte, que ha alcanzado distancias próximas a los 8000 Kms., pero hay que tener en cuenta que el rendimiento en los hidroaviones es necesariamente muy inferior al de los aviones terrestres, por la resistencia al avance que ofrece el casco flotador y por la mayor dificultad de despegar desde el agua con la máxima carga, por lo que, a pesar de su escaso radio de acción, las características del Do. X son de las más perfectas que se conocen.

Podrá preguntarse la razón de haber construido

El Do. X



como hidroavión el Do. X, a pesar de las desventajas de estos aparatos, cuando, si hubiera sido avión terrestre, alcanzaría un radio de acción más del doble de extensión. El motivo es que las dificultades para el aterrizaje crecen con el tamaño para los aviones terrestres y, en cambio, para los hidros el amaraje es tanto más seguro cuanto mayor es el tamaño; por lo que los aeroplanos gigantescos habrán de ser en su mayoría hidros.

El Graf Zeppelin efectuó sus pruebas sobre el lago de Constanza a mediados de 1928, seguidamente hizo dos viajes por el mar del Norte y Alemania, atravesó el Atlántico dos veces en viaje de ida y vuelta a Lakehurst dentro del mismo año, y continuó la serie de sus cruceros con viajes por el Mediterráneo oriental y occidental, una nueva travesía del Atlántico, la vuelta al mundo en cuatro etapas, el viaje España-Brasil-Estados Unidos-España, y otros al océano polar ártico, a Rusia, y a varias naciones de Europa. Las características y dimensiones del Graf Zeppelin son harto conocidas para que sea necesario repetirlas en esta ocasión.

El Do. X es un hidroavión monoplano, construido en su mayor parte de duraluminio. Tiene 40 metros de longitud, 48 de envergadura, 10,25 de altura y 486 metros cuadrados de superficie sustentadora. Lleva 12 motores colocados sobre el ala en seis bancadas de dos motores en tandem. Sus depósitos de gasolina tienen una capacidad de 25.000 litros y los de aceite de 19.000.

Comenzó sus pruebas en julio de 1929 sobre el lago de Constanza, en las que se efectuó la medida de su velocidad máxima, que resultó ser de 211 Kms. por hora (equivalente a 214 al nivel del mar, teniendo en cuenta la pérdida de potencia que sufren los motores por la altura). Entre los vuelos de prueba, el más notable ha sido uno con 170 personas a bordo, efectuado en noviembre de 1929.

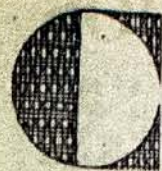
Este colosal hidroavión ha sido destinado a prestar servicio de transporte de pasajeros en los grandes lagos de América del Norte. Su transporte al otro lado del Atlántico ha de hacerse necesariamente en vuelo, a pesar de su escaso radio de acción, porque en su armazón hay piezas, como los largueros de ala, de 48 metros de longitud, que no son desmontables, y en el itinerario elegido se prevén escalas en Maliaño (España), Lisboa, Azores y Terranova.

Este viaje ha sido suspendido y prorrogado en varias ocasiones por la necesidad de efectuar la substitución de los 12 motores Siemens-Júpiter, de enfriamiento por aire, por otros 12 motores de igual potencia y enfriamiento por agua, de la marca americana Curtiss-Conqueror, lo cual ha obligado a nuevas pruebas de puesta a punto que aun no se han dado por terminadas. También se han hecho modificaciones en la distribución interior del aparato, separando la parte reservada a los pasajeros de las instalaciones mecánicas y de los cuartos de la tripulación; se ha instalado también un bar y una sala de fumar.

En este viaje, en que el Do. X abandonará por primera vez las aguas del lago de Constanza, para lanzarse a la travesía del Atlántico, no tomarán parte más que la tripulación y, como pasajeros, los hermanos Dornier, constructores del hidroavión, y lady Drummond Hay y Mr. Von Wiegand, tan conocidos de los lectores de LA NACION, y participantes de la mayor parte de los viajes del Graf Zeppelin, que desean comparar las emociones recibidas en un gran dirigible con las que proporcionará la travesía atlántica en un hidroavión gigante.

Ultimamente se anuncia que la partida se efectuará en los primeros días de noviembre. Los preparativos en la dársena mayor de Maliaño están terminados para recibir la visita del avión más grande del mundo; el Servicio Nacional Meteorológico está preparado para comenzar a radiar el estado y el pronóstico del tiempo, en cuanto se le avise, con la colaboración de la estación de T. S. H. de Cabo Mayor. Sólo falta que la casa constructora dé por terminada la difícil puesta a punto de este hidroavión colosal para dar comienzo al esperado viaje, que marcará el más importante esfuerzo hecho por el "más pesado que el aire" para el progreso de la aeronáutica comercial.

MADRID, octubre de 1930.



ON una diferencia de muy pocos días han desaparecido de nuestro mundo dos figuras de la escena española, insignes por su arte y de gran popularidad aquí y en América. Fué la primera Irene Alba, una comedianta que, nacida y desarrollada en el "género chico", adquirió renombre y gloria en la comedia, interpretando primero el jugoso teatro quinteriano, que en ella tuvo una mujer insubstituible, y dando luego vida y garbo a los más difíciles tipos cómicos de todos los autores modernos, de Arniches a Muñoz Seca. Como su hermana Leocadia, merecía el título de genial. Sus gestos eran precisos y elocuentes; su voz, desgarrada, tenía registros para expresar todos los matices cómicos. No descendía nunca a la caricatura, y poseía una naturalidad del mejor cuño, acomodada siempre a la índole de las obras que representaba. Su talento era también dramático. Sabía conmover con nobles recursos, y su flexibilidad le dieron un prestigio de primera actriz que parecía ya invulnerable a los ojos de la crítica más dura. En sus últimos años, cultivando esa dolencia de nuestro teatro que se llama el género "astrakán", su estilo de comedianta tomó algún tejido adiposo; pero a ella deben el triunfo muchas de las obras que han durado meses en los carteles, luciendo su gruesa comicidad de chistes, retruécanos y barbarismos circenses. La variedad de los talentos histriónicos de Irene Alba hay que buscarla en el origen de su carrera artística. Fué como queda dicho — actriz del "género chico", y muy en boga y privanza a fines del siglo último y a comienzos del presente. El "género chico" lo formaban esos sainetes con música, pequeñas obras maestras del teatro cómico y dramático contemporáneo, que, como "La revoltosa", "Las bravías", "La verbena de la paloma", eran una incomparable piedra de toque de comediantes y una escuela ejemplar del arte de representar comedias. Porque su índole de dramas o comedias breves y comprimidos, su variedad de matices y tonos, exigían de sus intérpretes un ar-

te especial y particularmente dúctil. Fué la más excelente disciplina, y gracias a ella, el teatro español tuvo hasta ahora actrices del talento y de las facultades de Leocadia e Irene Alba, de Rosario Pino y de otras muchas que los años han consagrado y acaso envejecido físicamente, pero cuyo arte parece extraño a los avances inflexibles del tiempo.

La otra pérdida dolorosa para el teatro español, es don Fernando Díaz de Mendoza. Todos los periódicos de España, todos los artistas, todos los autores y el público han exaltado unánimemente la figura de este elegante y culto hombre de teatro, animador de las comedias clásicas, intérprete exquisito de las modernas, profesor de actores y compañero de aquella gloriosa trágica que fué Da. María Guerrero. En la Argentina son hartos conocidos uno y otra. Se ha recordado mucho estos días la aportación que el matrimonio Díaz de Mendoza, embajadores espirituales de España en América durante tantos lustros, realizó en Buenos Aires particularmente, dando cima a una empresa tan generosa, inspirada en tan elevado espíritu de vinculación de pueblos, como aquella de construir el teatro Cervantes, honra de España y testimonio de nuestra civilización. Ambos, María y Fernando, amaban a los países americanos con pasión, y ambos contribuyeron, en mayor entidad que los oradores rituales y ventripotentes de fiestas de raza, juegos florales y discursos a la conclusión de banquetes, a la unión espiritual de aquellas repúblicas con España. Fernando Díaz de Mendoza era un verdadero caballero, un hombre de mundo, ingenioso, fino, generoso y sencillo. Aristócrata por la cuna y por el talento, gustaba de conversar con la gente del pueblo. En su teatro había siempre dos asientos para los obreros. Compartía los mismos gustos e inclinaciones que su esposa. El contribuyó a la gloria de María Guerrero, haciendo toda su vida dedicación de su arte propio, de su inteligencia y sensibilidad al triunfo de la gran actriz. Al morir ésta, Fernando decayó visiblemente, en cuerpo y espíritu, y sobrellevando dolores físicos y amarguras morales ha vivido sus años de viudez.

María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza en su época de mayor esplendor

Estamos en época de Teno-



Irene Alba en su interpretación del tipo de Zorrilla, Doña Brígida la dueña de Doña Inés, en el drama "Don Juan Tenorio"



Irene Alba en "La Zorrilla", de los hermanos Álvarez Quintero

LOS TEATROS EN MADRID

IRENE ALBA, FERNANDO DIAZ DE MENDOZA, LOS TENORIOS Y EL CINEMATOGRAFO PARLANTE

POR LUIS CALVO

(Para LA NACION)
MADRID, noviembre de 1930

Don Fernando Díaz de Mendoza, recientemente fallecido en Vigo, en "Don Juan Tenorio"



rios. Fin de octubre y principios de noviembre. Llegan a Madrid los primeros fríos sutiles. En las esquinas aparecen las primeras encogidas y enlutadas castañeras. Asoman algunas capas españolas y muchos abrigos ingleses. (Ingleses, por metáfora, pues el alza de la libra nos priva ya de este refinamiento burgués). Se habla de elecciones, de revoluciones, de próximos sucesos políticos, de encarcelamiento, de destituciones... Empieza, en fin, la actividad política, cohibida por los rigores del verano, trayendo a la zaga todas las actividades nacionales. Aparece "Don Juan Tenorio".

Don Juan Tenorio acude todos los años puntualmente a la cita en estos días luctuosos que la rutina consagra a los difuntos. Don Juan Tenorio es un caballero. Corresponde al afecto que por estas tierras le profesamos. Y si todos nosotros, gente de variadas profesiones y filiaciones, tenemos a Don Juan en la imaginación a todas las horas de todos los días del año, Don Juan nos pague descendiendo a nosotros una vez al año. Para que lo admiremos, lo juzguemos o lo vilipendemos. El día del juicio del Tenorio se repite cada 12 meses. Inexorablemente. ¿Por qué?

¿Y por qué existe en España la costumbre de hacer un culto del burlador, que tanto amaba la vida, en la fecha más angustiosa del año? La explicación podría dárnosla Mallarmé: "La chair est triste, hélas!..."

Mientras llegan las dos comedias que Benavente va a estrenar a principios del próximo mes de noviembre, "Los andrajos de la púrpura", drama sobre la vida de Eleonora

Uno de los últimos retratos de Irene Alba, la gran actriz española fallecida en Barcelona

Duse, y "Los amigos del nombre", sainete de costumbres madrileñas, los teatros se sostienen con comedias de muy escasa importancia. Ya hemos hecho, en cartas anteriores, alusión a este fenómeno peregrino: según crece el número de espectadores del cinematógrafo sonoro, crece también el público de teatros, y aunque las subsistencias suben a precios exorbitantes, y la vida parece imposible, Madrid llena las salas de espectáculos, y por todas partes se advierte una placidez y una alegría propia de épocas de esplendor y exuberancia. En el caso de la rivalidad del cinematógrafo sonoro y del teatro, la victoria favorecerá definitivamente, en un futuro muy próximo, al teatro. Pues resulta que los aficionados a la pantalla añoran el escenario cuando ven y oyen esas películas exportadas por los judíos de Hollywood, habladas en un castellano irrisorio e interpretadas por unos actores ridículos que han sido reclutados apresuradamente para satisfacer al público de lengua castellana. Y no es eso lo peor, sino que Hollywood está haciendo en Madrid una leva de los peores comediantes para llevarse los de España, con lo cual no hay duda que saldrá ganando nuestro teatro, y que la desgracia actual de los aficionados al cinematógrafo se trocará en hostilidad manifiesta. La crisis del cinematógrafo se acerca a pasos agigantados. Hasta ahora viven de la novedad técnica, pero cuando el público se acostumbre a ella, y repare más en lo que debe ser substancia y esencia — los actores, las obras, el arte — volverá arrebatado al teatro. Y ya ha empezado a hacerlo...



OLA DE CRIMENES EN LOS ESTADOS UNIDOS



AMAS ha habido tanta criminalidad en los Estados Unidos como ahora. La ingrata reputación que desde hace años soporta Chicago, de ser hogar de pistoleros y asaltantes, podría aplicarse con igual justicia a Nueva York y en mayor o menor grado a todas las grandes ciudades del Este. A despecho del cuidadoso estudio que ha hecho de la situación la comisión de cumplimiento forzoso de la ley, pistoleros y maleantes no se contentan con seguir asesinando, sino que lo hacen más que nunca. En uno de los primeros discursos que pronunció el presidente Hoover después de asumir el mando, habló de este incremento de la criminalidad en todo su país, y lo comparó con lo que ocurre en Inglaterra y otros países europeos, donde los crímenes capitales disminuyen y las contravenciones de policía son mucho mayores que en la Unión. En el referido discurso, Mr. Hoover anunció el proyecto de nombrar una Comisión contra el Crimen, organismo este que, bajo la dirección eficaz de Mr. George W. Wickersham, viene haciendo desde entonces cuanto está en su mano, para poner remedio a la situación. Y sabemos que el propio Mr. Wickersham considera esta tan desesperada, que en un discurso público llega al extremo de recomendar que se castigue con azotes a bandidos y asaltantes.

Cierto que le será muy fácil al extranjero formarse una idea completamente errónea de la vida en las enormes ciudades norteamericanas leyendo novelas de asesinatos y asaltos cometidos por pistoleros. Para enmendar esta impresión convendrá saber que los habitantes de esas ciudades gigantescas se dividen en dos clases definidas, y que la más vasta y arraigada de estas clases está constituida por gente tan respetuosa de la ley como pueda haberla en el mundo. La que mancha el buen nombre de esas ciudades con sus crímenes audaces es, en resumidas cuentas, una pequeña minoría, pero su influjo en ciertos sectores del mundo de los negocios no debe, sin embargo, despreciarse. Es fácil, por supuesto, exagerar la importancia del crimen, porque la fotografía del criminal pintoresco se reproduce en la primera página de los diarios, al paso que millares de ciudadanos honestos no figuran en la pantalla de la publicidad; pero es innegable también que la importancia que da la prensa a las hazañas de los maleantes hace enlazarlos cada vez más recelados de los bajos fondos de la ciudad en ese ejército de infractores de la ley. La publicidad ha aureolado de tal suerte la vida del pistolero, que la atracción de ésta es casi irresistible para los espíritus débiles de los bajos fondos, que en ella ven una manera fácil de cambiar el estado de pobreza y necesidad en que viven por esa carrera deslumbrante, que halla fin a menudo heroico remate. Porque los pistoleros tienen también su código del honor. Al parecer, no reconocen los principios elementales de la lucha caballeresca; pero cuando uno es herido por una bala o por los proyectiles de una ametralladora de un rival suyo, se niega invariablemente a revelar el nombre de su victimario y resiste todas las coacciones que pone en juego la policía para arrancarle una confesión en el trance de muerte. Para el ciudadano honrado, aquel código es un código a la inversa. Se puede comprender la lealtad con un amigo o incluso con un enemigo honorable; pero resulta incomprensible que un bandido, acorralado por las bajas de un adversario digno, obse-

PISTOLEROS Y EXTORSIONADORES ♦ PARASITOS DEL COMERCIO CARRERA BREVE Y PINTORESCA DE LOS BANDIDOS

Por WILLIAM WILLS DAVIES

(Para LA NACION)

NUEVA YORK, octubre de 1930.

dezca las leyes del honor en pro de sus cobardes atacantes. La explicación más plausible es la del temor que siente de que éstos se venguen en su familia, si los delata. Lo indudable es que sigue al pie de la letra el primer precepto del código del asaltante, que ordena no revelar nada a la policía. Para decirlo en otros términos, probablemente odia más a la policía que a sus compañeros de crimen.

Tomemos un caso concreto de las costumbres de esos pistoleros: la historia de Jack Diamond (a) "Piernas", bandido y maleante conocido, de reputación criminal antigua. Diamond fué objeto de una publicidad hostil por parte de los diarios, en las últimas semanas, y hacía menos de un mes que regresó de varios países de Europa, en los que no se le había permitido residir. El año anterior recibió un balazo, que le afectó los pulmones, y se dirigió a Europa, a fin de someterse a un tratamiento especial. A su regreso a los Estados Unidos hizo lo posible por sumergirse prontamente en su antigua vida. Durante un par de semanas no se supo nada de él, hasta que, hace pocos días, anunciaron los diarios que había recibido cinco balazos, encontrándose en un hotel de los barrios altos de la ciudad. Ahora está entre la vida y la muerte. Los altos funcionarios de la policía de Nueva York trataron de conseguir que Diamond confesara quién lo había herido; y al cabo de tres o cuatro días se dieron por vencidos. Diamond se mantenía fiel al código de los asaltantes. Narró detalladamente las circunstancias de su atentado; pero negó tener el menor indicio posible acerca de sus posibles agresores.

—La puerta del hotel se abrió — dijo — y tres hombres entraron. Uno de ellos exclamó: "Bueno, aquí estamos... adelante", y los tres me hicieron fuego. Caí desplomado en la cama, y ellos se dieron a la fuga.

La policía presentó a Diamond una lista de nombres de maleantes que pudieron tener algún motivo para desear su muerte; pero él insistió en que no se le ocurría quién podría ser el autor. La policía sospecha que el reciente viaje de Diamond a Europa obedeció al deseo de substraerse a lo que llaman en los bajos fondos una sentencia de muerte, sentencia que, a su regreso, se cumplió, sin embargo.

Acaso no haya mejor modo de explicar la vida de un bandido típico que trazando un breve bosquejo de la carrera de Diamond. Aunque acusado en varias ocasiones de casi todos los delitos que figuran en los códigos, Diamond fué casi afortunado en lo tocante a condenas. Llevó una vida llena de aventuras, salpicada de indagatorias policíacas periódicas, especialmente en relación con los muchos amigos suyos que murieron de muerte violenta y misteriosa en hoteles o al borde de caminos solitarios. En lenguaje de maleante, hubo de arrostrar las dificultades de jefe de banda, si bien las opiniones acerca de él fluctúan desde la del comisario de policía Mulrooney que lo describe como "salandija cobarde" hasta la más difundida que ve en él a un romántico rey de los bajos fondos. La caracterización que probablemente prefería era la de aristócrata rural. Con su fortuna, cualquiera que fuese su procedencia, se construyó en los Montes Catskill, a orillas del Hudson, una amplia residencia de estilo español, rodeada por jardines

eléctricos contra la irrupción de visitantes ingratos.

Sus hazañas se mezclan a las de otros varios criminales muy conocidos. Aunque sus relaciones con la policía se remontan a 1914, año en que fué arrestado por robo con fractura, no se asomó a la primera página de los diarios hasta hace tres años. El motivo fué la muerte de "Little Augie". Jacob Organ o "Little Augie" había contratado los servicios del hermano de Diamond como guardaespaldas y Diamond reemplazaba a su hermano cuando una banda acorraló a balazos a "Little Augie" en la esquina de una calle de Nueva York, hiriendo a Diamond dos veces cerca del corazón. Mientras se curaba en el hospital, unos pesquisas le sometieron al acostumbrado interrogatorio de tercer grado; pero no le arrancaron nada. Poco después, salió de nuevo a la publicidad, con motivo del asesinato de un conocido tahir neoyorquino, Arnold Rothstein, de quien era guardaespaldas.

Todas las tentativas que se hicieron para establecer su complicidad en el asesinato de Rothstein, fracasaron. Durante un año no se supo nada de él; pero en octubre de 1928 un traficante de cerveza llamado Marlow fué muerto a tiros en una calle de Nueva York. Nueve meses después se arrestó a Diamond por creérsele comprometido en aquel asesinato; pero logró escapar libre una vez más. De nuevo sonó su nombre en el asunto del club nocturno Hotsy Totsy, con motivo del asesinato de dos hombres: William Cassidy, propietario del bar clandestino, y Simón Walker, un ex penado. Otra vez se imputó el crimen a Diamond, y otra vez también fué declarado inocente.

En julio del presente año se le detuvo por asalto a un banco en Newark, pero la policía no logró tampoco probarle su participación en el delito. Fué en agosto último cuando la policía, siguiendo la pista de un crimen realizado en automóvil en Brooklyn, descubrió que Diamond viajaba por Europa. Su prontuario es único para un hombre de treinta y tres años como él. He lo aquí:

4 de febrero de 1914. Ciudad de Nueva York: enviado al Reformatorio de Nueva York por el juez Dyke.

12 de mayo de 1916. Ciudad de Nueva York: asalto y robo; declarado absuelto por el magistrado McQuade.

27 de mayo de 1916. Ciudad de Nueva York: hurto de mayor cuantía; declarado absuelto por el magistrado Murphy.

5 de julio de 1916. Ciudad de Nueva York: asalto a mano armada; declarado absuelto en Audiencias Especiales.

14 de marzo de 1918. Ciudad de Nueva York: tentativa de robo; puesto en libertad por el Gran Jurado.

16 de abril de 1918. Ciudad de Nueva York: hurto de mayor cuantía; declarado absuelto por el magistrado Mulqueen.

24 de marzo de 1919. Con el nombre de John Diamond, juzgado en Fort Jay, N. Y.: hurto de mayor cuantía; sentenciado al presidio de Governors Island; posteriormente trasladado a Fort Leavenworth, el 14 de julio de 1919.

10 de junio de 1921. Ciudad de Nueva York: hurto de mayor cuantía; declarado absuelto por el magistrado Ten Eyck.

18 de noviembre de 1921. Ciudad de Nueva York: asalto con fractura; declarado absuelto por el juez Mancuso.

16 de abril de 1922. Ciudad de Nueva York: detenido como testigo presencial con el nombre de John Higgins; no procesado por el fiscal de distrito.

16 de noviembre de 1923. Cliffsides, N. J.: prófugo; entregado a la policía de Nueva York.

28 de noviembre de 1923. Ciudad de Nueva York: robo; declarado absuelto por el juez Olvany.

14 de junio de 1924. Ciudad de Nueva York: robo; declarado absuelto por el magistrado Oberwager.

7 de enero de 1925. Ciudad de Nueva York: disparo de arma de fuego; declarado absuelto por el juez Keening.

12 de agosto de 1925. Ciudad de Nueva York: homicidio; declarado absuelto por el magistrado Vitale.

29 de diciembre de 1926. Ciudad de Nueva York: asalto a mano armada; declarado absuelto por el magistrado Glatzmeier.

15 de octubre de 1927. Ciudad de Nueva York: homicidio; declarado absuelto.

9 de julio de 1927. Mount Vernon: contrabando; detenido por la policía federal del tráfico de estupefacientes y la local; no puesto a disposición de la justicia.

2 de febrero de 1928. Ciudad de Nueva York: homicidio; declarado absuelto por el magistrado Corrigan.

22 de mayo de 1929. Ciudad de Nueva York: sospechoso; declarado absuelto por el magistrado McCreary.

10 de marzo de 1930. Ciudad de Nueva York: homicidio; declarado absuelto por el juez Levine.

16 de julio de 1930. Ciudad de Nueva York: prófugo con el nombre de John P. Diamond, robo en Newark; declarado absuelto.

22 de septiembre de 1930. Filadelfia: por sospechoso; declarado absuelto.

Acompaño este prontuario policial porque muestra hasta qué punto puede verse comprometido en crímenes un hombre relativamente joven. Si consideramos que hay miles con prontuarios análogos, tendremos una idea de la vida de lucha perpetua con la justicia que llevan esos individuos. Y no solamente combaten a la sociedad, sino que se hacen también la guerra unos a otros, y así, mientras escribo estas líneas, Diamond oscila entre la muerte y la vida, custodiado por un fuerte destacamento de policía en el hospital donde está recluido, para impedir que sus compañeros cumplan su amenaza de rematarlo a tiros en su propio lecho.

Los bandidos practican el sistema denominado "llevar a la víctima a dar un paseo". Seno es el sistema, y para los bandidos tiene la ventaja de hacer dudoso el escenario del crimen: Se ejecuta así: hallándose la víctima en la esquina de una calle, se le acerca un automóvil grande, por lo común robado. Dos o tres de sus pasajeros, armados hasta los dientes, abren la portezuela e invitan al individuo a que suba. Estos paseos acaban casi siempre trágicamente. Por regla general no se aplaza por ningún motivo la aplicación de la sentencia. El coche se aleja rumbo a un lugar apartado, los bandidos matan a balazos a su víctima, y dejan el coche con el muerto en el paraje solitario. Poco tiempo después, alguien

denuncia el robo de su automóvil, al que la policía identifica con el abandonado por los bandidos. Si la víctima elegida se niega a subir al coche, los bandidos la matan en la calle misma, huyen rápidamente y abandonan luego el vehículo.

El término "extorsión" ("racket") tal vez requiera explicación. Se le emplea para designar el sistema a que apelan bandidos y ladrones con el objeto de arrancar sumas de dinero a los comerciantes. Si el damnificado no resiste a la extorsión, los bandidos se comprometen a defenderlo contra sus competidores. Por ejemplo, un jefe de banda visita a un negociante en carbón de un distrito dado, y le pregunta si querrá ejercer su comercio libre de competidores en cualquier circunscripción urbana. Si el comerciante se niega a tratar con los bandidos, éstos le amenazan con arruinarle su negocio; si, por el contrario, conviene en pagarles, digamos, cien dólares a la semana, ellos le prometen que expulsarán a sus competidores del barrio. A renglón seguido, estos competidores son notificados de que deben abstenerse de vender su mercadería en el barrio convenido. Si hacen caso omiso de esta advertencia, se encuentran con que sus camiones sufren accidentes, que en ciertos casos llegan hasta ser volados y que su negocio sufre percalas que demuestran que los bandidos toman la cosa en serio. Si el comerciante refractario persiste en invadir el terreno que le han vedado, le asaltan y hasta le matan.

La investigación policial ha puesto en evidencia varias de esas extorsiones, especialmente la ejercida contra el reparto de leche, y ha mostrado lo difundido del sistema. Hace poco tiempo uno de los principales diarios de Nueva York publicó una serie de artículos en los que constaba que el referido sistema se ha aplicado también al boxeo profesional, y que esta rama del deporte ha atraído a sus filas a varios ex criminales. Hasta se ha llegado a comprobar las amenazas de que los extorsionadores hacen víctimas a los boxeadores, previniéndoles que deben perder un match por una suma determinada. Y cuando aquéllos se atreven a violar el pacto, son sentenciados a muerte por la banda.

Es indudable que toda la "arquitectura" del crimen, tal como existe actualmente, descansa sobre todo en las ilegalidades anexas al comercio clandestino de bebidas alcohólicas. El crimen se desenvuelve en un círculo vicioso. Un individuo puede realizar un comercio muy próspero en licores, y aunque el negocio sea ilegal, puede tratar de efectuarlo honestamente. En otras palabras, procura no vender a su clientela más que alcohol de la mejor calidad. Pero se da cuenta bien pronto de que tiene que reducir sus ventas a un sector limitado y no invadir el terreno de otro contrabandista. Si no se detiene en aquellos límites, recibirá la seria amenaza del extorsionador, amenaza que, por lo común, surte el efecto calculado.

El comercio de la cerveza ha proporcionado ganancias enormes al fabricante clandestino y al extorsionador. En los Estados Unidos se prohíbe vender cerveza que contenga más de medio por ciento de alcohol; pero todo el mundo sabe que en centenares de bares clandestinos de las grandes ciudades se puede conseguir verdadera cerveza, de mucho mayor dosis alcohólica. Esta cerveza prohibida es transportada en grandes camiones automóviles, y los encargados de este transporte pagan por regla general a los extorsionistas un gravamen. La relación entre el comercio ilícito de bebidas y el crimen es hoy tan evidente que

CLAREMONT SE DEMOCRATIZA

nadie la pone en duda, y recientemente varios políticos han esgrimido este hecho concreto como argumento poderoso contra la prohibición.

Otro tráfico, todavía más siniestro, en el que intervienen los extorsionadores, es el de drogas. Está difundidísima en los Estados Unidos y constituye un campo muy fértil de operaciones para los bandidos, porque los hombres y mujeres que practican la toxicomanía se muestran dispuestos a pagar cualquier precio por el estupefaciente, de modo que hay dinero para todos. Por otra parte, el toxicómano es un recluta ideal para el ejército de los extorsionadores. Como pierde el sentido moral bajo la influencia pasajera de la droga, accede fácilmente a cometer crímenes que no pasarían siquiera por su mente en los momentos de lucidez.

La vida del bandido o del extorsionador suele ser muy breve. Vive pistola en mano y pistola en mano suele morir. Casi siempre acepta su suerte con filosofía. El peligro para el extorsionista consiste en la misma red de zonas que ha inventado, y que sus compañeros fiscalizan. Si se limita a su propia zona, digamos a un sector de diez o veinte calles de una ciudad, podrá vivir seguro durante más o menos tiempo. Pero siempre le amenazarán peligros: uno, que la codicia le empuje a invadir los dominios de sus camaradas, y otro, que éstos sientan la tentación de invadir el suyo propio. En ambos casos suscitase una querrela entre dos bandas, que acaba generalmente con la muerte de alguno de sus miembros.

Parecerá extraño que los protagonistas de estas pendencias no sean condenados más a menudo. Se explica ello por la distancia que separa al matador del jefe de la banda. Este último se limita a dar instrucciones de que se mate al individuo sentenciado, sentencia que ejecuta probablemente un miembro de la banda que no sabe por qué mata, sino que lo hace por la paga que recibe. Y es difícil entonces condenar, visto que el fundamento de toda condena es la intención criminal, y ésta no existe en el ánimo del homicida. El jefe de banda que tiene la intención criminal, cuida invariablemente de hallarse lejos de la ciudad en el momento de cometerse el crimen, y así puede probar perfectamente la coartada.

La Comisión contra el Crimen, nombrada por el presidente Hoover, trata actualmente de poner término a esta clase de bandidaje, con la ayuda de los mejores especialistas norteamericanos. En opinión de muchos, contribuiría grandemente a ese resultado la abolición de la prohibición, ya que con ello se limpiaría el terreno en el que florece esa criminalidad. Pero aunque algunos políticos están pasándose de las filas "secas" a las "mojadas", créese que hay todavía mucho camino que andar para conseguir la derogación de aquella ley. El cuadro de pistoleros y extorsionadores que he pintado no es muy grato. De su veracidad, sin embargo, darán fe las páginas de casi todos los diarios norteamericanos. Repetiré, no obstante, que no hay que perder el sentido de las proporciones al contemplar este desborde de criminalidad. Los criminales se revelan como gente muy nociva, que mira la vida humana con extraordinario desdén; los relatos de sus golpes de mano espectaculares y sus asesinatos a sangre fría llenan las primeras páginas de los periódicos. Pero numéricamente constituyen una porción ínfima de un pueblo que, en términos generales, es el más respetuoso de la ley que hay en el mundo entero.



El día 24 de septiembre, en remate público, se vendió la regia mansión de Claremont, con su parque de casi una legua que la rodea. La

propiedad se halla situada en Esher, condado de Surrey, a 20 minutos por tren eléctrico de la metrópoli y a 14 millas de Hyde Park Corner. El paraje es hermoso, hallándose cerca del hipódromo de Sandown, y el palacio, que antaño fué una residencia real, contiene dos halls, nueve salones, treinta dormitorios y doce cuartos de baño. En el parque hay una isla dentro del lago, dos pabellones en los portones de acceso, casas para jardinero y mayordomo, amplias caballerizas y garages, etcétera.

Por casualidad vi el aviso en el "Times" y me interesé vivamente, no porque medito adquirir un palacio, sino porque Claremont se halla frente mismo al hotel de campo donde hemos pasado dos veranos, y es frecuente en el vecindario oír comentarios y recuerdos de los que conocieron el pasado esplendoroso de la mansión y de los personajes históricos que residieron en ella.

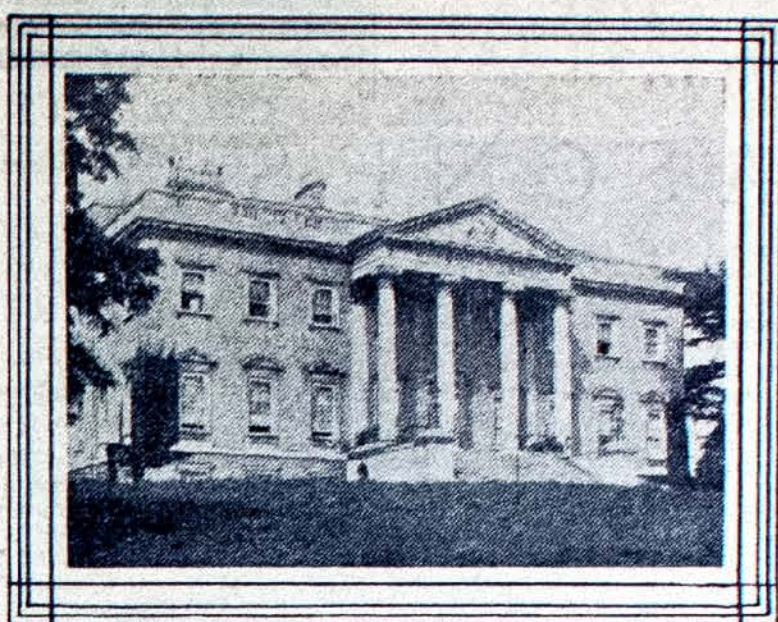
La indagación en materia de historia es un entretenimiento corriente, no sólo inspirado por el afán del lucro que premia el éxito en la solución de problemas de palabras cruzadas, sino que tiene verdadera actualidad en vista del nacimiento de la segunda hija de los Duques de York. En la situación presente, por el solterismo obstinado del Príncipe de Gales, es la niña ésta cuarta en línea de sucesión directa al trono del Imperio Británico, y el hecho de haber nacido en Escocia ha inspirado una búsqueda en textos de escuela para los que se divierten en seguir las descendencias hereditarias, sus incidentes y accidentes. De paso, se deja constancia que ningún heredero al trono británico, desde Carlos I en 1600, había nacido fuera de Inglaterra, hasta el caso presente.

Como nos hemos alejado de Claremont por el momento—al cual volveremos desde luego por un camino insospechado— interesa el hecho de que en lo humanamente posible con el nacimiento de la nueva princesita, se asegura en absoluto la sucesión directa al trono. Desde hace más de un siglo este sucesión no ha peligrado, pero durante los últimos años del rey Jorge III, la falta de herederos fué causa de serias dificultades para la corona. Pero después de la batalla de Waterloo, al morir la princesa Carlota en Claremont—era ella hija única del rey Jorge IV—, ninguno de los hijos de Jorge III tenía herederos legítimos. Fué gracias al casamiento del Duque de Kent, ya en edad madura, y al nacimiento de su hija, la princesa Victoria en 1819, que la situación quedó en salvo. En aquella época, como hoy mismo, la sucesión directa era y es una ventaja de valor inestimable para el Imperio Británico, cuya corona es el símbolo esencial de unidad para sus diversas partes tan extensas como desunidas.

Ahora bien, el destino ha dado a Claremont un papel de considerable importancia como hogar y asilo de personajes de sangre real.

Ya desde la época de la Reina Ana, Claremont cobró importancia entre las mansiones edificadas en Esher, paraje relativamente cercano a Londres, aun en aquellos tiempos de comunicaciones lentas y difíciles. Según documentos consultados, cuando Claremont formaba parte del Esher Episcopi, fué comprada por Sir John Vanbrugh en 1708. Este renombrado arquitecto y dramaturgo edificó una casa habitación y comenzó la ornamentación del parque.

La propiedad fué adquirida después por el Earl of Clare (Duque de Newcastle) en 1714, y este noble llamó a Kent, gran jardinero y paisajista de la época, para que reformara los jardines. La reputación de Kent fué asegurada con los trabajos que ejecutó en Esher Place, otra mansión histórica del distrito que, hasta el año pasado, fué residencia de Lord D'Abernon.



El histórico palacio de Claremont, en Esher, antaño residencia de reyes y príncipes, que acaba de ser sacado a remate

A la muerte del duque en 1768, su viuda vendió Claremont a Lord Clive, famoso militar a quien se atribuye la fundación del poder británico en la India. Lord Clive no sólo hizo edificar una nueva mansión—la misma que existe hoy—, sino también los jardines fueron modelados por la mano experta de "Capability" Brown, apodo de un gran arquitecto de la época, Mr. Lancelot Brown. Aparentemente, según las crónicas, la obra de Brown dió satisfacción plena a Lord Clive, aunque le costó un cien mil libras esterlinas, suma que para aquel tiempo, se consideraba muy exagerada.

La actuación de Lord Clive en la India fué el objeto de una investigación en el Parlamento británico de 1772-73, y fué severamente censurado al probarse que Clive se había apoderado de rupias cuyo valor era de 234.000 libras esterlinas. Al mismo tiempo se reconoció plenamente los grandes servicios prestados a la patria, pero sea por ésta u otra causa, Lord Clive se suicidó en 1774 en su residencia de Londres.

De nuevo sin dueño, Claremont pasó por varias manos, hasta que en 1816, Mr. Charles Rose Ellis transfirió todo el establecimiento al Departamento de Bosques y Selvas para el uso de la Princesa Carlota, cuyas bodas con el Príncipe Leopoldo

acababan de celebrarse. La malograda princesa, como se consigna más arriba, murió el año siguiente al dar a luz, terminándose así la rama de descendencia real legítima. Para enfrentar la delicada situación política creada, los tres duques—Clarence, Cambridge y Kent, hermanos de Jorge III—patrióticamente se casaron todos en 1818. El Duque de Clarence tuvo dos niños, que murieron en la infancia; Cambridge también tuvo un hijo, pero siendo él menor a Kent, Victoria, hija del último nombrado, fué declarada heredera al trono.

Victoria no conoció a su padre, quien murió cuando tenía ella sólo ocho meses; pero Leopoldo, viudo de la Princesa Carlota y tío materno de Victoria, fué como un padre para ella. Leopoldo tuvo mucha influencia sobre la educación de la futura reina. Opinaba que su sobrina no debía saber el alto destino que la esperaba hasta lo más tarde posible, y recién a los doce años, en medio de una lección de historia cuidadosamente arreglada, se le reveló que sería ella reina. Fué entonces que pronunció la niña la conocida frase: "I will be good". (Seré buena). Victoria vivía en el palacio de Kensington en Londres, pero pasaba largas temporadas con Leopoldo en Claremont, pues él siguió ocupando la man-

sión hasta que fué coronado rey de los belgas en 1831, cuando pasó todos sus derechos durante vida a la reina Victoria.

En la visita personal que hice a la mansión me fascinó una piletta de mármol ubicada en un cuarto muy oscuro en el subsuelo. Revestida de mármol bastante ennegrecido, la piletta, cuya profundidad era de unos dos metros, daba la impresión de un gran pozo secreto. El guía me dijo que en la época de la Reina Victoria, era éste el único cuarto de baño con el cual contaba el palacio, y Su Majestad solía sumergirse allí de vez en cuando. Dudé de la veracidad de la historietta al pasar por mi mente la visión de la reina, petisa y rotunda, bajando majestuosamente la empinada escalera. Es mucho más probable que los baños se preparaban en los dormitorios por la servidumbre como se acostumbra antes en Inglaterra.

Otro dato que me suministró el guía se relacionaba con unos faroles colgados en el recodo de los muros a la altura de las ventanas de las "nurseries" (cuartos para los niños). Estos faroles que llevaban la corona real, fueron colocados después de la visita de un ladrón a las habitaciones de los pequeños príncipes. La gobernanta había salido unos minutos de los cuartos, y al regresar encontró todas las puertas cerradas con llave desde adentro. Al dar la voz de alarma, encontraron una escalera inclinada contra la pared de afuera, donde el intruso había entrado por la ventana. Para evitar la repetición de tan temible experiencia, la reina hizo poner inmediatamente los faroles que iluminan todas las paredes que pertenecen a esa parte de la mansión.

En el año 1848, Victoria puso Claremont a disposición de Louis-Philippe y de su familia al ser exilados de Francia. El rey desterrado falleció allí en 1850, y su consorte Marie Amélie en el mismo en 1866. Es interesante hacer recordar que Leopoldo I se casó en segundas nupcias con Luisa de Orleans, hija de Louis-Philippe y de Marie Amélie.

Diez y seis años más tarde, en 1882, Claremont fué cedida por la Reina Victoria a su hijo Leopoldo, Duque de Albany, al casarse con la princesa Waldeck-Pyrmont, siendo la residencia oficial de la pareja durante largos años. Con ellos termina el capítulo real del cual tanto se enorgullece Claremont.

En los últimos años, la mansión ha cambiado de dueño varias veces más, siendo sus últimos propietarios una joven pareja, cuya riqueza se decía ser fabulosa. Gastaron sumas enormes en modernizar y decorar, instalando todo cuanto el gusto más refinado y amor al confort moderno puede pedir. Pero la joven pareja se ha ido, la mansión se vende y el parque ya se subdivide para la edificación de hogares relativamente modestos.

Ha sonado la hora en la cual Claremont, como tantas otras mansiones señoriales en Gran Bretaña, debe democratizarse y como hotel, club, escuela o sanatorio, la soberbia mansión dará albergue a infinidad de personas, mientras que el hermoso parque servirá de marco para coquetas residencias suburbanas.

Sin embargo, hace medio siglo no más que Disraeli dijo: "La disposición de la propiedad en Inglaterra entrega el gobierno del país a las manos de una aristocracia natural. No creo que ningún plan de sufragio u otro método de elección podrá desviar ese poder. Opino que la pasión inglesa de acumular riquezas—rasgo sobresaliente de nuestra psicología—no permitirá jamás un cambio en este sentido". La psicología inglesa no ha cambiado mucho, pero hoy en día cambiando sentido y palabras de Disraeli se puede decir que "la disposición de la propiedad en Inglaterra entrega el gobierno del país a las manos de una democracia numerosa, electores que suman millones".

Bibliografía: Memoirs of George IV. P. Huish.—British History in the Nineteenth Century. C. M. Trevelyan. Correspondence, Memoirs et discours inédits de S. M. Louis-Philippe. 1830-46.



Luis Felipe Igualdad, rey de Francia bajo el nombre de Carlos X, quien pasó sus últimos días en Claremont

LUCIE WALKER LEIGH

(Para LA NACION) LONDRES, noviembre de 1930.



BLASONES Y TALEGAS



A podido leerse en los diarios durante estos últimos tiempos, que la manía de ennoblescarse y de descubrirse antepasados eminentes se generaliza en los Estados Unidos, a tal punto que pueden vivir allí de su oficio veinte mil genealogistas sin carecer nunca de trabajo.

Boston es, según parece, la ciudad de su predilección. En efecto, existe en esa ciudad una Sociedad Genealógica e Histórica de la Nueva Inglaterra, la cual cuenta, desde hace ochenta años, con una biblioteca que comprende millares de volúmenes en todas las lenguas y todos ellos referentes a la heráldica y a la genealogía.

También se encuentra en Boston la sede de la Sociedad Massachusetts de los Descendientes del May-Flower, que ha emprendido el formidable trabajo de inquirir los últimos tataranietos descendientes de los centenares de puritanos que salidos de Inglaterra en los comienzos del siglo XVII desembarcaron en las riberas del Hudson y que constituyen, según la nombrada sociedad, la verdadera aristocracia de la gran confederación norteamericana.

En los notables estudios que publicó Paul Bourget hace unos cuarenta años bajo el título de "Outre-Mer", extendiéndose sobre el deseo de aristocracia que devora a la alta sociedad norteamericana. Observaba que la igualdad era una carga pesada para esos "parvenus", igualdad creada por la "unidad singular de costumbres, de ideas, de gustos que traduce la absoluta unidad de origen".

"En estos últimos años — agregaba — se ha intentado quebrar esa unidad estableciendo un Olimpo ficticio — el de los "cuatrocientos" — reclutado entre las familias más antiguas llenas de tradición y de riqueza. Esta fantasía no podía llegar a buen término. No es que no existan en los Estados Unidos familias muy antiguas, naturalmente; pero debe observarse que ellas han podido sólo sostenerse trabajando y continuando dedicadas a los negocios. No han logrado formarse costumbres especiales al aislarse. Los viejos y los nuevos ricos se codean en el campo del trabajo para separarse solamente en el campo de los placeres".

En verdad, esta idea de la selección aristocrática es más antigua de lo que Bourget creía. Si se abren las "Memorias de ultratumba", podrá leerse que, a raíz del viaje de Chateaubriand a los Estados Unidos en 1791, el gran escritor señalaba ya los prodromos de esta avidez nobiliaria:

"Una aristocracia crisógena — escribía hacia 1830 — hallase dispuesta a exaltar el amor a las distinciones y la pasión por los títulos. La gente se figura que en los Estados Unidos reina un nivel medio; esto es un completo error. Hay clases humanas que se desdibujan y no se ven entre ellas; hay salones en los cuales el tedio solemne de los dueños supera al de un príncipe alemán lleno de blasones".

"Los nobles plebeyos aspiran a la casta, a pesar del progreso de las luces que les hizo iguales y libres. Entre ellos algunos no hablan más que de sus abuelos, orgullosos barones, presuntamente bastardos y compañeros de Guillermo el Bastardo (Guillermo el Conquistador). Se complacen en lucir blasones de caballería del viejo mundo, ornados con serpientes y pelucas del Nuevo Mundo".

Y Chateaubriand agregaba hace un siglo esta burlesca observación de actualidad: Un cadete de la Gascuña que llega con su capa y el paraguas a la ribera republicana, es muy considerado en los barcos de vapor si tiene la pretensión de titularse "marqués".

Contrariamente a la observación de Chateaubriand, lo que hoy enarbolan en sus blasones los yanquis no son las serpientes y las pelucas de los "cuatrocientos", sino los motivos heráldicos que figuran en los escudos de las viejas familias europeas de las cuales pretenden descender: familias inglesas, francesas, escocesas, alemanas, holandesas, etc., cuyos nombres se repiten en los

LA MANIA NOBILIARIA ENTRE LOS NORTEAMERICANOS

La afición a las distinciones se halla arraigada en el corazón de todos los hombres y se manifiesta libre y placidamente tanto en las democracias como en las monarquías. — (MARK TWAIN, "La vanidad americana")

veces se han extinguido en Europa y que generalmente no se continúan en los Estados Unidos más que por el azar de una homonimia, la corrupción de un patronímico o sencillamente por la suerte de un sobrenombre adquirido hace más o menos tiempo.

Hace apenas medio siglo, cuando la mejor nobleza europea comenzó a casar a sus hijos con las hijas de los multimillonarios de Nueva York o de Baltimore, fué cuando súbitamente se produjo en los Estados Unidos una floración inesperada de heraldistas y genealogistas: Hughes, de Vermont, Browning, etc. Llegó a fundarse en Nueva York una librería heráldica, la casa Mensell, que editó sorprendentes publicaciones en las cuales todos los arribistas riquísimos de Ohio, Arkansas o Minesota satisficieron ampliamente su sed aristocrática.

Véase, para dar una idea de esas publicaciones, algunos títulos de colecciones repletas de "pedigrees" y de escudos de armas más o menos fantásticos:

"American Ancestry": "incluyendo el nombre y la descendencia en la línea masculina de los norteamericanos, cuyos antepasados se establecieron en los Estados Unidos antes de la declaración de la independencia: A. C. 1776".

"América Heráldica": "compilación de escudos, de cimbras y de divisas de las grandes familias norteamericanas establecidas en el país antes de 1800".

La tercera de estas obras es aún más imponente:

"Americans of royal descent". La colección lleva este explícito subtítulo: "Colección de genealogías de las familias norteamericanas de legítima línea real, establecidas de acuerdo con autoridades reconocidas, papeles de familia impresos e informaciones sacadas de las genealogías manuscritas".

De esta obra sensacional es autor M. Charles H. Browning, miembro de la American Historical Association. Vitton de Saint Allais, Borel d'Hauterive, La Chesnaye-Desbois que fueron, en el siglo XIX, los más conocidos y regocijantes urdidores de genealogías que hayan existido nunca, quedarían un poco envidiosos ante la obra fabulosa de su cofrade yanqui.

Para dar una idea de este D'Hozier transatlántico diremos simplemente que el índice del volumen comprende no menos de doscientas parejas descendientes, "marido y mujer" de una cuna real o imperial.

Entre los antepasados reales citados con más frecuencia enuétranse los nombres de Eduardo I, Enrique IV y Eduardo II de Inglaterra, Jacobo I de Escocia, Felipe III de Francia, etc. Naturalmente, el multimillonario Jacobo Astor figura en esta lista. Creo recordar que descende de Enrique IV de Inglaterra...

Véase en revoltijo en esa obra preciosa los nombres reales de los Borbones, los Courtenays, los Bruces, los Valois, los Plantagenets, los Estuorios, etc.

Muy recientemente, M. Browning ha encontrado un digno continuador en la persona del Dr. David Starr Jordan, que acaba de publicar un libro titulado "Your family tree" ("Vuestro árbol genealógico"), donde demuestra con tanta claridad como el día, que el presidente Coolidge tiene por antepasado al emperador Carlomagno; que John D. Rockefeller descende de Enrique I rey de Francia, y que Pierpont Morgan puede reivindicar como antepasado directo a David I de Escocia, ascendencia que comparte, por Isabel de Vermandois, con el autor de ese magnífico nobiliario, ¡el mismo doctor Starr Jordan...!

Para dar una buena lección a sus vanidosos compatriotas, sin duda, el célebre humorista Mark Twain escribió su "Autobiografía burlesca", donde nos muestra a sus antepasados bajo el aspecto de salteadores de caminos, falsificadores, piratas, etc. Llega en esta autobiografía a considerar como abuelos a Guy Fawkes y a Jack Sheppard, dos bribones legendarios.

Se cuenta que un día varios norteamericanos enorgullecidos ante Mark Twain de poseer una dilatada ascendencia aristocrática. Este descendía de tal príncipe soberano, el otro de un famoso barón, el de más allá de un par de Eduardo III... El humorista guardaba silencio mientras dibujaba algo en una hoja de papel. Cuando hubo acabado su dibujo lo enseñó a la concurrencia que le rodeaba, diciendo:

— ¡Vean ustedes mi árbol genealógico!

Su dibujo, ilustración de su autobiografía burlesca, representaba una horca de la que se balanceaban varios ahorcados...

Nadie, en lo que concierne a la nobleza francesa, sospecharía que los nombres siguientes, tomados entre otros centenares, se llevan frecuentemente en los Estados Unidos: d'Angoulême, d'Artois, d'Avezac, de Beaumont, de Berenger, de Béthune, de Bohum, de Champagne, de Clermont, de Coligny, de Estouteville, d'Eu, de Ganay, de Gournay, de Grasse, de Hauteville, de Kegorlay, de Marigny, de Mauduit, de Mouchet, de La Fontaine, de Montfort, de Namur, de Nemours, de Normandie, de Pau, de Pomerey, de Portes, de Quincy, de Raimés, de Saluces, de Senlis, de Taillefer, de Vaux, de Vermandois, de Vernon, de la Ferté, de la Motte, de La Rochefoucauld, de Bayard, etc.

Los norteamericanos han conservado a tal punto la afición por esta nobleza francesa, que en la Plaza Vendôme, de París, hay un banco norteamericano donde sólo se acepta como empleados a los jóvenes cuyos nombres inscriptos encima de las ventanillas donde trabajan se ornén con un título o al menos con una partícula.

Claro es que la nobleza de origen británico goza en los Estados Unidos de un favor no menos grande. Por ello y a este propósito escribía cuerdamente M. de Varigny en su libro "La mujer en los Estados Unidos":

"Las viejas tradiciones aristocráticas



Escudo de armas de Jorge Washington

subsisten en Boston, Baltimore, Filadelfia y, lejos de decrecer, se acentúan. Están en alza los heraldistas y genealogistas. Los Bidle hacen remontar sus orígenes a una época anterior a la invasión normanda; los Wharton a 1545; los Chapman cuentan a Sir Walter Raleigh entre sus antepasados; los Cadwalader datan de Roberto II de Escocia; los Novins de 1573; los Montgomery descienden de los condes de Eglinton.

Agreguemos que los Bidle no han olvidado que sus armas eran "de plata con tres calderas de salinas de sable y borde del mismo" y que su divisa es: "Deus clypeus meus"; que los Wharton se jactan de descender de los duques ingleses de Wharton a los cuales han tomado el blasón y la divisa "Expectes et sustineas"; y que si los Cadwalader tienen un escudo de plata, los Montgomery les oponen los lises de oro, distribuidos diferentemente en los cuarteles, según que los famosos portadores de ese nombre aleguen descender de los Montgomery de Escocia, de Irlanda o de Francia.

Las fuentes en que acuden a inspirarse los Tolson d'Or, los Berry, los Montjoye norteamericanos son, a veces, muy singulares. Así uno de ellos, M. de Vermont, el autor de "América Heráldica", que nos parece la obra más famosa en la materia, dice en su prefacio que se refiere en muchas ocasiones al "Gore roll o farms". ¿Qué significa esta expresión hasta ahora desconocida de todos los heraldistas? M. de Vermont nos lo explica de esta manera ingenua: "Es una colección de noventa y nueve escudos pintados a mano, que fué propiedad de un carrocer de Boston llamado Gore, que vivía a comienzos del siglo XVIII y que consignaba en un libro las armas de sus principales clientes... Se ha admitido siempre que los escudos incluidos en esta compilación eran, en gran parte, "bona fide" y merecían ser tratados de acuerdo con este criterio".

¡Un carrocer genealogista! ¡Qué extraño hubiera parecido esto antaño! Pues bien; la colección de escudos que ese hombre dejó merece cierta confianza, si nos atenemos a una nota que encontré en el libro "De l'amour" publicado por Stendhal en 1822, nota escrita a propósito de una academia religiosa norteamericana. Hela aquí:

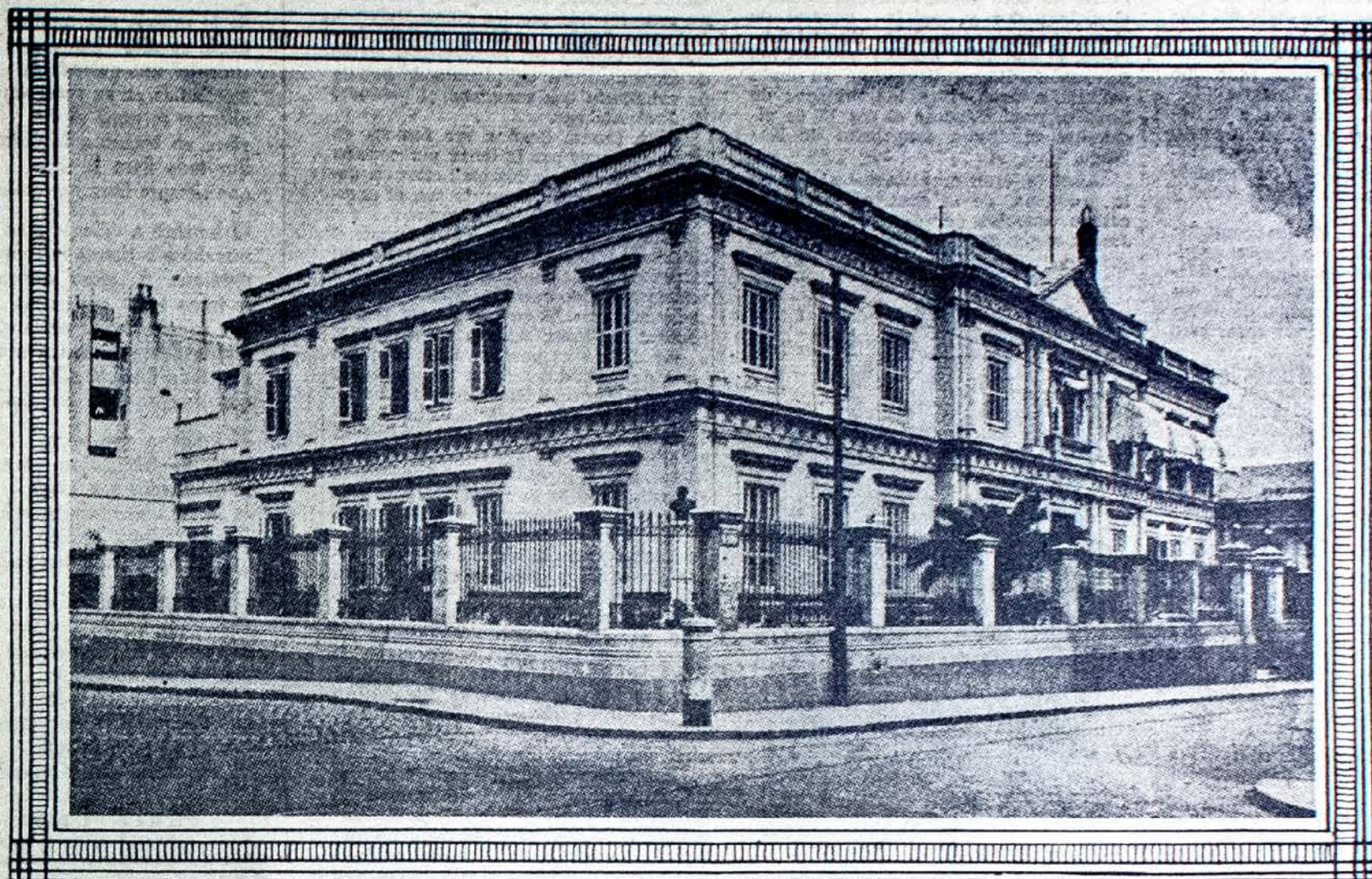
"Por lo demás, el ridículo de esta academia me recuerda que los norteamericanos otorgan la mayor importancia a ver bellos emblemas pintados en las portezuelas de sus coches; lo que les aflige es el hecho de que, con motivo de la poca instrucción que tienen los pintores de carrozas, se produzcan siempre errores en los blasones".

Sería interesante saber si la colección del carrocer de Boston incluye los escudos de George Washington, el héroe de la independencia americana. Sería muy interesante, pues las armas del fundador y del primer presidente de los Estados Unidos han llegado a ser, de acuerdo con la propuesta de uno de los primeros congresos, los motivos inspiradores de la bandera nacional de la Gran Confederación de la América del Norte. Esta bandera, el famoso "pendón sembrado de estrellas" ("Stars spangled banner") se halla compuesto, como todos saben, de estrellas y de franjas ("stars and stripes") y estas últimas son las mismas que figuran en los blasones de Washington. Se introdujo en ellos una ligera modificación: las estrellas rojas cambiáronse por trece estrellas plateadas, número de los estados que se declararon independientes en 1776, cuando el primer congreso de Filadelfia; su número, aumentado incesantemente durante el siglo XIX, es hoy de cuarenta y cinco. Si todavía aumenta habrá que ampliar el cuadrado azul que las contiene. El número de franjas fué aumentado de dos a siete por razones que tenemos el sentimiento de ignorar, pero que no por ello dejan de existir.

Así es como el reconocimiento oficial llegó a hacer de las armas de una modesta familia inglesa del condado de Bedford la gloriosa bandera que flota en nuestros días sobre el territorio de la más poderosa de las repúblicas.

GEORGES MAUREVERT

EL ULTIMO BETHLEMITA DE BUENOS AIRES



LA ORDEN DE LOS BETHLEMITAS O BARBONES



En todas las órdenes monásticas y religiosas que pueblan la cristiandad sólo la de los bethlemitas, belermos o barbones puede considerarse como originaria de América, y acaso sea ésta la razón de que la hospitalaria comunidad haya desaparecido por completo, al contrario de las otras órdenes monásticas que tanto aquí como en Europa se han acrecentado.

Los bethlemitas usaban capa y túnica de paño pardo con una cruz azul que se cambió después por un escudo representando la Natividad de Cristo, siéndoles prohibido montar a caballo.

Su hábito era ceñido por gruesa correa de suela y calzaban sandalias, tal como lo establecía la Constitución de esta orden hospitalaria fundada en Guatemala por Fray Pedro de San José Bethancourt a mediados del siglo XVII (año 1562) y establecida en Buenos Aires el año 1784.

La circunstancia de usar barba larga, como los frailes capuchinos, dió pie para que el pueblo los bautizara con el nombre de Padres Barbones.

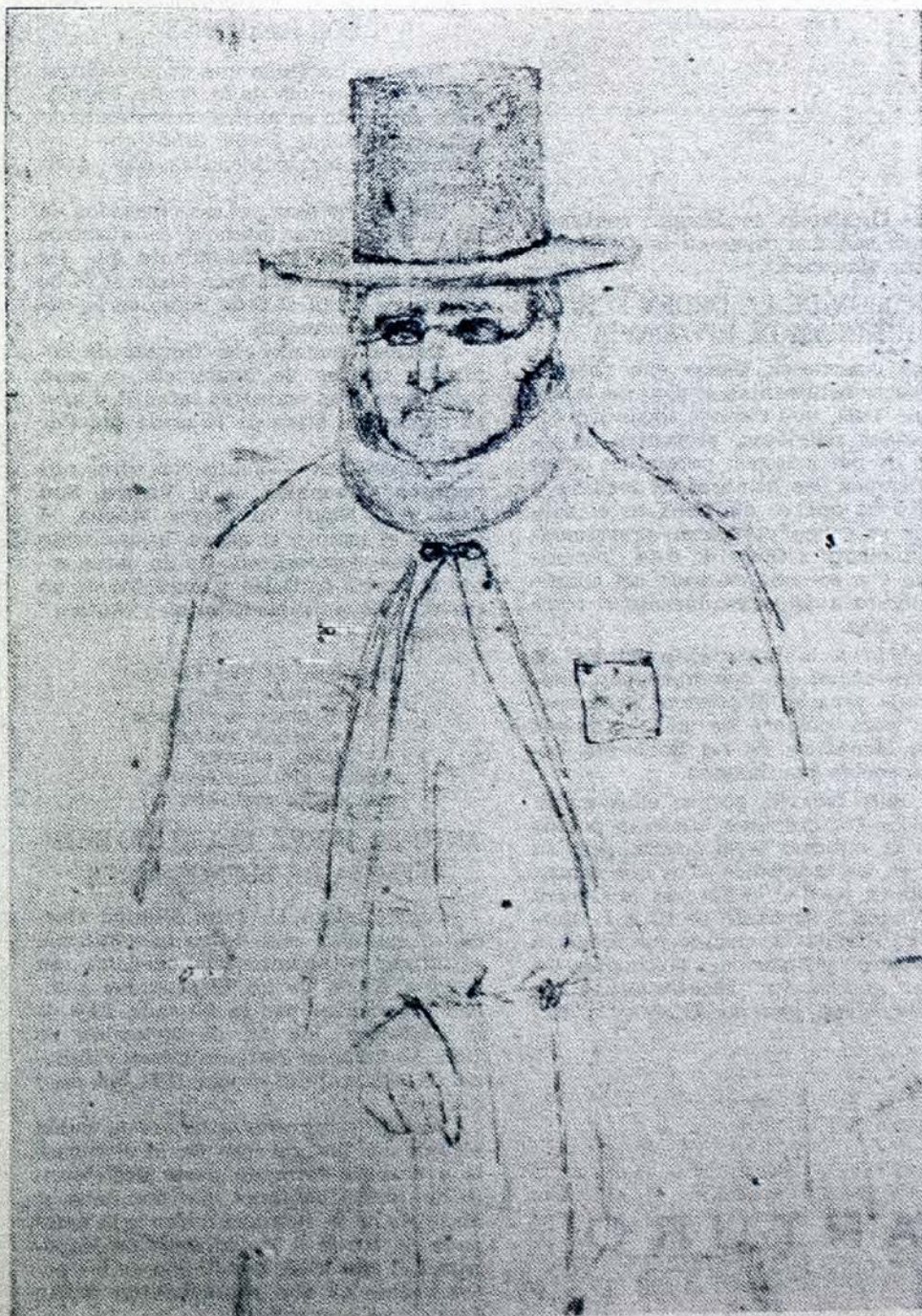
Estaban obligados a reunirse los lunes, miércoles y viernes en la capilla y disciplinarse mientras durara el misere-re; y los sábados, a son de campanilla, desde la puesta del sol hasta la media noche, recorría un hermano la ciudad pidiendo sufragios para las almas benditas del purgatorio y conversión de los que se hallaban en pecado mortal.

Según sus primitivos estatutos, debían medicinar en sus hospitales únicamente a cristianos, pero el Papa Inocencio XI, por bula de 26 de marzo de 1667, reformó los estatutos, ordenándoles prestaran también sus cuidados a los indios infieles, y privándolos de funciones sacerdotales por no ser los ejercicios manuales y humildes, decorosos para los ministros del altar. Igualmente dispuso el Santo Padre, que a los hermanos aspirantes se les enseñase algo de botánica y medicina.

EL PRIMER HOSPITAL DE BUENOS AIRES FUNDADO POR D. JUAN DE GARAY

La creación de un hospital en la ciudad de Buenos Aires, se remonta a la época del repartimiento de tierra hecho por su ilustre fundador D. Juan de Ga-

La actual Casa de Moneda (Méjico y Defensa), sitio donde estuvo el hospital de Santa Catalina, después Cuartel de Restauradores



El último bethlemita del convento de Buenos Aires. Dibujo inédito, original del pintor Fernán Rezabal Bustillo, existente en el Museo de Luján. (Donado por doña Carmen Rezabal)

ray, en el año de 1580, designándose la manzana número 36 del primer plano de la ciudad, que es hoy la comprendida entre las calles Reconquista, Sarmiento, Veinticinco de Mayo y Corrientes, calle por medio del Convento de la Orden Mercedaria, ubicándolo cerca de un convento e iglesia, para obedecer a lo que ordenaba la Recopilación de Leyes de Indias dictada en 1573. A este primer hospital lo denominó Garay con el nombre de San Martín.

Más tarde esta ubicación no se encontró adecuada en razón de estar distante del comercio y todas las casas señoriales que se agrupaban hacia la parte sur de la Plaza Mayor y en los alrededores de las iglesias y conventos de San Francisco y Santo Domingo.

La manzana donde se trasladó el hospital, dando cumplimiento a un acuerdo del Cabildo, en 1611, es la manzana limitada hoy por las calles de Defensa, en 1782 calle San Martín porque era la que conducía al Hospital San Martín, y el año 1807 calle de la Residencia, que se extendía hasta el hospital de este nombre; por el Este con la barranca del Río de la Plata, pues la actual calle Balcarce no existía; por el Norte con la calle San Bartolomé (hoy Méjico), y por el Sur con el arroyo o "tercerito" llamado de los Granados, después calle San Andrés, y hoy Chile.

Haciendo efectivo lo dispuesto por una Real Cédula, el gobernador, D. José de Andonaegui, en 20 de diciembre de 1784, comisionó a D. Nicolás Elordy, a cuyo cargo corría el Hospital San Martín, para que procediese a inventariar su existencia a fin de entregarlo a los Padres Bethlehemitas.

El edificio era una iglesia de treinta y cuatro varas y tres cuartas de largo por ocho varas de fondo, y cinco y media varas de altura, techo de teja española y los muros contruidos de tierra pisada (tapia), amenazando ruina.

Se recibieron las existencias de los Padres Fray Agustín de San José y Fray Joaquín de la Soledad.

LOS PADRES BETHLEMITAS SE HACEN CARGO DEL HOSPITAL (1784)

D. Domingo de Basavilbaso, notable y distinguido vecino de esta capital, fué el que condujo los Padres bethlemitas desde Potosí (alto Perú) hasta Buenos Aires, y con su propio caudal construyó una sala grande que sirvió de enfermería, según consta de un "Testimonio de las informaciones hechas en Buenos Aires, en las pruebas de don

Manuel de Basavilbaso (hijo del anterior) para el uso de la gracia que obtuvo de la Cruz de Carlos III.

Dicha enfermería, a cargo también de los religiosos bethlemitas, constituía el año 1787, todo el hospital de la Residencia destinada para hombres, y situado en el edificio construido por los regulares expulsos de la Compañía de Jesús el año 1753, contiguo a la Iglesia de San Pedro Telmo, en la antigua calle de Bethlem, después calle del Comercio y hoy Humberto I.

El 26 de marzo de 1795, se concedió permiso por Real Cédula para que el primitivo hospital San Martín (Defensa y Méjico) se trasladase a la Residencia, quedando el primero, llamado entonces de Santa Catalina, como hospital general de curación, y el segundo para convelescentes, incurables, locos y contagiosos.

El personal de la Orden constaba de siete conventuales, un Padre presidente y un vicepresidente que administraba la estancia del convento, un enfermero mayor, un enfermero de oficio, un mayordomo, un segundo enfermero y un presbítero.

Sólo había un capellán para los oficios del culto católico, pues los demás miembros de la comunidad, aunque vestían el traje talar no tenían órdenes sagradas. Llevaban el título de hermanos, siendo la mayoría médicos y enfermeros.

SU GENEROSA ACTITUD DURANTE LA SEGUNDA INVASION INGLESA

Por aquel entonces se denominaba Plaza Chica la intersección de las calles hoy de Bolívar y Belgrano, antiguo Sudoeste, sitio desde donde el año 1807 se batió la torre de Santo Domingo haciendo fuego convergente con las piezas colocadas en otros puntos. Esta pieza de artillería, cuyos fuegos tomaron de flanco al convento, fué la que causó mayor número de bajas a las fuerzas británicas mandadas por el teniente coronel Pack.

Como el hospital y convento de Santa Catalina se hallaba a dos cuadras de allí, los hermanos bethlemitas fueron muy solícitos para recoger y curar los heridos del ejército invasor, hecho por el cual los soldados británicos les demostraron un profundo agradecimiento. Prueba de ello, es el reloj que les envió de regalo el teniente coronel Pack en nombre del regimiento 71, como recuerdo de la humanidad con que estos religiosos habían tratado a sus heridos, pieza que tiene grabada esta dedicatoria escrita en latín:

"El regimiento británico No. 71, a una voz, tributa y dedica este reloj, pequeño don de gratitud, a los virtuosos religiosos barbones de Buenos Aires, como feliz recuerdo por los muchos y grandes beneficios e ilustrada caridad que ejercieron en la curación de los heridos pertenecientes a dicho cuerpo. Abril 2 de 1809. Firma: do: Federico Pack, Teniente coronel".

También el general Whitelocke, jefe del ejército británico, manifestó oficialmente que los prisioneros ingleses habían recibido un trato generosísimo (carta fechada en el Retiro a 10 de julio de 1807).

LA CONSPIRACION DE ALZAGA Y FRAY JOSE DE LAS ANIMAS

Los bethlemitas, que por su origen la mayoría eran españoles peninsulares, estuvieron complicados en la conjuración encabezada por D. Martín de Alzaga, quien, como es sabido, fué fusilado el 5 de julio de 1812, a la vista del pueblo que llenaba la Plaza Victoria, terminando su vida turbulenta y agitada, con los ojos puestos en la Pirámide de Mayo, de cuyas rejías de hierro había declarado que colgaría por las barbas a todos los revolucionarios.

El más comprometido y activo de los auxiliares de D. Martín, fué el religioso bethlemita Fray José de las Animas, quien, después de sus amplias declaraciones prestadas ante los cuatro jueces designados por el Gobierno, Montenegro, Chelana, Viletes e Irigoyen, fué condenado por éstos al patíbulo, siguiendo la suerte de los demás conspiradores.

También figuraron otros de estos religiosos entre los firmantes de aquella carta de exterminio de los conspiradores donde se comprometían "a pasar a cuchillo a todos los crímenes de 12 años arriba".

POSELAN LA ESTANCIA DE LAS FONTEZUELAS, EN ARRECIFES, DONDE ACAMPÓ DORREGO EL AÑO 1828

Entre los buenos hechos que honran el nombre de los bethlemitas...

la estancia de las Fontezuelas, en el partido de Arrecifes, que tenía: "diez leguas de circunferencia, con casa de ladrillos, cómoda para toda la gente de servicio, y un puestito de igual material, uno y otro con corrales para el ganado mayor y menor, más todos los útiles necesarios para las faenas del campo. Del número de ganados no se da noticia".

Es en esta estancia donde acampó el gobernador y capitán general de Buenos Aires, coronel D. Manuel Dorrego, el año 1828, cuando buscaba las fuerzas de Rosas, llevándolo su mala estrella a caer entre los soldados de Lavalle, produciéndose el día 13 de diciembre el drama sangriento de Navarro.

Además, eran propietarios al sur de la provincia, de la gran extensión de campo conocida por de La Laguna de Juanchito, que después pasó a ser prople-



Reloj obsequiado el año 1809 por el Regimiento británico N.º 71 a los Padres Barbones de Buenos Aires (Museo Histórico Nacional)

dad de D. Martín de Alzaga; contando también con dos casas en la Capital y algunas limosnas.

SUPRESION DE LA ORDEN POR LA REFORMA DE RIVADAVIA

Los cuantiosos bienes que poseían los Padres bethlemitas al dictarse la ley del año 1822, que disolvió todas las comunidades religiosas, provenían de legados de particulares; porque en aquellos tiempos, los hombres de fortuna y sin deudos que se alojaban en el hospital a su cargo, otorgaban previamente testamento a favor de esta Comunidad, la que por una cláusula del mismo se obligaba a cuidarlos durante el resto de sus días.

Debido a la importante misión de carácter oficial que desempeñaban, causó honda pena en el público, la desaparición para siempre de la hospitalaria Orden Monástica de los Barbones, como el pueblo les llamaba.

Y más todavía, porque ellos quizá, como los franciscanos, hubieran podido eludir la reforma de la iglesia, pero su caída ya hacía muchos años que estaba decretada, pues el secretario de Guerra del Primer Triunvirato de 1812, D. Bernardino Rivadavia, cuando fué ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores del primer gobernador constitucional de Buenos Aires, general D. Martín Ro-

dríguez, el año 1822, no había olvidado la participación de muchos bethlemitas en el trágico pronunciamiento de Alzaga.

EL HOSPITAL DE SANTA CATALINA CONVERTIDO EN CUARTEL DE RESTAURADORES

El antiguo edificio del Hospital de Santa Catalina, que ocupaba la manzana comprendida por las calles Defensa, Balcarce, Méjico y Chile, cuando fueron desalojados los bethlemitas, sirvió de alojamiento a un piquete de policía de caballería que mandaba el preboste D. José Alcaraz.

Esta fuerza llegó a ser famosa en aquel entonces por la tenaz persecución que su jefe hacía a los malhechores, denominándolo comúnmente con el nombre de: La partida de Alcaraz.

Luego, durante la época de Rosas, el edificio es destinado para cuartel del Batallón de Restauradores, cuerpo de milicia formado casi totalmente de pardos y morenos. Tuvo por primer jefe al general D. Félix Alzaga, hasta 1835; y por último al coronel Ravelo, quien tenía de segundos jefes a los sargentos mayores (negros) Narbona y Barbarin.

Por último lo utiliza la Aduana hasta el año 1879, en que se comenzaron a demoler la iglesia y el hospital, para levantar bajo la dirección del ingeniero Eduardo Castillo, la actual Casa de Moneda, cuya construcción fué terminada el año 1881.

Hasta el año 79 se conservaba, aunque en estado ruinoso, el edificio de la iglesia y algunas alas del hospital, las celdas y portería del convento bethlemita, ocupado todo como depósito de mercaderías. La iglesia estaba llena de pipas de vino, y los santos permanecían ocupando nichos detrás de las estibas de los cascos, cubiertos de telarañas, sin que la autoridad eclesiástica los hubiera reclamado.

Descendiendo por Méjico hasta el río, al llegar a Balcarce (esta calle no existía en tiempo de los Padres bethlemitas), estaba el enterratorio o Campo Santo de la iglesia del Hospital de Santa Catalina, siendo por esta causa que cuando se pavimentó la cuadra de Balcarce entre Méjico y Chile, aparecieron y se exhumaron muchos restos humanos.

EL FAMOSO "NACIMIENTO" DE LOS BARBONES

También haciendo una excavación se encontró el escudo de la Orden Bethlemita esculpido en piedra, representando el Nacimiento de Jesús, fiesta que conmemoraban los bethlemitas con gran pompa.

Uno de los más gratos recuerdos de la ya lejanísima infancia de nuestros bisabuelos, era el Nacimiento que los Padres barbones exhibían desde el 24 de diciembre hasta el 6 de enero en la capilla de su convento.

Estaba formado con figuras de cerámica traídas de Andalucía, y eran motivo de gran embeleso infantil y hasta de coplas, hijas de la musa popular española.

Allí estaban — junto con otros numerosos personajes — la Virgen, San José y el Niño; los Reyes Magos, el blanco, el indio y el negro, lujosamente ataviados, descendiendo de un cerro sobre el portal de Belén y seguidos de un perro, al que le cantaba un "cantaor" popular:

El perro de San Roque
no tiene rabo,
porque unos escribanos
se lo han robado.
¡Mira, perrito!
cuidate de escribanos,
que están malditos.

ANTONIO PEREZ, EL ULTIMO BETHLEMITA DE BUENOS AIRES

Según relata D. Julio Migoya García al estudiar esta orden hospitalaria, el último bethlemita que quedaba en Buenos Aires, de los dispersados a todos los vientos por la llamada Ley de la Reforma de 21 de diciembre de 1822, se llamaba Antonio Pérez y falleció en esta capital el año 1871, ya muy anciano.

Antes de ingresar a la orden, había servido en las guerras de la Península y después formado parte del ejército de 12.000 hombres que mandaba el Marqués de la Romana durante la campaña de Rusia a las órdenes de Napoleón I el año 1812, siendo uno de los pocos españoles que sobrevivieron a tan desastrosa campaña.

También se le ha conocido con "banda" de la Recova Nueva, antes llamada la "Vereda Ancha".

Romance de la niña que llora por nada

Los labios descoloridos;
los ojos llenos de lágrimas...
Por todo llora la niña
que siempre llora por nada.

Se le rompió una muñeca
desde su niñez guardada;
encontró una golondrina
moribunda en su ventana;
obscuro se pone el día,
vibra un trueno a la distancia...
Por todo llora la niña
que siempre llora por nada.

El hombre a quien dió su amor
marchóse a tierras lejanas;
promesas de amor eterno
le traen todas sus cartas
con anunciados regresos
que la ausencia nunca acaban...
Por todo llora la niña
que siempre llora por nada.

El invierno que se va
llena de tristeza su alma;
la primavera que viene
se la enciende en esperanzas...
Por todo llora la niña
que siempre llora por nada.

El hombre a quien dió su amor
vuelve de tierras lejanas.
Al hombre a quien dió su amor,
una mujer acompaña.
Cómo los mira la niña
que siempre llora por nada!
Cómo los mira la niña
sin derramar una lágrima!...

Luis Cané

Lluvia sobre el campo

La tarde triste, con lluvia
y con viento huracanado,
ha trastornado la dulce
serenidad de los campos.

Estremécense los árboles
desnudos y solitarios,
cuando baja de la loma
el viento que silba largo.

Y azotando y con silbidos
para rodeo al ganado,
que muge aterido y triste
envuelto en cálidos vahos.

Turbio y crecido el arroyo
pasa sonoro, pujando
por abrirse entre las matas
otro camino más amplio.

Anda describiendo círculos
la bandada de chimangos
y el viento dueño de alturas
ayuda sus vuelos rápidos.

Regresan hacia las casas
los corderitos balando,
obedientes y sumisos
a los gritos del muchacho.

Y hacia el camino real
pasa el cartero a caballo
y el viento loco, barreras
le va poniendo a su paso.

La lluvia tiene de fiesta
a los peones del tambo
y un acordeón estira
las notas graves de un tango.

Se queja la vieja rueda
del molino largo rato
y un chorro de agua plateada
cae del tanque anegado.

Sin hojas, en el potrero,
muestra el corazón un árbol;
y el corazón es un nido
que llora ausencia de pájaros.

Elias Carpena

ARTURO
F.

UN ZOO COLOSAL PARA LOS INGLESES

DE LA EDAD MEDIA A WHIPSNADE, PASANDO POR
BERNARDINO DE SAINT-PIERRE

CONTRA lo que supone una opinión muy difundida, los Estados Unidos no poseen la exclusiva de las cosas más grandes, ni siquiera en el orden de las cosas hechas por el hombre y que, por consiguiente, dependen de la voluntad y del dinero. El jardín zoológico más grande del mundo, por ejemplo, van a tenerlo ahora los ingleses, casi a las puertas de Londres.

La metrópoli de la Gran Bretaña contaba ya, desde hace un siglo, con el conocido zoo del Regent's Park, universalmente considerado como el más importante por su contenido y el más eficiente desde el punto de vista científico, y enriquecido después de la gran guerra con un magnífico acuario, cuya instalación costó nada menos que cincuenta y tres mil libras esterlinas. Pero este gran jardín zoológico no es un jardín zoológico grande, ni mucho menos. El terreno que ocupa, apenas pasa de una docena de hectáreas, de modo que todavía es algo más pequeño que el zoo de Buenos Aires, con estar este último lejos de ser uno de los mayores. Cualquiera de los dos, en efecto, resulta chico junto al de Berlín, que ocupa veinticinco hectáreas, o el de Manchester, que excede de treinta, y no digamos nada si se los compara con el de Washington o el de Nueva York, cuya extensión es, respectivamente, de sesenta y seis y de ciento cinco hectáreas. Ahora, sin embargo, estos inmensos parques norteamericanos van a quedar a su vez eclipsados. La Sociedad Zoológica de Londres, propietaria del famoso jardín que cada año atrae más de dos millones de visitantes, ha querido celebrar el primer centenario de su fundación adquiriendo en Whipsnade, en el condado de Bedford, doscientas hectáreas de terreno que rápidamente está transformando en un parque zoológico casi dos veces tan extenso como el mayor de los existentes hasta el día.

La creación del zoo colosal de Whipsnade no obedeció al pueril deseo de batir un record, ni es mera consecuencia de la prosperidad de una asociación que comenzó con ciento cincuenta y un socios y hoy pasa de ocho mil, sino que responde a las exigencias del concepto moderno de jardín zoológico. En la actualidad, el objeto primordial de un establecimiento de esta clase ya no es reunir el mayor número posible de animales, ni los animales más raros; un jardín zoológico siglo XX debe, ante todo y sobre todo, exhibir sus animales en óptimas condiciones de vida. Si ello puede conciliarse con una colección numerosa y con ejemplares notables y poco vistos, tanto mejor; pero lo esencial es dar a los animales, dentro de lo factible, la sensación de que no están encerrados y procurar que vivan como si viviesen en plena naturaleza. Y esto no sólo por razones de zoofilia, sino por la finalidad misma del jardín zoológico. Este debe ser, en efecto, un factor de cultura para el vulgo, a la vez que un campo de observación para el naturalista. "Para el progreso de la ciencia y la instrucción y recreo del pueblo", dice el acta de fundación del parque zoológico de Washington; y ni se instruye al pueblo mostrándole animales mal tenidos, presos en estrechas jaulas o en corrales reducidos y sucios, ni tienen el menor valor científico las observaciones hechas sobre seres que viven en las condiciones anormales de un cruel cautiverio.

En esta cuestión, como se ve, se ha avanzado enormemente en poco tiempo. Porque bueno es tener presente que el jar-

dín zoológico tal como universalmente se entiende, esto es, como lugar que está a disposición del público y para beneficio de los estudiosos, es una institución muy moderna, como que sólo data de la Revolución Francesa. Pocas de las personas que pasan una tarde agradable e instructiva contemplando los bichos de Palermo por la infima cantidad de diez centavos, pensarán estar disfrutando de una de las conquistas hechas por la democracia en aquella histórica ocasión, y sin embargo, así es. Antes de la Revolución Francesa, las colecciones zoológicas eran un privilegio de los reyes y de los potentados. Los únicos animales exóticos o raros que el pueblo veía, eran los que, alguna que otra vez, llevaban de ciudad en ciudad, o de feria en feria, las caravanas de gitanos y los domadores ambulantes: la foca que decía "papá" y "mamá", o la sanguinaria hiena, a la que se atribuía la costumbre de "desenterrar los cadáveres para comérselos vivos..." Algunas de aquellas miserables exhibiciones se hicieron, sin embargo, famosas. En París, a mediados del siglo XVIII, era popular "le sieur Saint-Martin", que tenía un circo donde se hacían luchas de toros y perros, y además enseñaba leones. Como un siglo antes, en Madrid, unos portugueses hicieron plata durante algunos años mostrando un rinoceronte malayo vivo, bajo su nombre javanés: "a bada"; hasta que un día el animalito tuvo a bien escaparse y ocasionó numerosas desgracias, de las que ha quedado recuerdo por largo tiempo en el nombre de la calle en que se le exhibía: calle de la Abada.

Pero las verdaderas colecciones de animales curiosos, como digo, sólo existían en poder de los grandes de la tierra. En ello había tal vez algo así como un remanente de la ostentación de los antiguos emperadores romanos, que se enorgullecían mostrando en los circos gran número de bestias de todas clases, y haciendo a veces que se destrozasen entre sí, como cuando Augusto hizo luchar cuatrocientos leones de la Numidia a un tiempo, o cuando Pompeyo presentó seiscientos de estos felinos en un solo día. No es en los espectáculos del Coliseo, sin embargo, donde debemos buscar el origen de las colecciones de fieras que los antiguos monarcas se complacían en poseer, sino más bien en la costumbre que había de que éstos se enviasen unos a otros, como si fuesen alhajas u otros objetos de valor, bichos raros o difíciles de conseguir. Un león o un elefante servía así de prenda de amistad o de alianza. González de Clavijo, embajador de Enrique III de Castilla en la Corte de Tamerlán, refiere que el sultán de Babilonia envió como regalo al conquistador mongol una jirafa de diez y seis palmos de altura. Y ya que he aludido a este gigante rumiante, creo oportuno recordar una curiosa carta dirigida en 1489 por Ana de Francia a Lorenzo de Médici, pidiéndole que le regalase una "giraffe" que el sultán de Egipto había enviado a éste dos años antes; "car c'est la beste du monde que j'ay plus grand desir de veoir", escribía la hija de Luis XI.

Naturalmente, no eran sólo

jirafas lo que los reyes se regalaban entre sí. Enrique III de Inglaterra recibió de su cuñado, Federico II de Alemania, tres leopardos, obsequio que revela singular fineza, por ser precisamente tres leopardos el blasón de aquel rey. Durante su reinado, se vió por primera vez en las Islas Británicas un elefante, que le regaló Luis IX de Francia. Consérvanse documentos de la época en los que se dispone que los sherifs de Londres contribuyan a la mantención del proboscideo y a la construcción de un establo para alojarlo. El mismo Enrique III fundó en la Torre de Londres una "menagerie", que todos sus sucesores conservaron, hasta el año 1834. Aun no hace mucho tiempo, todavía los

el Museo de Ciencias de Madrid.

El Rey Sol, que en nada quiso ser menos que los otros reyes, fundó en Versalles la célebre "ménagerie royale", de cuya importancia da idea el hecho de que sólo en un año, en 1688, ingresaron en ella ciento noventa y cuatro animales, entre ellos trece avestruces. Aunque aquel parque zoológico decayó mucho bajo los sucesores de Luis XIV, aun existía cuando Versalles fué invadida por las turbas, en 1789. Considerado como un lujo inútil, como un insulto a la miseria del pueblo, no escapó al saqueo. Un pobre camello, unos cuantos monos, centenares de aves de bello plumaje, pagaron con sus vidas las torpezas y abusos de los reyes. Sólo cinco animales sobrevivieron al desastre: un león del Senegal, un cuaga, un rinoceronte de la India, un antilope búfalo y una paloma de las Molucas. Tres años más tarde, estos residuos de la "ménagerie" fueron también condenados a muerte. Se los miraba como bocas "inútiles para el país", y fueron ofrecidos a Bernardin de Saint-Pierre, administrador del Jardín de las Plantas, para que los hiciera disecar y los colocase en el gabinete de historia natural, el antiguo "Cabinet du Roy", que había en aquel establecimiento. "Quisiéramos que en las manos de un filósofo como vos, fuese nuestro rinoceronte un objeto de instrucción pública", escribía al autor de "Pablo y Virginia" el ciudadano Couturier, "régisseur général des domaines de Versailles, Marly et Mendon". Saint-Pierre tenía un alma sensible, e intercedió por los pobres animales.

Aceptaba hacerse cargo de ellos, pero vivos; la exhibición de animales vivos, decía en un largo escrito dirigido a la Convención, iba mejor con la dignidad de la República, y sería de mayor utilidad para los hombres de ciencia y los artistas.

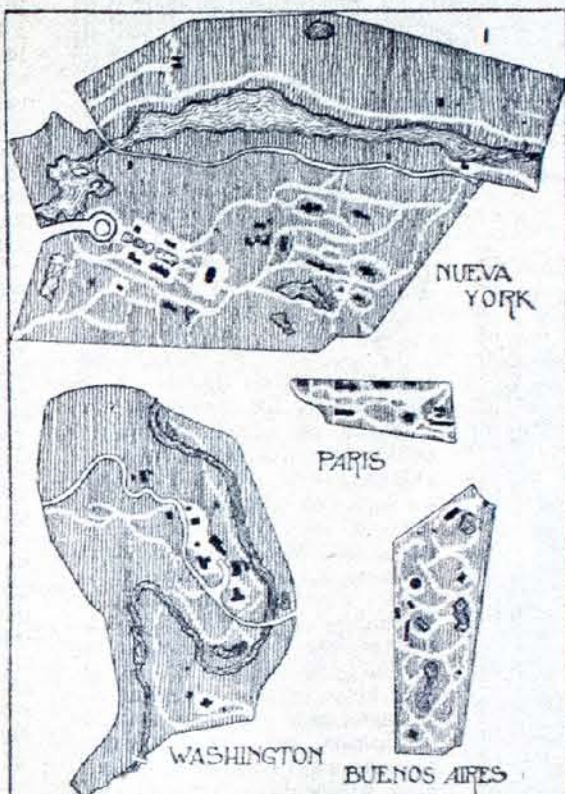
Cuando se accedió a este pedido, de los cinco animales ya no quedaban más que tres: el león, el rinoceronte y el búfalo. Pero no importaba. Los alegatos de Bernardin de Saint-Pierre habían sugerido a la Convención una idea luminosa. Hasta entonces, las casas de fieras habían sido propiedad de los reyes; el pueblo tendría ahora una de su propiedad. Y el 14 de Brumario del año II de la República, el comisario de policía Toussaint Charbonnier recibe orden de proceder a la expropiación de todos los animales que se encuentren en poder de domadores y de "moniteurs de fauves", para reunirlos en el Jardín de las Plantas, formando una menagerie nacional, y debiéndose indemnizar a sus propietarios y darles medios para ganarse la vida de otra manera.

Así nació el primer jardín zoológico público que ha habido en el mundo, y el único que existió durante más de un cuarto de siglo. Hasta el año 1826, en efecto, no se fundó en Londres la Sociedad Zoológica, constituida para crear un parque zoológico a imitación del de París, el cual se abrió en Regent's Park cuatro años después; y luego, unas veces por la iniciativa oficial y otras por el esfuerzo de asociaciones científicas, fueron surgiendo establecimientos análogos en todas

las grandes capitales: en Amsterdam (1838), en Amberes (1843), en Berlín (1845), en Hamburgo (1863), etc. En aquel entonces se procuraba sobre todo exhibir animales nuevos o raros, y hacer del zoo un lugar ameno y pintoresco. Se cuidaba mucho el aspecto artístico de las instalaciones; se construían cabañas suizas para las gamuzas, templos egipcios para los camellos, palacios indios para los elefantes... No se descuidaba, sin embargo, el lado científico. Ya en el Jardín de Plantas de París hicieron muchas de sus investigaciones los Cuvier y los Geoffroy Saint-Hilaire, y el ejemplo de aquellos sabios viene desde entonces siguiéndose en todas partes. El protectorium del jardín zoológico de Londres, desde su fundación, es un verdadero laboratorio de anatomía, fisiología y parasitología, sin rival en el mundo en cuanto a la variedad del material estudiado. Los jardines zoológicos argentinos no son una excepción a la regla; los estudios de Frank Soler sobre la hemotermia de los perros pila, en el de Buenos Aires, y los de Marelli sobre el gorgojo del eucalipto, en el de La Plata, demuestran que nuestros zos son algo más que simples sitios de recreo. Pero la inauguración del parque zoológico de Washington, en 1890, vino a modificar profundamente el concepto de lo que había de ser una institución de esta clase. En opinión de sus fundadores, antes que al recreo del público, antes que al beneficio del hombre de ciencia, había que atender al bienestar de los animales. Que el vulgo los vea, pero que los vea contentos; que el sabio los estudie, pero sin atormentarlos ni causarles molestias. Y se dieron praderas a los bisontes, y montes a los venados, y un verdadero lago a los animales acuáticos. Aquel parque de sesenta y seis hectáreas pareció a muchos un record difícil de igualar, y sin embargo, ocho años más tarde contaba Nueva York con otro casi de doble extensión y fundado sobre los mismos principios.

En 1907, Carlos Hagenbeck, el famoso comerciante en fieras, producía una nueva revolución abriendo en Stellingen, cerca de Hamburgo, un jardín zoológico hecho según ideas completamente originales. En opinión de Hagenbeck, no había por qué privar a los animales feroces, a los osos y a los grandes felinos, de la relativa libertad que se concedía a los rumiantes, a las cebras y a los paquidermos; y en Stellingen se vieron por vez primera las montañas artificiales donde los leones y los tigres se paseaban al aire libre y tomaban el sol separados del público por una simple zanja, sin rejas ni empalizadas.

En pequeña escala, y con más o menos fortuna, las ideas de los norteamericanos y de Hagenbeck se han puesto en práctica en Londres, en Roma, en Berlín... Pero si se quiere un zoo enteramente a la moderna, se necesita espacio, mucho espacio. Los ingleses van a tener ese zoo ideal en Whipsnade, se cree que para antes de seis meses. Ya están terminándose las instalaciones, los establos y las cuevas, disimuladas entre arboledas para no estropear el efecto de naturaleza virgen; ya viven allí algunos osos, y buen golpe de antilopes, y toda una manada de bisontes. Para algunos de estos animales, nacidos en otros jardines zoológicos, este cautiverio disimulado va a ser casi una libertad excesiva. Se espera, sobre todo, que el público en general, y los naturalistas en particular, podrán así formarse mejor una idea de la verdadera vida de los animales; pero es casi seguro que también los animales tendrán de este modo mejor concepto de los hombres.



Los jardines zoológicos de Buenos Aires, París, Nueva York y Washington, cuyos planos aparecen aquí dibujados a la misma escala, suman reunidos una extensión aproximadamente igual a la del parque próximo a inaugurarse en Whipsnade, Inglaterra

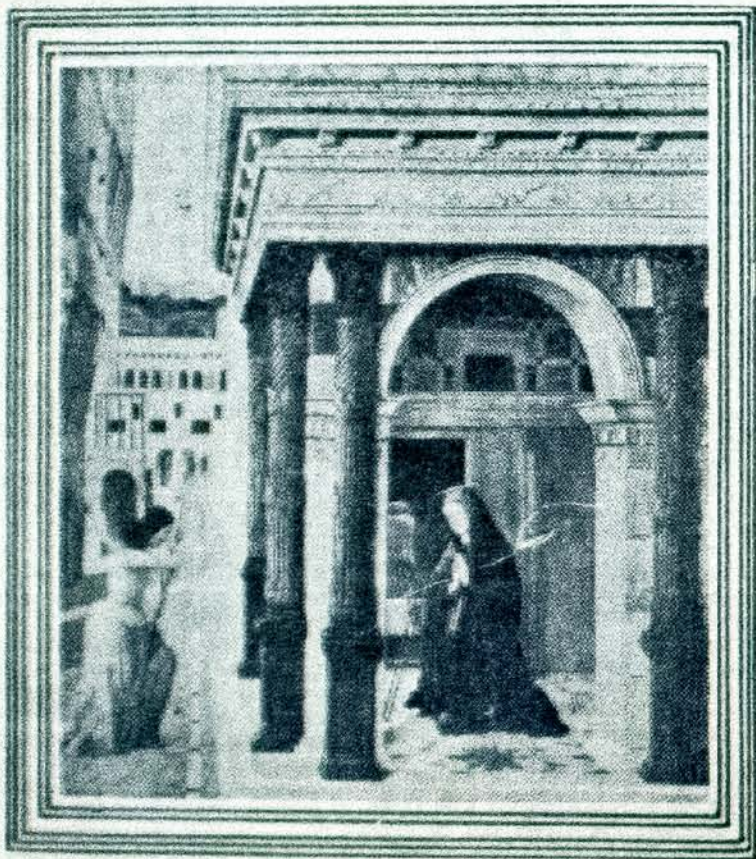
ingleses, cuando alguien iba a visitar la Torre, decían que había ido "a ver los leones". En la Corte de España, la "casa de las fieras" era uno de los principales atractivos de los reales jardines del Buen Retiro. Seguía, en una palabra, fielmente en todas partes el precepto de Matarazzo, según el cual "un príncipe magnífico debe tener caballos, perros, halcones, bufones, trovadores y animales procedentes de lejanos países". Y tan inherente parecía este deber a la realeza, que se observaba hasta en los grandes imperios americanos, lejos del contacto con el Viejo Mundo, como lo prueba el maravilloso parque zoológico que Cortés y su gente encontraron en la Corte de Moctezuma.

Los descubrimientos geográficos, las conquistas y la fundación de colonias contribuían a enriquecer los zos de los monarcas europeos. Adelantados, gobernadores y virreyes, para hacerse agradables al soberano, remitíanle animales propios de las tierras en que ejercían sus funciones. A ello se refiere Cervantes cuando pinta al hidalgo manchego desafiando a los leones que el general de Orán enviaba a la Corte, "presentados a su majestad". En 1777, una embajada que el gobernador de Filipinas envía a Carlos III, le lleva de regalo un elefante de Sumatra, que vivió seis años en los reales jardines de Aranjuez, y cuyo cuero disecado todavía se conserva en

ANGEL
GABRIEL RECREATIVO



Guardi (escuela italiana): La "Piazza" de San Marco en Venecia



Gentile Bellini (escuela italiana): Anunciación



N descendiente del conocido magnate industrial renano Thyssen, el barón Heinrich von Thyssen-Bornemisza, posee el castillo de Rohoncz en la Búlgaria. La Búlgaria es la parte más oriental de la República de Austria. Perteneció a Hungría de 1841 a 1922, año en que por plebiscito se reintegró a Austria la región, poblada por habitantes de origen alemán. En su castillo de Rohoncz, cuyo nombre alemán es Rechnitz, ha reunido el barón de Thyssen-Bornemisza en estos últimos tiempos una colección artística que es una de las colecciones privadas más extraordinarias, no sólo de Europa, sino de todo el mundo de cultura occidental. Tanto por sus proporciones como por su significación, la colección Thyssen es comparable a las grandes colecciones privadas norteamericanas.

En la historia de la postguerra alemana, este fenómeno es absolutamente singular. Puede asegurarse que estos últimos

Murillo (escuela española): Cristo niño



UNA NUEVA GALERIA

Por WILHELM

(Para LA NACION)

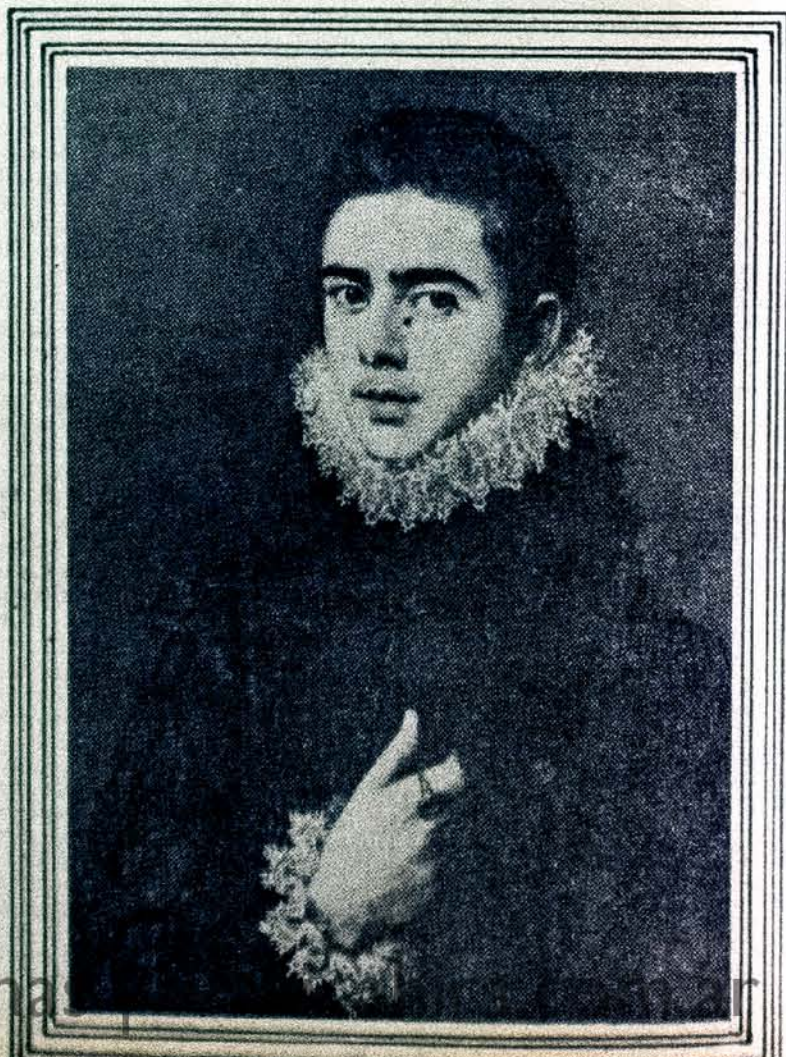
diez años han sido en la historia de la propiedad privada de obras de arte, tanto en Alemania como en Austria, un período de pública subasta. Una tras otra, las colecciones privadas se disgregaron. Debilitados por las pérdidas económicas vinculadas con la derrota en la guerra y la dificultad de las nuevas condiciones de vida, los propietarios de las hermosas colecciones particulares de Alemania se vieron obligados a vender su capital artístico para satisfacer las necesidades inmediatas de la vida. Así, pues, podrá decirse de la colección Thyssen, que se ha formado mientras se deshacían otras grandes colecciones alemanas y austriacas, que constituye la excepción que confirma precisamente la regla, la ley de la disolución de las otras galerías... En todo caso, existe hoy la colección Thyssen, y comienza a suscitar interés no sólo en Alemania y Austria, sino en todos los puntos donde despiertan atención las cosas de arte. Debo agregar inmediatamente que desde hace poco, esta colección privada puede ser visitada por el público: se halla expuesta en uno de los grandes museos de Munich, en la Nueva Pinacoteca. Esta exposición es muy frecuentada. El público de Munich o del extranjero afluye en crecido número. Uno de los primeros domingos después de la inauguración, los visitantes sumaron 1400 personas, lo cual no es poco, por cierto, en una ciudad de 750,000 habitantes. Por cierto, la temporada es de lo más favorable. Es el gran momento para Munich y la Alta Baviera. La Pasión de Oberammergau atrae a millares de personas y es muy elevado el número de turistas americanos. El público que asiste a la Pasión de Oberammergau aprovecha naturalmente la oportunidad que se le brinda para conocer los tesoros artísticos de Munich. Y, además de las colecciones públicas, que siempre están abiertas, hay actualmente en Munich una serie de exposiciones transitorias importantes. En el antiguo palacio real se celebra una exposición de arte religioso bávaro y austriaco, que reúne objetos realizados desde el siglo VIII hasta el XVIII (riquezas románicas y góticas, admirables obras

del Renacimiento y del período Barroco); en el Museo Etnográfico se expone una colección de pintura clásica china y japonesa, y por fin, como hemos dicho, en la Nueva Pinacoteca tenemos la exposición de cuadros, esculturas y arte decorativo de la colección del castillo de Rohoncz. Todo esto, sin contar la gran exposición de arte alemán contemporáneo en el Palacio de Cristal. La Nueva Pinacoteca ha sido dispuesta especialmente para instalar los elementos que componen la colección Thyssen. El director general de las colecciones de pinturas bávaras, doctor Dörnhöffer, se ha ocupado activamente, en persona, de la exposición. Colaboró con él un joven perito en materia de arte, el Dr. Rudolf Heinemann-Fleischmann, de Munich. El hecho de que el director de las colecciones del Estado bávaro se haya ocupado personalmente de la organización de la exposición demuestra que es reconocido el valor artístico poco común de la colección Thyssen.

Esta cuenta con nada menos que 428 pinturas, a las cuales se agregan esculturas, objetos decorativos en número de un centenar. Se comprende, por lo tanto, que un gran museo, como la Nueva Pinacoteca, esté casi lleno de obras pertenecientes al barón Thyssen.

La colección comprende un período artístico que se extiende desde la pintura primitiva de los Países Bajos (Flandes y Holanda) hasta los pintores españoles de los siglos XVII y XVIII; hay obras francesas e inglesas, italianas de todas las épocas y alemanas de la Edad Media, del Renacimiento y de la época moderna; en suma, ilustra la historia del arte desde los primitivos hasta el siglo XIX.

Greco (escuela española): Retrato de un joven



PRIVADA EUROPEA

HAUSENSTEIN

MUNICH, octubre de 1936

Entre los artistas de los Países Bajos figuran Memling y Roger van der Weyden, Petrus Christus, Dierck Bouts, Gerard David, Massys, Patenier y Josse van Cleef, Lucas de Leyde, Jerónimo Bosch y Pedro Bruegel. Figuran también obras de Rubens, Van Dyck, Brouwer, Teniers, Rembrandt, Frans Hals, De Koninck, Salomón y Jacobo van Ruysdael, Van Ostade, de Hooch, Cuyp, Ter Borch y luego los nombres de Seghers, Van Goyen, Hobbema y Vermeer (si bien en este caso no me parece, sin embargo, indiscutible la atribución). Rembrandt está representado en forma característica: encontramos en la exposición el precioso paisaje que perteneció al Conde de Northbrook, un lienzo que, entre los paisajes de Rembrandt, ocupa un rango elevado y corresponde a su género más genial y personal.

El lector de esta crónica se interesará especialmente por la parte española de la colección Thyssen, que no puede compararse en cuanto al número a la correspondiente a los Países Bajos, que constituye en suma la "piece de résistance"; pero cuenta, en cambio, algunos trozos de inmenso valor. El gran artista que es el Greco, figura admirable del espíritu barroco español, Don Quijote de la pintura barroca española, está representado por varias obras. Entre ellas figuran un Cristo llevando la cruz, la Inmaculada Concepción que perteneció a la colección Nemes, uno de los trozos más grandiosos del maestro, que fué expuesto como préstamo durante algún tiempo en la Antigua Pinacoteca y del cual tuve oportunidad de ocuparme en LA NACION hace algunos años. En mérito a la autoridad de uno de los mejores conocedores del Greco, el profesor de

la Universidad de Munich, doctor August L. Mayer, puede atribuirse también al pintor de Toledo un retrato de joven, casi desconocido, que figura en la colección Thyssen.

Entre los españoles están expuestos dos retratos de Velázquez, dos obras religiosas de Murillo y dos valiosísimos retratos de Goya. El Niño Jesús, de Murillo, es sin duda alguna una de sus pinturas más nobles. No debo olvidar un buen cuadro de Zurbarán (Santa Agnes), obra de cierta dureza bella que corresponde muy bien al espíritu radical de España.

La colección francesa comienza con los primitivos y termina en el siglo XVIII, muy bien representado: Watteau, Boucher (un cuadro encantador), De Troy, Chardin, Hubert-Robert y Fragonard. Fuera de Francia, pocas veces ha reunido un coleccionista obras del siglo XVIII francés con tanto ahinco como el barón Thyssen. Sería preciso retroceder hasta las colecciones francesas de Federico el Grande de Prusia para encontrar algo superior a la galería francesa de Thyssen.

Los ingleses están representados por los retratistas de su animado siglo XVIII. La obra más preciosa es el retrato de una niña, "Miss Baker", por Gainsborough.

Muy interesante es la sección italiana. Allí pasamos de Gaddi y del círculo de los discípulos de Giotto y de los pintores de Siena a Giovanni y Gentile Bellini, a Perugino y Francesco Francia; de Maestro Paolo y Baronzio da Rimini a Ticiano y Correggio, a Tintoretto, Tiepolo, Guardi y Pietro Longhi. ¡Qué espléndido Ticiano es el retrato del Dux Francesco Venier! Tiene—lo que no puede decirse de todos los cuadros de Ticiano, porque éste no llegó siempre hasta el límite de sus fuerzas—el peso, el esplendor y la profundidad humana de un Rembrandt.

Por fin, hablaremos de los alemanes. Figuran en esta sección trozos extraordinarios. Lo más valioso es la contribución de Altdorfer, el maestro del Danubio. Hay obras de Baldung, de Cranach, de Burgkmaier y de muchos otros artistas del Medievo y del Renacimiento alemán.



Watteau (escuela francesa): Los comediantes italianos

En la colección del siglo XIX aparecen nombres como los de Corot, Courbet, Daubigny, Decamps, Fantin Latour, Pissarro, Renoir; entre los alemanes figuran Böcklin, Feuerbach, Albert von Keller, Leibl, Lenbach, Marees, Menzel, Schwind, Spitzweg, Thoma, Trübner y Waldmüller.

Al lado de esculturas antiguas extraordinariamente bellas, llama la atención un gobelino borgoñés del último período gótico (del año 1485); es una de las piezas más hermosas de la colección.

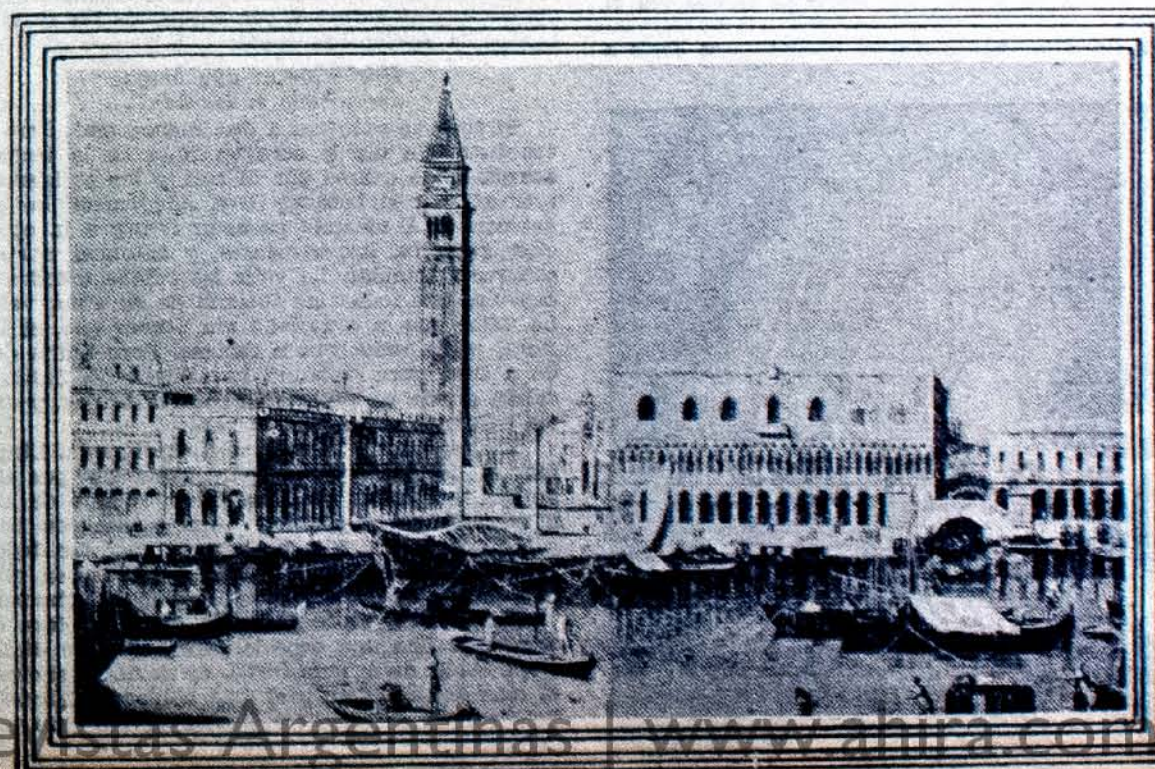
Esta hermosa galería ha sido donada para más adelante a la ciudad renana de Düsseldorf, de modo que el trabajo del coleccionista no será vano. Constituye un acontecimiento consolador el hecho de que esta colección haya podido ser realizada actualmente por iniciativa alemana; porque, en verdad, tenemos abundantes motivos de desesperación por otra parte...

El catálogo de la colección, elaborado científicamente por el doctor Rudolf Heinemann Fleischmann e impreso por la editorial de Munich F. Bruckmann, dará a los interesados que se encuentran lejos de aquí una idea de conjunto de la exposición.



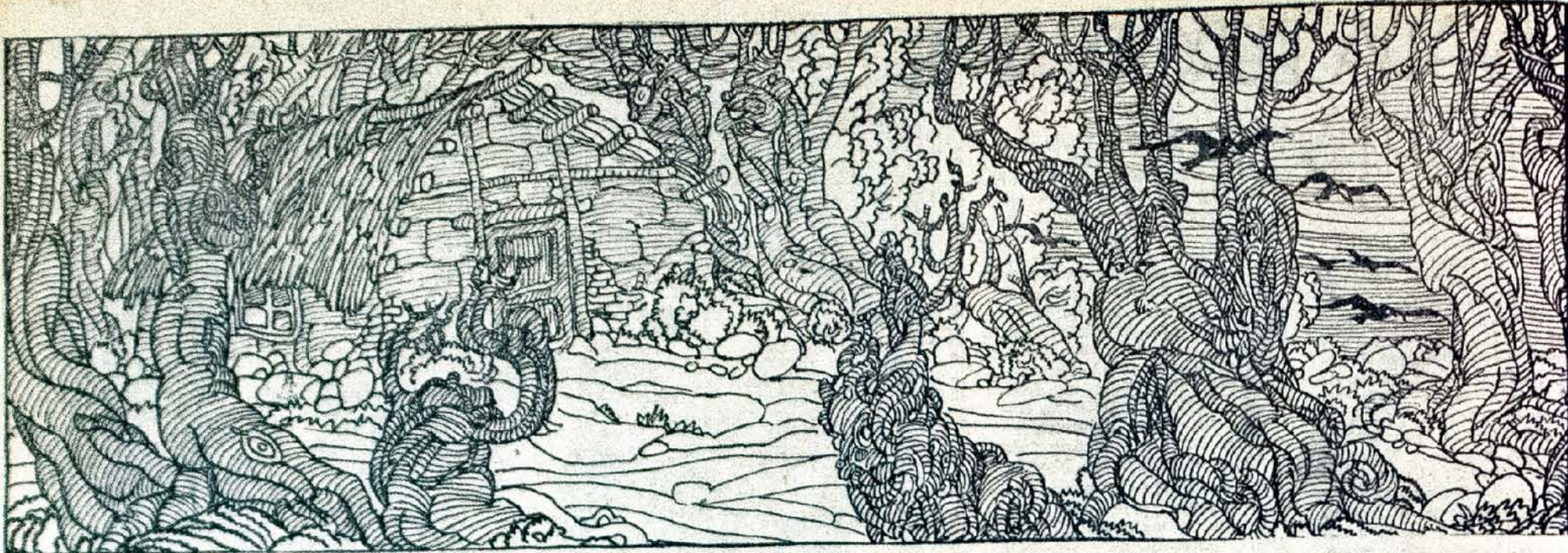
Maestro Paolo (escuela italiana): Madonna

Canaletto (escuela italiana): La "Piazzetta" en Venecia



Goya (escuela española): Doña Basilia de Solera de Puig-Samper





I

Un verdadero nombre era Mari-Flor, pero a más de quince leguas a la redonda la conocían por "la bruja". Era vieja, increíblemente vieja, tanto que dormida parecía una momia. Una vez despierta, asombraba la astucia chispeante de sus pupilas casi ciegas, siempre asustadas, como los ojillos de los ratones.

La bruja aquella, como todas las brujas, moraba desde hacía años en lo más tupido de un bosque. Raras veces iba al pueblo. Temía a la gente. Estaba aburrida de sufrir sus pequeñas persecuciones, sus vejámenes y sus insultos, y prefería estar sola. Le bastaban para vivir las legumbres que ella misma cultivaba, la leche de sus dos cabras, y los huevos de sus gallinas. Y en el invierno, cuando el frío era grande, el bosque le regalaba sus ramas secas para encender fuego.

También se parecía Mari-Flor a las otras brujas en que era casi calva, odiaba a los muchachos, se embriagaba algunos sábados, y usaba unas lentes azules. Pero no tenía suerte en su profesión. La gente no la respetaba bastante. Había quien se burlaba de ella, asegurando que sus maleficios fracasaban.

Mari-Flor, en realidad, no había hecho en su vida más que un solo maleficio, y la culpa no había sido del todo suya. Tanto le habían dicho que era bruja, que ella casi llegó a creerlo. — Lo seré de veras? — se preguntaba frecuentemente, muy inquieta. Y una noche decidió tentar su poder.

Estaba muy enfermo el avaro del pueblo. Mari-Flor, sentada en el suelo frente a una hoguera en que se cocían mágicas hierbas, y rodeada de sus cabras y de un diabólico gato negro adquirido para el caso, trazó en el aire algunos signos cabalísticos decretando la muerte del avaro. El desdichado falleció diez minutos después. Cuando Mari-Flor lo supo, se desmayó. Durante varias noches el espectro de su víctima le quitó el sueño. Se juró no volver a hacer nunca maleficios a nadie, por lo menos mientras conservara intacta su conciencia de mujer, y fuera capaz de sentir remordimientos. Desde ese día su opinión sobre sí misma cambió. Ya no se creyó una anciana vulgar. Se miraba con un poco de horror, algo de respeto, y mucho de orgullo. No todo el mundo, por el solo hecho de llegar a una edad avanzada, posee facultades tan terribles y misteriosas.

Poco a poco llegó a considerarse algo así como el brazo derecho del destino, una entidad tan necesaria al correr de los acontecimientos como el tiempo mismo. Tenía la vaga idea de que, si ella quisiera, cambiaría de un soplo la faz del mundo. Si ella quisiera, si... Pero el caso que ella no quería. Además, creía en Dios, y no le convenía malquistarse con Él. Sabía demasiado que Él no comulga con eso de la magia. Creía en Dios porque su poder de bruja la obligaba a creer en el diablo, y no podía concebir al uno sin el otro.

— ¡Si ellos supieran lo que yo puedo! — se decía a

veces pensando en los del pueblo. Le indignaba que se dudase de sus facultades. Pero lo que más la sacaba de quicio, lo que le hacía arder la sangre como en los tiempos de la juventud, era una copla que cantaban los chicos del lugar, y que decía así:

*Mari-Flor es una bruja
desdichada si las hay,
pues de treinta maleficios
treinta y dos le salen mal.*

— ¡Ignorantes! — protestaba al oírlos.

No podía, sin embargo, dejar de reconocer que Mari-Flor, como decía la canción, era una bruja desdichada. Nadie creía en ella, por más que en el fondo la temiesen un poco. No se le atribuían del todo las desgracias que pasaban, pero se pensaba vagamente que la culpa era suya.

Se sabía que era bruja, no tanto por sus actos, como por su edad. Los campesinos más ancianos contaban que cuando ellos eran niños, Mari-Flor ya era vieja. Todavía nadie la llamaba bruja, pero se hablaba bastante mal de ella en el pueblo, porque en su juventud había tenido amores con un guapo labrador llamado Nicasio Cuitiz, quien la abandonó con un niño pequeño para casarse después con otra. El hijo de Mari-Flor murió a la edad de dos años, un sábado, al anochecer. Todas esas cosas parecían cuentos caídos de la luna. Mari-Flor era tan vieja, pero tan vieja, que resultaba casi un disparate pensar que había sido joven alguna vez. Ella misma había perdido la cuenta de sus años. Ella misma, al mirarse al espejo, dudaba de su remota juventud.

Aquellos dos únicos amores de su vida, Nicasio y el niño, estaban ya casi olvidados. Mari-Flor los concretaba en algunas imágenes de alegría apacible, en algunas caricaturas de su Nicasio, en algunas monadas de su Juancito. Los tristes recuerdos de abandono y de llanto se habían borrado de su memoria. Hacía ya muchos años que su niño había muerto: muchos años también que Nicasio, casado con otra, había dejado de existir; pero Mari-Flor los veía aún, siempre iguales, en medio de una penumbra inmarcesible, como la atmósfera en que viven los personajes de los sueños. Y de un modo vago, casi religioso, los amaba aún.

Mari-Flor tenía un arca llena de tesoros. Guardaba en ella un viejo rosario negro y roto, un muñeco de trapo que había sido juguete de su hijo, una herradura, un trébol de cuatro hojas, y siete pelos de chimpancé atados con una hebra de seda verde. Estos preciosos objetos descansaban allí desde hacía más de medio siglo. También había poseído Mari-Flor en tiempos de mayor fortuna, una quijada de toro y una lechuza embalsamada; pero tales cosas desaparecieron después de una invasión de los muchachos de la vecindad.

— ¡Oh, esos muchachos! Mari-Flor los temía y los odiaba. Los muchachos eran, desde hacía sesenta años, sus peores enemigos. Detestaba particularmente a los zánganos de doce a diez y ocho años. Y en todas las épocas había muchachos, porque siempre llegaban chicos nuevos a reemplazar a los más crecidos. No había día en que no se oyera por alguno de los rincones del bosque la endiablada copla:

*Mari-Flor es una bruja
desdichada si las hay...*

Si todo se redujera a eso, menos mal. Pero eso no era todo. Un día le echaron tinta en la leche. Otro, ataron a las cabras por la cola y las obligaron a correr así por el bosque. Otro, apedrearon las gallinas del corral. A menudo pasaban frente a la choza, sucios, groseros, impertinentes, y entonces era cosa de echarse a temblar. La vieja los odiaba a todos sin excepción, con todas las fuerzas de su alma vengativa. Lo único que la consolaba era pensar que, si ella quisiera, podía reducirlos a cenizas. Pero temía demasiado a Dios para "querer" hacerles daño. Sabía que la cólera divina es implacable con las brujas, y ella quería salvarse en la vida eterna.

Esa esperanza la volvía más resignada. Llegó a tomar la hostilidad de la gente hacia ella por algo que no podía dejar de ser. Tenía el fatalismo de los seres acostumbrados a convivir íntimamente con la implacable naturaleza, y a doblegarse ante sus leyes; una resignación casi vegetal. Sólo dos cosas en el mundo la sacaban de quicio: la copla y los muchachos.

Había uno, sobre todo, de quien hubiera deseado vengarse. Era una especie de gigante de diez y seis años, loco, de mirada torva, de nombre ignorado. Era el más impertinente y el más arrogante. Mari-Flor ya lo veía en sueños, oyéndolo cantar para serberse la sangre.

La NOCHE

Por SUSANA

ILUSTRACIONES

— Ya estás aquí — le decía con su voz cascada siempre que lo veía; y él aprovechaba todas las ocasiones para hacerle alguna diablura.

— Veneno! — le gritaba Mari-Flor, verde de rabia.

— Borracha! — replicaba él.

A Mari-Flor le indignaba que la llamasen borracha. No era verdad. Se embriagaba solamente los sábados, a la puesta del sol, cuando se apoderaba de ella el demonio funesto; y entonces reía y cantaba. No hay que olvidar que el sábado es el día de las brujas.

Cuando su embriaguez era muy fuerte, Mari-Flor sacaba del arca de los tesoros el muñeco de trapo de su nene, y lo arrullaba y acariciaba. A veces le cantaba, con voz aguardentosa, el arrullador. Otras veces lloraba, y entre salvajes gemidos, abrazando al niño de trapo, decía: — Nene mío, yo soy tu mamá...

— ¡Embriaguez extraña, la suya, que le hacía resucitar a un niño muerto y sepultado hacía más de ochenta años!

II

*Mari-Flor es una bruja
desdichada si las hay...*

Los muchachos, inquietos y sucios, se arremolinaban en torno de la anciana para cantar la maldita canción. Contra su costumbre, Mari-Flor no se enfadaba, quizá porque Veneno no estaba en el grupo. Tenía un poco turbia la cabeza por el aguardiente bebido, y se dirigía al pueblo a comprar un litro más. Huelga decir que aquel día era sábado.

*... pues de treinta maleficios
treinta y dos le salen mal...*

El estribillo continuaba, sonoro y provocativo. La anciana espantó a los chicos más próximos haciendo un molinete con su bastón, como si fueran moscas. Todos huyeron con gran algazara, y no volvieron a aparecer.

Mari-Flor quedó sola. Estaba fatigada. Con pausado ademán se pasó la mano por la frente, y luego se sentó al borde del camino y miró lentamente a su alrededor.

El día declinaba. Mari-Flor volvió la cabeza hacia el Sur, y vio el cielo cubierto de nubarrones grises. — Norte claro, Sur oscuro, chaparrón seguro — dijo suspirando. Luego se levantó y prosiguió su marcha. Los pájaros volaban muy bajo, presagiando tormenta.

Mari-Flor llegó al pueblo y se dirigió al almacén.

— ¿Un litro de aguardiente? — preguntó el dependiente con amable sonrisa.

— Un litro, sí. ¿Y qué hay con eso? — contestó ella. Estaba fastidiada y deseaba demostrarlo.

El empleado envolvió la botella. Entretanto el patrón, hombre de barba negra y de conversación sesuda, se acercó ceremoniosamente.

— Mal tiempo, señora, mal tiempo — dijo —. Mal tiempo para la batida que están haciendo en el bosque.

— ¿Qué batida?

— Cuando le roban a uno algo, tiene uno derecho a robar al ladrón, ¿verdad?

— Claro.

— Eso digo yo. Ojo por ojo, diente por diente. Eso es justicia.

— Claro.

— Y cuando un hombre mata a otro, ya que la víctima no puede vengarse, es preciso que los otros la venguen.

— Natural — dijo la vieja recordando con espanto el único maleficio de su vida.

— Eso digo yo.

— Porque usted es un hombre honrado.

— Porque yo ni robo, ni mato, ni hago mal a nadie... ¡Pobre Gedeón! — terminó el almacenero suspirando.

Gedeón era el único hijo del avaro asesinado por Mari-Flor.

— ¿Qué ha pasado? — preguntó la bruja temblando.

— Gedeón ha amanecido moribundo, con una herida en la cabeza. Seguramente el criminal quiso ro-





del SABADO CALANDRELLI DE LUIS MACAYA

barle, pero no encontró el dinero. Estaba cosido al forro del colchón.

—Moribundo...

—Ya no. Se salvará. La justicia sabe ya el nombre del asesino, y me lo ha dicho en secreto. Es un muchacho. Se ha escondido en el bosque.

—¿Quién es?

El patrón movió la cabeza con aire de importancia.

—No sé si debo decirlo...

—Yo vivo en el bosque, y me puede atacar. Tengo que saber quién es.

—Veneno! — dijo.

La vieja quedó atónita. Luego una alegría maligna le retrozó por todo el cuerpo. —Veneno... — Y sin poderse contener, se echó a reír con su risita de bruja, cascada, seca, desagradable. —¡Jé, jé, jé! — Dios la vengaba... —¡Jé, jé, jé!

—Supuse que le gustaría la noticia — dijo el reflexivo almacenero.

Mari-Flor seguía riendo. —Jé, jé...

Luego pagó, se despidió, y salió de prisa. Quería ver la batida, y, además, ya anochecía. Una excitación inusitada la agitaba. Se imaginaba a Veneno acurrucado en un rincón del bosque, con la cara sucia y la mirada torva, acorralado por los policías, como una fiera ennegrecida, repugnante, maldita... Y volvía a reírse.

Causaba al mismo tiempo desagrado y tristeza ver a aquella centenaria, caminando con más rapidez de la que se le hubiera creído capaz, con la botella de aguardiente apretada al pecho, y riendo siempre de modo convulsivo. El calor se acentuaba. Era ya casi de noche, y el cielo estaba opaco y turbio. Mari-Flor avanzaba cada vez más rápidamente. Las primeras gotas empezaban a caer.

III

Caundo llegó a su choza, llovía bastante. Vió cerca de allí un grupo de policías con linternas, y le salió al encuentro. El cabo se secaba la cara con el pañuelo, y parecía de mal humor.

—¿Lo encontraron? — preguntó ella anhelante.

—Todavía no. Debe estar por el otro lado. Pero ahora, con esta maldita lluvia...

La vieja lo miró con ojillos chispeantes.

—Si no quieren mojarse, vayan allá, donde las ramas son más espesas. Por este lado no ha de venir él. Tendrá miedo de que yo lo descubra. Pero si viene, lo entretendré hasta que ustedes vuelvan. Jé, jé...

El cabo sonrió.

—Se ve que no quieres a Veneno — dijo.

Un relámpago iluminó el bosque. Un largo trueno le siguió.

—Vámonos — dijo el cabo —. Abuela, ya sabes lo que has de hacer. A ver si cumples. Volveremos todos dentro de dos horas. ¿Quieres que te deje un hombre?

—¿Para qué? Veneno no vendrá aquí. Sabe que soy bruja. Y si viniera, con hombre o no, lo mismo podría que esperar a ustedes. Un hombre solo no podría con él. Es una fiera.

—Adiós, entonces, y buena suerte.

—Hasta luego.

La pequeña tropa se alejó. Mari-Flor entró en su choza y encendió una bujía. Se alegraba de estar sola.

—Al fin las pagarás todas juntas — murmuró frotándose las manos. Destapó la botella, y bebió con fruición. A los pocos minutos dormía.

IV

La despertó un fuerte golpe dado en la ventana. Mari-Flor miró, y a través del turbio vidrio vió el rostro angustiado de Veneno. Lo vió surgir entre relámpagos, como si fuera el del espíritu de la tormenta.

Mari-Flor no pensó en el plan urdido de antemano. Lo había olvidado momentáneamente. Su cabeza estaba llena de nieblas. Miraba al muchacho con extrañeza, y parecía no comprender. Veneno empujó la puerta con un brusco empujón, y entró cerrándola detrás de sí.

—Silencio — dijo brutalmente —. Si grita, la mato. Mari-Flor lo recordó todo. Dió un salto increíble, y hundiendo sus largas uñas en el cuello del muchacho, susurró:

—Silba, víbora, silba, que ya te sacarán el veneno...

El retrocedió un paso, espantado. Mari-Flor, enseñando las encías sin dientes, lo miraba fijamente con sus ojillos crueles.

—Si me matas, te matarán. Además, no me puedes matar porque soy bruja. Jé, jé...

Veneno sentía en su rostro el cálido aliento aguardentoso de Mari-Flor.

De pronto se sintió horriblemente descorazonado, y dijo con mal disimuladas ganas de echarse a llorar:

—Sí, ya sé que usted no es una mujer. Una mujer de veras me tendría lástima. Usted me odia...

—¿Y qué motivo tengo para quererte?

—Yo no quise matarlo.

—Jé, jé... No te creo.

—Quise asustarlo, solamente. Como sé que era miedoso... Pero él tomó su bastón de fierro. Yo se lo quité. Después él iba a gritar, y para que no gritara le pugué en la cabeza sin acordarme de que el bastón era de fierro. No quise matarlo.

Veneno miraba fijamente el suelo. Tenía los ojos llenos de lágrimas, y suspiraba. Después de todo, no tenía más que diez y seis años. Por primera vez, Mari-Flor notó que era hermoso. Su furia creció.

—Yo podría salvarte, dijo — pero no te voy a salvar porque eres un asesino.

—No soy un asesino.

—Un asesino y un ladrón.

—No es verdad. Usted sí que es una asesina. Usted fué quien mató a...

—¿Qué? — preguntó ella sobrecojida.

—Al padre del viejo que maté yo.

Sucedió una larga pausa. Afuera silbaba el viento. Mari-Flor estaba aterrada. ¿Cómo podía Veneno saber eso?

—No es verdad — dijo al fin.

—Si que es cierto. Si usted me descubre ahora, yo la descubriré también a usted.

—No tienes pruebas.

—Yo mismo la vi esa noche. Usted estaba sentada delante del fuego, con las cabras y el gato negro. Y después dijo unas palabras. Yo mismo la vi.

Otra pausa. Veneno seguía llorando y mirando al suelo.

—Yo sé eso desde hace mucho tiempo, y, sin embargo, no la descubrí — continuaba Veneno, implacable como la conciencia de la vieja —. Usted estaría presa ahora. Papá decía que es una suerte que no se haya casado con Nicasio Ortiz. El era un hombre honrado y usted es bruja.

A Mari-Flor le dió un acceso de ira. Se arrojó sobre el muchacho, y le golpeó la cabeza con los puños.

—Víbora, deslenguado, salvaje...

—¿Para qué me sale con todo eso? — gritó él entre colérico y afligido —. ¿No sabe que con un dedo la puedo aplastar?

Pero ya se había alejado de él Mari-Flor, y gemía en un rincón retorciéndose las manos. Veneno la miraba sin comprender.

—Vaya, lo siento — dijo el chico —. Pero ya que lo quería tanto a Nicasio, no debería tratarme mal a mí. Sobre todo si sabe que soy nieto de Nicasio.

Mari-Flor quedó como petrificada. Su estupor era tan grande, que no daba cabida a ningún pensamiento. De pronto — fué como una revolución — una oleada de sentimientos que parecían muertos ya en ella despertaron tumultuosamente. Compasión, arrepentimiento, dolor, ternura... Por un instante creyó ver asomar al rostro de Veneno los rasgos casi olvidados de Nicasio y de su hijo.

—Yo también me llamo Nicasio — dijo Veneno.

—Veneno, el viejo no está muerto.

—¿Qué?

—Está herido, pero curará.

Un golpe de viento hizo temblar la choza. La bruja y Veneno se estremecieron. Se oyó ruido de pasos.

—Alguien viene — dijo Veneno.

Mari-Flor saltó de su asiento.

—Métete allí — dijo señalando al chico el arca de sus tesoros —. No te muevas por nada.

Veneno obedeció, y ella esperó con los nervios en tensión. Alguien llamó a la puerta.

—¿Quién es? — gritó la anciana.

—Soy yo, abuela. ¿Hay alguien aquí?

—No — contestó ella abriendo. El cabo, pues era

él quien llamaba, echó hacia adentro una mirada inquisidora.

—Entonces, buenas noches. Estamos calados, y llueve mucho. Dejaré dos hombres a la entrada del bosque por si los necesitas.

—Como quiera. Gracias.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Mientras el cabo se alejaba, salió Veneno de su escondite, y acercándose a la bruja, la miró con agradecimiento.

—¿Por qué hizo eso?

Ella no contestaba.

—Hasta el último momento tuve miedo de que me descubriera. ¿Por qué no le avisó que yo estaba aquí?

Mari-Flor tendió al muchacho la botella de aguardiente.

—Toma para calentarte — dijo —. Veneno bebió unos tragos, y volvió a mirar con insistencia a la anciana.

—Usted no es una bruja. Es una mujer.

—"Era" una mujer — corrigió ella. Y siguieron mirándose.

De pronto Mari-Flor se acercó al muchacho y tocó con sus viejos dedos la cabeza morena. Sintió deseos de decirle algo muy afectuoso.

—Nicasio... — murmuró.

Luego se apoderó de la botella de aguardiente, y bebió varios tragos.

—Le va a hacer daño — dijo Veneno.

—Mejor. Allí está la cama. Duérmete. Te voy a cuidar.

—Mejor es que me vaya.

—Cuando salga el sol.

—Antes. Si no, van a verme.

—Estás muy cansado. Te voy a cuidar.

Veneno se rindió. La fatiga lo vencía. Se extendió en el lecho de la anciana y cerró los ojos. Mari-Flor lo miraba con enigmática expresión.

A los pocos minutos el chico dormía. La bruja se le acercó y le acarició la cabeza con trémula mano.

—Nicasio — gemía —. Nicasio, Nicasio...

No se cansaba de acariciarlo. Poco a poco sus movimientos fueron volviéndose más lentos, y sus ojos se cerraron. Mari-Flor también se durmió.

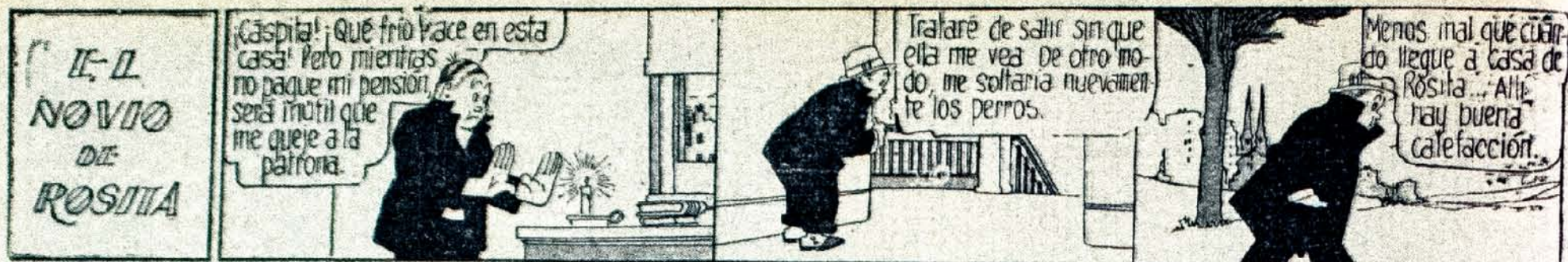
V

Cuando despertó, el sol estaba ya muy alto. La anciana notó con sorpresa que se hallaba arrodillada junto a su lecho, como si no se hubiese acostado la noche anterior. ¡Qué cosa tan extraña! Al principio no pudo comprender lo que le había pasado. Después vió sobre la almohada un ramito de flores silvestres, y junto al ramillete un tosco papel en el que alguien había escrito unas letras con lápiz:

"Adiós, abuelita".

Mari-Flor se puso muy seria. Después se rió. Se rió silenciosamente durante largo, largo rato. Parecía que nunca iba a dejar de reírse. Rió tanto, que su gato negro acudió para ver qué pasaba, y se quedó mirándola desde la puerta. Rió hasta que los ojos se le llenaron de lágrimas... Rió hasta que un sollozo convulsivo le hizo llevarse la mano al corazón.





LA ELECCION DEL AUTOMOVIL

Dibujos de GEO McMANUS





SIMON Bolívar ha buscado hospitalidad en Jamaica. Vive en la ciudad de Kingston sometido a los más extremos apuros pecuniarios, que se corresponden infelizmente con los más aciagos apuros morales. ¿Qué puede esperar ya su conciencia atribulada de americano? La derrota definitiva de Napoleón ha dejado las manos libres a España, que ahora puede impunemente operar sobre América con todas las fuerzas de que todavía, no obstante su debilidad, es capaz de disponer. Las naciones europeas de la Santa Alianza verán complacidas, o por lo menos con un tácito asentimiento, cómo la tradicional autoridad española sofoca en el Nuevo Mundo los focos de la rebelión. Los éxitos y las disposiciones del general Morillo invitan desde luego a renunciar a toda esperanza.

Y Bolívar está, para colmo de los males, sin dinero. ¿Cuándo se le ha visto contar lo que tiene, ni guardar reservas de oro para el porvenir? Eso no entra en sus posibilidades. Es el aristócrata nacido inmensamente rico que desde la infancia está acostumbrado a gastar. El ahorro y la previsión pertenecen al orden de las virtudes mercaderiles, y él es nieto de los altos funcionarios reales, nieto de los conquistadores que se repartieron y adjudicaron las tierras y las encomiendas de los indios. Ha vivido siempre servido por lacayos y secretarios, mientras centenares de esclavos negros trabajaban para él en sus haciendas.

Como no se ha cuidado de atesorar, como es generoso por naturaleza y amigo de gastar, y como ha tenido que huir apresuradamente, ahora se encuentra en el destierro teniendo que sufrir las más penosas vejaciones. Hasta se ve reducido a la necesidad de rogar un préstamo, casi una limosna, a cualquier ciudadano inglés. Un día escribe a su discreto amigo el señor Hislop:

"Obligado de la más absoluta necesidad, me tomo la libertad de molestar la atención de usted confiando en las ofertas generosas que a nombre de usted me hicieron nuestro amigo común el difunto general Robertson y Mr. Chamberlaine. Ya no tengo un duro; ya he vendido la poca plata que traje. No me lisonjea otra esperanza que la que me inspira el favor de usted; sin él, la desesperación me forzaría a terminar mis días de un modo violento, a fin de evitar la cruel humillación de implorar auxilios de hombres más insensibles que su oro mismo. Si usted no me concede la protección que necesito para conservar mi triste vida, estoy resuelto a no solicitar la beneficencia de nadie, pues es preferible la muerte a una existencia tan poco honrosa.

"La generosidad de usted debe ser gratuita, porque me es imposible ofrecer ninguna recompensa, después de haber perdido todo, pero mi gratitud será eterna..."

Sin embargo, el dinero que recibe no le pone a salvo de la necesidad. Y es que, como Bolívar, hay en Jamaica bastantes patriotas venezolanos reducidos a la extrema indigencia, compañeros suyos de campaña que acuden a él a pedirle donativos con qué sustentarse. Por estos tiempos las cartas que escribe Bolívar destilan tanta desesperación como la que acabamos de reproducir. Verdaderamente se mira con toda la existencia desplomada y sin ninguna salida posible. Y acaso lo peor que tiene la pobreza es que deja al sujeto a merced de los ultrajes de los viles, desamparado frente a la osadía de los groseros.

La dueña de la casa en que se alberga, una despiadada mujer de color, sospecha que Bolívar carece absolutamente de dinero y lo despidió como cual-

EL JUGADOR SIN VENTURA

PAGINAS DE LA HISTORIA DE BOLIVAR

Por JOSE MARIA SALAVERRIA

(Para LA NACION)

MADRID, noviembre de 1930.

estos partidos nos tornaron a la esclavitud. Y así como Venezuela ha sido la república americana que más se ha adelantado en sus instituciones políticas, también ha sido el más claro ejemplo de "ineficacia de la forma democrática federal" para nuestros nacientes estados. A pesar de este convencimiento, los meridionales de este Continente han manifestado el conato de conseguir instituciones liberales y aun

Romance para un río

"Nuestras vidas son los ríos
Que van a dar en la mar."
(Jorge Manrique)

Hermoso río aborígen

—Cuerpo azul y crenchas blancas—

Gran río blanco y celeste
De las orillas tostadas;
Fabulosa lengua madre
Lamiendo jóvenes patrias;
Potranco de cuerpo elástico,
Crinado de selvas ásperas,
Corriendo en carrera eterna
Por bien arenadas canchas.
¡Oh!, río blanco y celeste
De las orillas tostadas,
Ora potro, ora serpiente,
Como en el mito o la fábula.

En un primitivo tiempo

Te dió el cielo su mirada,
Y tú te apropiaste el cielo,
Pues él quedó entre tus aguas.
Igual quedaron los pájaros
De bellas plumas pintadas;
Igual quedaron los bosques,
Misterio de tus barrancas;
Eres el dueño de todo
Lo que tu mirada abarca:
Sabes rugir como el viento,
Cantar como las calandrias;
¡Oh, dueño de tantos dones,
Sin ser, ¡ay!, dueño de nada!..
Eres igual que los hombres,
Dueños de cosas prestadas;
No es de nosotros la Vida,
Como no es tuya tu agua,
Como no es tuyo ni el norte
Que lleva tu corriente.
Tienes el rumbo marcado
Por quien nuestro rumbo marca;
Mi vida va a mayor Vida,
Tu agua va a mayor agua...
¡Oh, río blanco y celeste,
Hermano en no tener nada!

Fernán Silva Valdés

(Para LA NACION)

MONTEVIDEO, diciembre de 1930.

perfectas, sin duda por efecto del instinto que tienen todos los hombres de aspirar a su mayor felicidad posible... Pero, ¿seremos nosotros capaces de mantener en su verdadero equilibrio la difícil carga de una república? ¿Puede concebirse que un pueblo recientemente desencadenado se lance a la esfera de la libertad, sin que, como Icaro, se le deshagan las alas y recaiga en el abismo? Tal prodigio es inconcebible, nunca visto. Por consiguiente, no hay un raciocinio verosímil que nos halague con esta esperanza."

Como compensación a este estado de descreimiento, Bolívar echa a volar la fantasía y sueña con la posibilidad de que llegue a fundarse en el istmo de Panamá la futura capital de la Tierra, como pretendió Constantino que fuese Bizancio la del mundo antiguo. "Esta magnífica posición entre los dos grandes mares podrá ser, con el tiempo, el emporio del universo. Sus canales acortarán

las distancias del mundo, estrecharán los lazos comerciales de Europa, América y Asia, y traerán a tan feliz región los tributos de las cuatro partes del globo". Más adelante insiste: "¡Qué bello sería que el istmo de Panamá fuese para nosotros los americanos lo que el de Corinto para los griegos! ¡Ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto Congreso de los representantes de las repúblicas, reinos e imperios, a tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra con las naciones de las otras tres partes del mundo! Esta especie de corporación podrá tener lugar en alguna época dichosa de nuestra regeneración..."

Pero no le abandona su pesimismo en cuanto a la actitud política de las nuevas naciones. "No convengo, dice, en el sistema federal entre los populares y representativos, por ser demasiado perfecto y exigir virtudes y talentos políticos muy superiores a los nuestros. Por igual razón rehúso la monarquía mixta de aristocracia y democracia, que tanta fortuna y esplendor ha procurado a Inglaterra. No siéndonos posible lograr entre las repúblicas y las monarquías lo más perfecto y acabado, evitemos caer en monarquías demagógicas o en tiranías no democráticas. Busquemos un medio entre extremos opuestos".

Y aquí apunta el ideal político que después le ha de acompañar durante toda su vida. Aquí empieza a construir en su mente el magnífico proyecto, o sueño, de la Gran Colombia, esa nación que pretende hacer surgir como quien dice de la nada para convertirla en el orgullo del mundo. "Su Gobierno podrá "imitar al inglés", con la diferencia de que, en lugar de un rey, habrá un Poder Ejecutivo electivo, "cuando más vitalicio" y jamás hereditario (si se quiere república), una Cámara o Senado Legislativo "hereditario", que en las tempestades políticas se interponga entre las olas populares y los rayos del Gobierno, y un cuerpo legislativo de libre elección, sin otras restricciones que las de la Cámara Baja de Inglaterra..."

Bolívar era aristócrata, y a las primeras experiencias de la realidad su espíritu buscaba amparo en los consejos de su origen racial. Comprendió bien pronto todo lo que les faltaba a los jóvenes pueblos, y el tiempo largo que tardarían en adquirir esas facultades políticas que les faltaban. Buscó un término medio entre los métodos aristocráticos y los democráticos, dibujando un tipo de hombre ideal, esto es, un presidente vitalicio y gobernando con inteligente equidad con el concurso de unos senadores hereditarios, probos, nobles y sedados a un mismo tiempo. ¡Magníficos sueños que el porvenir vendrá pronto a desbaratar! En efecto, en las nuevas repúblicas habrá siempre hombres que aspiren a la presidencia vitalicia, pero la buscarán por el camino de la violencia y la convertirán, simplemente, en una forzosa, permanente e inevitable dictadura.

¿Qué hacer, mientras tanto? En la frialdad o reserva del ambiente inglés de Jamaica y acosado por la pobreza, ¿tendrá que pedir apoyo a los negros independientes de Haití? El presidente de la flamante y morena república, Alejandro Petión, no sólo accede a hospedar a Bolívar, sino que le recibe con extremado afecto y le ofrece cuantos recursos tiene a mano. Todos los habitantes muestran la misma disposición de ánimo, por lo que muy pron-

to la ciudad de Puerto Príncipe se convierte en el punto de cita de los venezolanos que andan huidos de su patria. De esta manera vuelve a convertirse Bolívar en el eje y el árbitro de un grupo considerable de patriotas. Esto es lo que le gusta. Sin esto no puede vivir ya.

Su genio organizador, y sobre todo su profunda cualidad de seducción y de mando, le permiten en poco tiempo captar las voluntades del presidente Petión, el armador de Curaçao Luis Brión y un comerciante de los Cayos nombrado Roberto Sutherland, quienes le han suministrado barcos, armas y dinero. El 31 de marzo de 1816 se da a la vela la flota republicana. La componen un bergantín y seis goletas, y a su bordo van hasta doscientos cincuenta hombres, casi todos ellos oficiales. ¡A la aventura otra vez! ¡A la acción y al peligro de nuevo! ¡Una vez más, a jugarse el todo por el todo!...

En la mañana del 2 de mayo, he ahí que descubren a la altura de los Frailes, cerca de la isla de Margarita, un bergantín y una goleta de la armada del rey. ¡Al combate! El enemigo pelea bien y resiste desesperadamente hasta el último momento. El comandante español, don Rafael Iglesias, ha muerto en la lucha, y Brión, el de Curaçao, resulta herido. Ya está cumplido el bautismo de sangre de la expedición. Impregnados del olor a pólvora y remolcando a las naves españolas vencidas, los patriotas se presentan en triunfo en el puerto de Juan Griego. Allí viene corriendo el general Arismendi, que manda las fuerzas independientes de la isla Margarita, y se pone desde luego a sus órdenes. Todo marcha bien hasta ahora.

Inmediatamente el carácter oratorio y espectacular de Bolívar estima necesario lanzar un manifiesto al país. Aunque el país en realidad acepta la situación impuesta por el nuevo estado de cosas y permanece generalmente tranquilo, el Libertador habla y acciona como si en efecto toda Venezuela se hallase pendiente de él. Y es que para Bolívar el hecho de la revolución e independencia de su patria es un fenómeno legal que nada puede ya suprimir; tampoco piensa renunciar al poder supremo, al generalato absoluto con que le han investido en su patria de una vez para siempre. Se ha adjudicado a sí mismo la misión de Libertador, y en esta idea voluntariosa y como fatal reside precisamente su mayor fuerza. Querer con profunda convicción y resolución es lo que distingue al genio.

Por consiguiente Bolívar hace que Arismendi convoque a los principales habitantes de la isla a una asamblea en la iglesia de Villa del Norte. Es el 7 de mayo. Arismendi explica el objeto de la asamblea, y ésta, con toda formalidad, proclama a Bolívar jefe supremo de las fuerzas y de los destinos de la república, y segundo jefe al general Mariño. Al día siguiente, Bolívar publica un manifiesto.

"Venezolanos: he aquí el tercer período de la república. La inmortal isla de Margarita, acudida por el intrépido general Arismendi, ha proclamado de nuevo el Gobierno independiente de Venezuela, y le ha

(Continúa en la pág. 32)

**Escoriaciones
Escaldaduras
Quemaduras
Eczemas
Granos**

PASTA VASENOL

**Picaduras
de
Insectos
y toda clase de
afecciones de la piel**

La ELEGANCIA FEMENINA



MODAS

Por JEAN CHARLES WORTH

De mi colección de primavera y verano de 1930 he elegido cuatro trajes para las distintas horas del día y de la noche.

Palm Beach es un traje para sport, que tuvo gran éxito. Está confeccionado en una lana rayada de un tono blanco ostra. Tiene un cinturón ancho blanco, mangas cortas muy prácticas para sport y un cuello-châle en seda amarilla que protege la nuca y da una nota de colorido al traje. Su saquito tres cuartos no tiene mangas ni cinturón. La falda del traje llega apenas unos centímetros debajo de las rodillas. Es el largo ideal en los trajes sport, porque no se debe creer que la moda de la falda larga pueda aplicarse a cualquier hora del día.

♦ ♦ ♦

El traje sastre es el indicado en los días tibios de primavera, para simuercos, etc. En su forma nueva, llena de feminidad, hay chic y juventud. El modelo que he elegido se llama Ma Première. Es en pesada crêpe de Chine negra, con falda amplia y plegada, sobre una pretina que ajusta a las caderas, y saquito corto, muy femenino en sus detalles. La blusa está sujeta a esta misma idea. Es en organdi rosa pálido adornado con franjas alternadas de pequeñas alforzas y encaje negro en forma de voladitos. Este mismo motivo se repite en las mangas.

He sido decir que una de las características de Worth es su sobriedad: sobriedad de línea, colores y diseños, y creo que esta es la cualidad del tercer modelo. Es un traje de primavera

Modelo de Mary Nowitsky, en hilo color crema. La manga de baño es en color azul claro. El cinturón es de crochet y los guantes son de color amarillo.

1: Traje de baño en crêpe de seda púrpura con lunares. Una hilera de botones abrocha adelante y se coloca sobre la malla de baño.—2: Modelo dos piezas en jersey de lana negro adornado con franjas diagonales verdes y blancas.—3: Traje de baño en jersey amarillo con falda a cuadros marrón y blanca. Esta misma tela adorna el escote.—4: Modelo de Mary Nowitsky, en hilo blanco y violeta. Bolsillos circulares siguiendo el motivo del trébol. Se percibe la blusa de la malla de baño violeta

para llevar a la caída de la tarde. Está hecho en esa combinación tan en boga: negro y blanco. Su novedad consiste en paja blanca angosta bordada sobre chiffon blanco, formando diseños en espiral.

Una franja ancha color negro alrededor del ruedo de la falda, y el cinturón angosto y el borde del escote en forma de V, también en color negro.

Este traje es más largo que la generalidad, pero no se debe creer por éste que todos los trajes de tarde son largos.

El encaje es una de las telas de mayor feminidad. Y cuando se combinan los rucheos con encaje, éste adquiere su mayor "charme".

El cuarto modelo que he elegido es en encaje beige de líneas simples. Su falda amplia llega hasta los tobillos. Del decolletage sale una capa que cae en la espalda, cubriendo parte de los brazos. Y en el hombro, dos grandes rosas rosadas. Este traje es ideal para comidas segundas de baño.

En los trajes de noche se emplea mucho tul, chiffon rayado o imprimé, encaje y, por contraste, las pesadas crêpes y fayas.

Los colores pastel son los elegidos: rosa pálido, azul claro, verdes delicados y mucho blanco y amarillo.

FLORES

Por EVA TINGEY

PARIS es el centro por excelencia de esos "petits-riens" que hacen la elegancia de la persona. No es necesario variar de trajes continuamente, pero sí de esos detalles, tales como flores, guantes, medias y pañuelos, que imprimen la personalidad chic.

Molineux pone en el escote en V de un traje negro, tres camelias rojo oscuro. Nicole Groult tiene dos pequeñas rosas de diferente tono rosado sujetando el echarpe de un traje en crêpe de Chine negro, y éstas se colocan detrás en el hombro. Para la noche, Redfern pone gardenias rosadas bordeando el escote, detrás o adelante.

Lelong y Premet las ponen como breteles. En un traje azul, por ejemplo, coloca gardenias rosas.

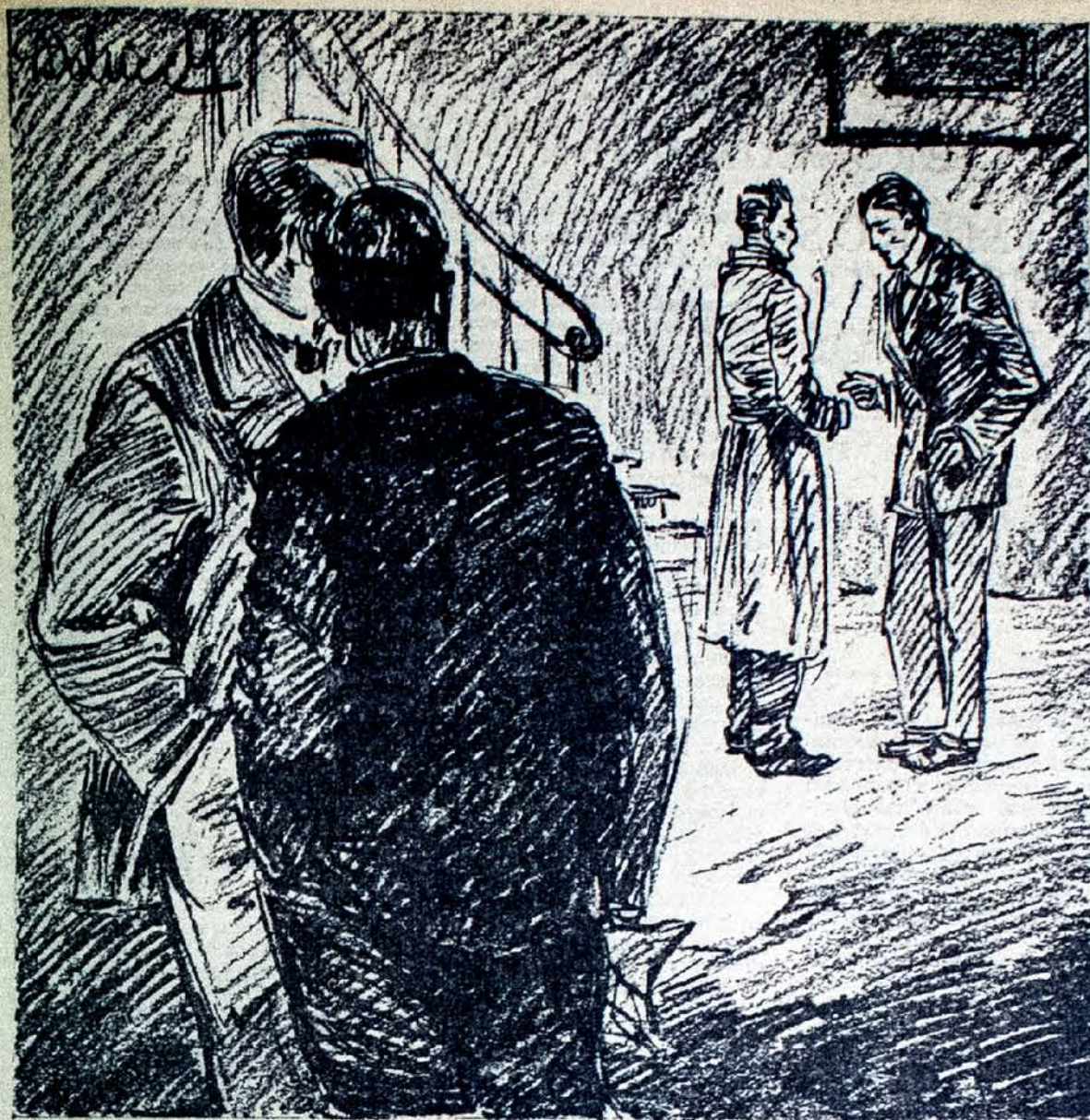
Irene Dana tiene una idea preciosa para las jóvenes. Pone una guía chata de pimpollos de rosas sobre la nuca, llegando hasta las orejas, donde termina en forma de escarapela. Y salpica de las mismas flores el traje de tul blanco.

Las grandes rosas blancas y rosas de seda son muy sentadoras, prendiéndolas juntas en la cintura de un traje blanco o en el hombro de un traje rojo. Una gran modista sugiere la idea de prender la berta, de tul o chiffon, sobre un hombro, con un pequeño ramo chato como los de la época de 1880.

Lenief pone una rama o guía de rosas en satén rosa, adelante de un traje en chiffon blanco, marcando el tallo.

Piyama de Mary Nowitsky, en crêpe de Chine azul marino con lunares blancos ribeteados con blanco y rojo.





El misterioso crimen del escarabajo

Por S. S. Van Dine

Ilustración de
Pedro Delucchi

so, cual si temiera una agresión por parte del doctor.

—¿Qué sabe usted de esto, perro miserable?—lanzó Bliss, con voz trémula de veneno y rencor apasionado—. Ha estado usted espíandome años y años. Ha aceptado usted mi dinero, y también las monedas con que le sobornaba su estúpido gobierno ignorante. Ha infernado usted a mi mujer en contra mía. Ha entorpecido usted todo cuanto yo me he propuesto. Intentó usted asesinar al viejo indigena que me mostró el emplazamiento de los dos obeliscos frente a la Pirámide de Intef. Dificultó usted sórdidamente mi tarea...

Hizo una pausa para cobrar aliento. Sus ojos parecían dos ascuas.

—Le he tolerado a usted que siguiera a mi lado por respeto al cariño que mi mujer le profesaba—añadió—. Y ahora, cuando he logrado al fin realizar descubrimientos de valor incalculable y estoy a punto de ofrecer al mundo el resultado portentoso de ellos, el único hombre que podía hacer posible la terminación victoriosa de la obra de toda mi vida, aparece de repente asesinado. ¿Qué sabe usted de ello, Anupu Hani? ¿Hable usted, perro maldito, hiena despreciable!

Hani había retrocedido hasta ponerse a regular distancia de Bliss. El virulento apóstrofe de éste le dejó anonadado, pero no dió muestras de querer humillarse. Se limitó a arrugar el ceño y a apretar los dientes.

—No sé nada de nada—respondió con leve sarcasmo—. El asesinato es una venganza de Sakhmet. La diosa castigó así al hombre que iba a dar su oro para que fuese profanada la tumba de Intef.

—¿Sakhmet?—interrumpió Bliss, sin cejar en su encono—. Sakhmet no es más que un trozo de piedra perteneciente a una mitología híbrida y absurda. Y advierta usted que no está ahora entre un racimo de brujos analfabetos, sino comparciendo ante unos seres humanos civilizados que buscan la verdad... ¿Quién ha matado a Kyle, repito?

—Si no fué Sakhmet, lo ignoro entonces, señor—replicó el egipcio.

Pese a la humildad de su actitud, había en su voz y en su gesto una perceptible ironía desdeñosa.

—No me he movido en toda la mañana de mis habitaciones—siguió—. Usted, en cambio, señor, se encontraba muy cerca de su rico protector cuando éste abandonó el mundo rumbo a la Tierra de las Sombras...

Dos manchas rojas colorearon un segundo las mejillas curtidas del doctor Bliss. Lanzaron sus ojos destellos de ira y sus manos se aferraron espasmódicamente a las solapas de la "robe de chambre". Advertió que no le faltaba un ápice para lanzarse sobre el egipcio.

Y Vance lo advirtió también, porque se acercó al doctor y le tomó suavemente del brazo.

—Comprendo perfectamente su estado de ánimo, doctor—dijo—, pero los arrebatos, por muy justos que sean, no van a ayudarnos nada a poner en claro la tragedia.

Bliss se dejó caer otra vez en la silla sin pronunciar una sola palabra, y Scarlett, que había presenciado la escena presa de estupor, murmuró rápidamente al oído de Vance:

—Aquí está ocurriendo algo que yo no comprendo, Vance. El doctor no es el mismo.

—Así veo—repuso Vance secamente.

Arrugando más todavía el entrecejo, escrutó un segundo el rostro de Bliss, y preguntó:

—¿Quiere usted decirme a qué hora se quedó usted dormido esta mañana en su despacho, doctor?

Bliss alzó la cabeza con aire de ausencia. Toda su cólera parecía haberse extinguido y los párpados ocultaban de nuevo sus ojos adormilados.

—¿A qué hora, dice usted?—repitió cual tratando de apresar un jirón de su memoria huidiza—. Déjeme usted recordar... Brush me trajo el desayuno a eso de las nueve y en seguida tomé el café... por lo menos parte de él.

Su mirada se perdió en el espacio.

—Y no sé nada más... hasta... hasta que oí de pronto golpes en la puerta... ¿Qué hora es, Mr. Vance?

—Las doce pasadas—le informó Vance—. Evidentemente, se quedó usted dormido apenas tomó el café. No tiene nada de particular que así fuese. Scarlett me ha contado que anoche trabajó usted hasta muy tarde.

Bliss asintió torpemente.

—Sí... Hasta las tres de la madrugada. Quería dejar listo el informe a fin de que Mr. Kyle lo examinara hoy. Y ahora...—miró, desconsolado, el cadáver de su bienhechor—le hallo muerto... asesinado cobardemente... No entiendo, no puedo explicarme...

—Ni nosotros tampoco... por el momento—replicó Vance—. Pero Mr. Markham, juez de instrucción, y Mr. Heath, comisario jefe de la Brigada de Investigación Criminal, se encuentran aquí con objeto de averiguar la verdad, y puede usted estar seguro, doctor, de que se hará justicia. Nos facilitará usted la tarea si quiere responder a unas cuantas preguntas. ¿Tiene usted inconveniente en hacerlo?

—No, no! ¿Desde luego que no!—contestó Bliss con nerviosa energía—. Pero...—se pasó una y otra vez la lengua por los labios resacos—siento una sed terrible... Un sorbo de agua...

—Ah! Suponía que habría usted de sentir sed... ¿Sería usted tan amable, comisario, que...?

Heath se apresuraba ya escaleras arriba. Desapareció tras de la puerta y le oímos dar a alguien una orden lacónica. Regresó con un vaso de agua minutos después.

El doctor Bliss lo bebió de un trago, sin respirar. Cuando lo hubo hecho, Vance dió comienzo al interrogatorio.

—¿A qué hora exacta terminó usted su informe financiero para Mr. Kyle?

—Esta mañana, poco antes de que Brush me entrara el desayuno—respondió Bliss con voz y entonación más firmes—. Anoche lo dejé casi ultimado realmente. No faltaban más que unos cuantos detalles, y para añadirlos bajé al despacho hoy a las ocho en punto.

—¿Y dónde está ahora ese informe?

—En mi mesa de despacho. Me proponía repasar las cifras después del desayuno, mientras Mr. Kyle llegaba. Voy a buscarlo...

Hizo intención de ponerse de pie, pero Vance le contuvo.

—No es necesario, señor. Está aquí... Lo encontramos estrujado en la mano derecha de Mr. Kyle...

(Continuad)

La cólera del Dr. Bliss

CAPITULO VIII

(Viernes 13 de julio; 12.45 tarde)

VANCE dió unos golpecitos en la puerta. Después sacó del bolsillo la cigarrera. Desde abajo nosotros mirábamos en silencio lleno de emoción. Sin saber por qué se apoderó de mí una extraña sensación de angustia y los músculos de mi cuerpo adquirieron fría rigidez. A pesar del tiempo transcurrido desde entonces, no he logrado explicarme todavía la causa de aquel temor repentino que me asaltó. Las pruebas descubiertas acusaban concretamente, sin lugar a dudas, al gran hombre de ciencia.

En cuanto a Vance, se mostraba tan despreocupado como de costumbre. Encendió tranquilamente el cigarro, guardó el encendedor y repitió la llamada a la puerta, con más fuerza esta vez. No respondió tampoco nadie.

—Muy curioso...—le oí murmurar.

Alzó el puño cerrado y lo dejó caer sobre el panel metálico. El ruido del golpazo repercutió en los altos muros del salón.

Por fin, tras unos segundos de expectación intensa, alguien hizo girar el picaporte y la pesada puerta se abrió lentamente.

Apareció en el quicio un hombre alto y delgado. Podría tener unos cuarenta y cinco años. Llevaba puesta una "robe de chambre" de semiseda azul, y su escasa cabellera, de un rubio amarillento, estaba revuelta como la de una persona que acaba de levantarse de la cama. Sus ojos somnolientos miraban sin ver. Se agarró a la manija interior de la puerta como buscando un punto de apoyo, y reprimió un bostezo involuntario mientras trataba cansinamente de identificar a Vance.

Era, en verdad, el Dr. Bliss un personaje de tipo nada vulgar. Rostro largo y magro, piel rugosa y curtida. Frente de

erudito, alta y estrecha. Nariz grande y curva como el pico de un ave de presa. Constituía esta nariz el rasgo característico de su fisonomía. Mejillas hundidas. Labios finos y rectos sobre un mentón de líneas rígidas, cuadrado por completo. Me dió la impresión de ser un hombre físicamente enfermo que anulaba, no obstante, los estragos progresivos de la enfermedad gracias a su vitalidad nerviosa formidable.

Permaneció un segundo contemplando a Vance con aire de inconsciencia. Luego—cual una persona que empieza a recobrase de los efectos de un narcótico—parpadeó repetidas veces y aspiró profundamente.

—Ah!—murmuró con voz pastosa—. Mr. Vance! ¿Cuánto tiempo sin vernos!

Su mirada vagó por el museo y fué a dar al fin en el grupo estacionado al pie de la escalera de caracol.

—No comprendo...—añadió, al tiempo que se pasaba la mano por la frente y hundía los dedos en la rala pelambrera—. Me pesa horriblemente la cabeza... Discúlpeme usted... Debo... debo haberme quedado dormido... ¿Quiénes son esos caballeros? Reconozco a Scarlett y a Hani... Hacia un calor espantoso en este despacho...

—Ha ocurrido un serio accidente, doctor Bliss—le informó Vance en voz baja—. ¿Sería usted tan amable que quisiera bajar un momento? Precisamos su ayuda.

Bliss se irguió entonces y abrió por completo los ojos.

—¿Un serio accidente? ¿Qué pasa? ¿Qué ha sucedido? ¿Un robo, quizá? Siempre he temido que...

Vance le tomó de un brazo para ayudarlo a descender.

—No, doctor. No se trata de ladrones.

Cuando Bliss llegó al último peldaño, todos nosotros clavamos la vista en sus pies. Advertí la avidez con que Heath, especialmente, lo hizo. Pero si alguien esperaba confirmar que el doctor calzaba zapatos blancos de tennis con suela de goma, experimentó una desilu-

Y si no se trata de ladrones, ¿qué ocurre entonces, Mr. Vance?

sión. Lo que calzaba era unas babuchas de piel, azules, como la "robe de chambre" y adornadas con un ancho ribete de color naranja. Debajo de esta "robe de chambre" llevaba un pijama de seda gris y, anudada flojamente en torno al cuello del pijama, una corbata malva.

Nos miró un instante y en seguida se volvió hacia Vance.

—Y si no se trata de ladrones, ¿qué ocurre entonces, Mr. Vance?—interrogó con acento ronco todavía.

—Un accidente mucho más grave, doctor—respondió Vance, que no le había soltado aún el brazo—. Mr. Kyle ha muerto.

—Oh! ¿Que ha muerto? ¿Qué dice usted, por Dios?

Quedó aterrado, entreabierta la boca, y brilló en sus ojos una luz de desconsuelo inmenso.

—Pero no... no puede ser... Estuve hablando con él anoche y quedé en venir aquí hoy por la mañana a conversar conmigo sobre la nueva expedición. ¡Muerto! ¡Muerto! ¡Todo mi esfuerzo, la obra de mi vida, arruinados para siempre! ¡Es terrible, terrible!

Se dejó caer en una silla de madera—había unas cuantas diseminadas por la sala—y en su semblante se dibujó una expresión de trágica angustia.

—Lo lamento muy de veras, doctor—musitó Vance moviendo la cabeza—. Me doy cuenta perfecta del dolor intenso que ello ha de causarle a usted.

Bliss se puso de pie. Parecía haber despertado de su letargo y su rostro se crispaba ahora. Miró a Vance de frente.

—¿Muerto, dice usted?—exclamó en tono amenazador—. ¿Y de qué ha muerto?

—Asesinado—contestó Vance, señalando al rincón donde yacía Kyle, oculto por Markham y yo.

Bliss se abalanzó hacia el cadáver. Permaneció más de un minuto inclinado sobre él en muda contemplación, y sus ojos fueron luego a posarse en la estatua de Sakhmet y más tarde en las facciones lupinas de Anubis. Dió de pronto media vuelta y se encaró con Hani. El egipcio retrocedió un pa-

LAS MIL Y UNA AVENTURAS

CAPITULO IV

(PAGINAS DE UN LIBRO CONTINENTAL)

COMO y por qué surgió el poeta en mí, de los siete a los diez y seis años, asunto es para ser tratado en capítulo aparte.

Interésame ahora pasear mis nueve años, con el texto de "Algebra", por Bertrand, bajo el brazo y el primer amor clavado en el corazón, sobre los hacinamientos de escombros de la que fué una linda villa incendiada por las antorchas de la guerra.

Chorrillos, San Pedro de los Chorrillos, era una suerte de Versalles en que la aristocracia limeña veraneaba, repartiendo bailes y tertulias en trianescos palacetes, por entre cuyos jardines discurrían del brazo la Voluptuosidad y el Esplín. Aquel asiento de las más refinadas decadencias quedó, tras de horrenda batalla, hecho un montón de ruinas.

Sobre esas ruinas pasé yo mis nueve años. Mi madre, con la energía vasca que heredó de su padre, decidió edificar, aceleradamente, en medio de esas ruinas, un "ranchito", como se siguen llamando hasta ahora las residencias todas de San Pedro de los Chorrillos, primitivamente formado por un grupo de pajizos "ranchos" de pescadores en las orillas de una caleta azul.

El mar desdobló desde entonces ante mí su visión, a la manera de una invitación constante... Cuando mis ojos se levantaban del libro del estudio, contemplaban al mar cual si fuera una ancha página en que habría yo de escribir múltiples episodios de mi vida.

Las ruinas, bajo los pies, retan en mi espíritu el fragor de la "Ilíada"; el mar, ante los ojos, iba haciendo en mi espíritu la gestación de la "Odisea".

• • •

Si antes de los nueve años mi niñez fué una guerra, después fué un oleaje, en que la influencia del mar despertó en la imaginación el afán de la lejanía, el sentido del viaje, la decisión por la aventura.

Sin posibilidades para ello, no ensayé a ser buen jinete; pero, en cambio, me hice—familiarizado con el oleaje—muy buen nadador. Con haber viajado a caballo (en mi país, en Colombia, en Centro América), mucho más lo he hecho en nave. Mi caballo fué el mar.

La natación es el máximo entretenimiento que, de los nueve años en adelante, distrae mi niñez.

Los campos que se me ofrecen, al mismo tiempo, son pobres. Diferéanse a flor de agua, en vez de aparecer espesas y multitudes, aparecen a grandes trechos como gacetas por el uso. Esta pobreza de los campos de Lima ha de hacer mayor la impresión que recibo cuando conozco y siento que entra en mi espíritu la selva.

Antes que la selva entre en mi espíritu, toda mi preferencia es por el mar. Mi primer viaje es, en la juventud, hacia la selva; la selva es a mi juventud lo que el mar a mi niñez.

Mi niñez, de esta suerte, está llena de la trompetaría de la guerra y luego del siseo del mar. Los primeros ritmos de mi vida son dictados por metales que chocan y por cristales que se rompen: batallas y oleajes convulsionaron mi niñez.

• • •

Los antiguos campos por donde mis nueve años llevaron sus andanzas, fueron los cañaverales de la Hacienda "Villa", vecina a San Pedro de los Chorrillos. Fue de esos campos de donde llegó a mi espíritu, en aquel año, el primer amor.

colia y tibia languidez... Solía yo recorrer a pie dichos cañaverales, hasta llegar a la casa de la Hacienda, en donde los trapiches escupían el bagazo y las pallas se repletaban de miel. Como la miel de oscuros eran los rostros de unos trabajadores, como la caña de amarillos los de otros: negros y chinos vivaban en mí el recuerdo de los primeros años. Negras fueron mis nodrizas, chinos mis ayos. La raza negra me dió su sangre ardiente y su atormentadora sensualidad; la raza china afinó mi fantasía y la pobló de visiones apocalípticas y complicadas...

Podría yo extraviarme en consideraciones étnicas y sociológicas, sobre lo inconveniente que fué la inmigración africana en la vida colonial, tanto como en la vida republicana lo ha sido la inmigración asiática. Hay más de un teorizante que aboga por un tipo de refundición de las razas, olvidándose de que la naturaleza no da vueltas, sino que evoluciona en espiral de la unidad a la variedad.

Prefiero referirme a las velas en que la carne africana vino a América, escoltada de tiburones, o a las velas en que vino a América la carne china, bajo la bandera triangular del dragón negro.

¿No habrían etíopes en la tripulación con que Hiram dotó la flota salomónica que, en la búsqueda del oro para el templo, arribó a las playas—hoy peruanas—del Imperio de Ofir? ¿No llegaron al Imperio de Ofir naufragos del de Catay, en juncos arrojados por la cólera nunca más repetida de un prehistórico tifón?

Negros y chinos, alrededor de las pallas de miel o por entre los tupidos cañaverales de mis recuerdos, se unen con la armonía del reluciente ébano y el amarillento marfil.

• • •

Sobre los escombros de Chorrillos, que empezaban a palpar con nueva vida, me senté yo a estudiar gravemente en mis libros, pero de cara al mar. El mar puso el compás de sus vaivenes en mi estudio, y cuando yo leía en voz alta, me acompañaba con su vasto rumor.

Los maestros que tuve, de saber cómo estudiaba yo, se hubieran complacido: eran ellos pedagogos alemanes de espíritu polifacético, que tanto gozaban resolviendo un problema matemático como explicando una obra de arte.

Buttchembagh, Herz, Fetzner, Ralach, todos ellos habían llegado, bajo la dirección del sabio filólogo Leopoldo Contzen, a fundar el Instituto de Lima, a iniciativa de don Manuel Pardo, que dejó como buen recuerdo suyo ese centro docente de primera y segunda enseñanza. Múltiples en sus aptitudes, hacían mentalmente con rapidez largas operaciones aritméticas, trazaban sin compás circunferencias perfectas con la tiza en las pizarras, dictaban con los ojos cerrados las sucesivas fórmulas de una ecuación de cualquier grado, relacionaban con precisión extraordinaria los pasajes históricos de las más diversas épocas, recitaban en griego y en latín páginas enteras de los autores clásicos y en el idioma propio cantos de los más célebres poetas, tocaban el piano y el violín, dibujaban, pintaban, esculpien. Sabíanlo todo; y todo lo hacían maravillosamente.

Disciplinados ellos, no imponían, sino que infundían la disciplina en cuanto áramos sus discípulos. Debo mucho a ellos del hábito de hacer todo con método, ese ritmo de la vida que es el método, ese ritmo de la vida que es el método, ese ritmo de la vida que es el método.

PRIMEROS ESTUDIOS, PRIMEROS AMORES

POR

JOSE SANTOS CHOCANO

(Derechos adquiridos por LA NACION)

Mis primeros maestros, equilibrando en mí lo que después hubo de manifestarse en rebeldía y en capricho, cimentaron su enseñanza sobre tal disciplina y la supieron coronar con tal método, que a través de mis mayores agitaciones he sentido prevalecer el afán de la organización y el interés por la armonía.

Entre los nueve y once años, mi niñez se sintió como envuelta en un hálito que le llegaba de las aulas germánicas. El latino había dotado a mi espíritu de brillantez, el germano lo acostumbró a la profundidad.



El autor de "Alma América" y de "Las mil y una aventuras" en 1908

Alemanes despertaron en mi espíritu las luces decisivas del aprendizaje y del razonamiento. Alemanes me enseñaron a estudiar y a discursar. Mi pensamiento latino desarrolló los músculos haciendo sus primeros ejercicios en la filosofía de un gimnasio alemán.

No puedo olvidar el significativo cuadro que a los ojos del observador ofrecíamos los niños de seis a doce años, puestos de pie sobre las ruinas de la guerra, para repetir en coro el himno lleno de optimismo de los estudiantes alemanes: "Gaudemus igitur..."

Esa sana alegría escolar fué comunicativa. Pocos años después, cuando los niños de entonces habían dejado de serlo, el Perú entero pudo cantar ese himno, al ponerse de pie sobre sus propias ruinas.

• • •

Si a los nueve años era estudiante de álgebra, también sentía ya el primer amor. Precoc la inteligencia, precoz el corazón. Aquella precocidad fué vana y ésta fué dolorosa.

Mi primer amor, un fracaso; mi segundo amor, un imposible; mi tercer amor, un absurdo.

Sin haber podido ser dueño de mi candor infantil, según sorbió mis ocho primeros años la vorágine de la guerra, pronto entregué mi fantasía a los halagos de la lectura romancesca, que me anticipara el conocimiento del amor. Un poco porque me hubiera gustado, en el cual personaje de la lectura de mis simpatías, otro poco

porque mi corazón de niño precoz se mantuviera replegado en sí mismo en un aislamiento propicio a la exacerbación de las pasiones, el caso es que antes de los nueve años sentí el amor en todas sus ilusiones y en todas sus angustias. No había duda de que el poeta había ya surgido en mí, por obra de la belleza que así se apoderara de mi emoción y me llenara el pensamiento. La chiquilla de mi edad que fué el objeto de mi primer amor era bella. No estoy completamente seguro de que después de más de medio siglo que, como yo, ha vivido, lo siga siendo todavía...

Muñeca linda, siempre elegantemente emperifollada, parecíame muy digna de su nombre de Rosa. Agraciada, rítmica, pulcra, aristocrática, algo melancólica, un sí es no es esplinática, tiene la figura de mis recuerdos un sentido de circunspección superior a sus años, una anticipación de señorío y de desdén, en que se abanicaban las largas pestañas de sus rasgados ojos negros y en que hoy llegan a hacerme sonreír ligeramente el mohín y el dengue picarescos de su pueril belleza madrugadora.

Por mucho tiempo la amé yo, sombríamente, en un silencio temeroso de decir la verdad. Me ilusionaba con la posibilidad de ser por ella amado, y de que—crecidos en tal amor—nos casáramos y fuéramos para siempre felices. Sufría lo indecible con suponerla indiferente a mi pasión. Las dudas agitaban mi espíritu como los oleajes del mar que me servía de único confidente.

Decidí, al fin, vencerme a mí mismo y declarar mi amor a quien me lo inspirara, sin tal vez darse aproximada cuenta de ello. Hicelo así en un baile infantil de Carnaval, en que todos lucíamos pintorescos disfraces. Ella estaba hecha una figurilla de Sévres, según era su disfraz versallesco de pastora en la Corte de Luis XV. Vestido estaba yo con cierta originalidad de infante o sota de oros. El antifaz de ella, de seda celeste, dejábala lucir los hoyuelos de ambos lados de la boca, punteada al sesgo por un lunar postizo. Mi careta era de seda amarilla y me ocultaba—más valía así—todo el rostro. Le di el brazo; le ceñí la cintura, y ensayé, torpemente, los pasos de un vals lento... En mitad de la sala, con voz muy apagada y temblorosa, le murmuré al oído, tras de su fino nombre, las tres palabras sacramentales de la declaración romántica: —Rosa: yo te amo... Sin decirme ella nada, se escapó de mis brazos y fué a tomar asiento, dejándome plantado en la mitad de la sala, en actitud tan impropia, que he de haberme puesto más amarillo aun que mi careta, sintiéndome caer desde lo sublime de la declaración hasta lo ridículo de tal desaire.

¿Hay algo más doloroso que sentirse haciendo el ridículo? No sé si hubo quien me viera o si aquello pasó inadvertido entre el bullicio infantil. Lo que sé es que aquello lo mismo hubiera podido dar risa que provocar llanto. Una estatuita de porcelana, en medio de un ambiente de madrigal, hace de un epigrama la elegía de un muñeco de trapo...

Mi primer amor fué un fracaso doloroso y ridículo. Hay que convenir en que, aunque no fracasé, todo amor es siempre ridículo y siempre doloroso.

• • •

Como el que busca reparador olvido en el trabajo asiduo en que se pone la mayor atención, sacudiendo el obsesante recuerdo de mi inconfesable fracaso pastoral, me refugié en los libros y me dediqué con

mayor ahínco que nunca a mis estudios.

Mi madre sugeríame, con gran constancia, el propósito de llegar a ser ingeniero. Confieso que no me fué extraño por completo dicho propósito; pero algo que no era tal, algo distinto, algo que no sabría explicar, pero que antes bien era instintivo en mí, despertó mis mayores aficiones y encauzó mis mejores aptitudes hacia las matemáticas. Siempre he pensado que la tabla pitagórica tiene la perfección de un soneto, que el binomio de Newton es a manera de una florescencia de metáforas y que la belleza de la geometría parte de la definición platónica de la línea como "un punto que vuela..."

El Colegio de Lima, en que hice yo mi instrucción secundaria o segunda enseñanza, había sido fundado y era dirigido por el doctor don Pedro Adolfo Labarthe, muy distinguido pedagogo nacional, a quien debo el mayor lastre de mi espíritu en vísperas de las tormentas de mi juventud.

Hice yo en un solo año los estudios que en el programa oficial correspondían a tres, como si tuviera gran prisa en vivir y sintiera mi espíritu ya entonces anticipadamente enfermo de velocidad.

No me inclinaba al estudio—al estudio, especialmente, de las matemáticas—el deseo de saber, el cumplimiento de mis obligaciones escolares, la emulación con mis condiscípulos: sentía yo una espontánea inclinación a tal estudio, hasta el punto de que la demostración de un teorema o la resolución de un problema, lo mismo en álgebra superior que en geometría del espacio, me proporcionaba una verdadera voluptuosidad intelectual, un placer desinteresado, una emoción casi estética.

Tal vez el álgebra le agradaba a mi espíritu de poeta por el ejercicio de símbolos; tal vez la geometría por el juego de imágenes: ambas ciencias me atrajeron con el poder que sobre mí era natural que ejercieran las leyes de la armonía, imponiéndome el sentido de la proporción hasta haber logrado concretar mi exuberancia primordial, dentro de moldes a veces tan "parnasianos", que hubieron de permitirle a Rodó regalarme con su alusión, en mi arte, a "la firmeza escultórica de la forma".

Los cálculos algebraicos despertaban en mi imaginación ciertas visiones épicas, en que los ejércitos de letras, cargados con las armas de sus exponentes numéricos y comandados por sus coeficientes, pasaban arrastrando la artillería de los signos, trabándose en batallas sucesivas, sobre las que, por fin, quedaba enarbolada la bandera de la solución final.

Las figuras geométricas ofrecían a mi imaginación un verdadero gimnasio, en que argollas, trapecios, barras fijas, paralelas y trampolines la invitaban a un ejercicio calculador en que se agilizaba a la vez que se robustecía.

La ciencia pura y el arte puro tienen su punto de coincidencia en lo infinito, en donde, así, Pitágoras lo mismo encuentra la ley que rige la formación de su tabla numérica como consiguientemente la música de las esferas. No en vano el número y el ritmo son la misma cosa.

Sin necesidad de recordar a Dante y Goethe—cuya sabiduría científica trasciende a través de su poesía épica—, basta observar que poetas líricos como Omar Khayyam y Edgardo Poe son, a la par, eminentes profesores de matemáticas.

El rapazuelo alado, que me era familiar ya entonces por

las lecturas de Anacreonte, entretúvome cierta noche en apagarle con sus revoloteos la lámpara de mis estudios. No había el llamado a mi puerta y pedíome albergue, majosamente, como en el poema en que se escurre entumecido con las alas mojadas por la lluvia; habíase entrado, sin pedir permiso, por la ventana abierta al mar. El mar, que tan decisivamente influyó siempre en mi vida, haciame el regalo de este amor.

Había llegado por entonces de su residencia en la República Argentina, con motivo de negocio o herencia familiar, un distinguido caballero peruano, acompañado de una bella hija suya, que impresionó mi corazón más intensamente que las matemáticas mi inteligencia... Elvira se llamaba esta chiquilla llena de la gracia de esa edad en que la virgen puede ya ser madre. El ángel del amor anunció a Elvira... La amé con un amor digno de ella, que era sana, fresca, pura, prístina, como una heroína de Lamartine: bien le hubiera quedado el nombre de Graciela.

El recuerdo de mi primer fracaso pasional habíase borrado; pero mi espíritu quedó bajo su huella estremecido, en el sobrecogimiento de una enfermiza timidez. No me atreví en esta ocasión a declarar mi amor, que se resignó a demostrarse en el éxtasis de una contemplación platónica. Tal fuerza había en mi expresión silenciosa, sin embargo, que la amada se enteró de mi amor y lo correspondió en igual forma. Fué aquello una romanza sin palabras...

Dinámica, vivaz, alegre, tenía esta belleza una aureola de plenitud tonificante y optimista. No era una flor de invierno muy propia para lucir en la rinconera de un salón nobiliario, como la inspiradora de mi primer amor: era una flor del campo, rica de colores, ebria de perfumes, trémula de rocío, digna de alargar su tallo cimbreante como cetro en las manos mismas de la primavera. Aquella era el madrigal; ésta, el idilio.

Mi precocidad de espíritu maduro antes de tiempo, el ambiente en que se habían desarrollado los primeros años de mi vida la gravedad proyectada sobre mí por el estudio, el profundo efecto del fracaso de mi primer amor, todo me impedía ponerme a tono con la efímera felicidad de tal momento; y cuando nuestras miradas se entendían, lo que en ella era una sonrisa, en mí era un suspiro...

El mar me la había traído, el mar se la llevaría para siempre. Yo lo sabía bien, y así el amor por ella tenía que ser triste. Si el primer amor me hizo conocer el sufrimiento brusco, este segundo amor me hizo conocer, en cambio, la dulce melancolía. El primer amor despedazó mi espíritu con toda la violencia que tiene el mal inesperado; este segundo amor fué rasgando mi espíritu con toda la crueldad con que se ve venir el mal inevitable.

La ausencia debía empezar pronto, para no concluir nunca.

El idilio de las sonrisas y de los suspiros acabó en la tragedia de una lágrima, a través de la cual vi yo alejarse al barco, sobre el que la figura lamartiniana de mi amada imposible se apareció a los ojos de mi imaginación, desahuciándome con el adiós para siempre de su pañuelo blanco...

Mi segundo amor fué un imposible. Hay que convenir en que el imposible hace verdadero el amor.

Otra vez me refugí en el estudio, buscando consuelo para mi mal de amor.

Si a los doce años había cursado trigonometría y geometría descriptiva, ganándome el mayor aprecio de mis profes-

res, a los trece empecé el estudio de la física, de la mecánica y de la cosmografía, prescindiendo el más vivo interés, hasta hacerme estudiante preferido por el director del colegio.

Tengo que confesar que los estudios de letras no me despertaban tanto interés como los de ciencia. Dijérase que literatura y filosofía, especialmente, no tenían para mí ese atractivo propio de lo desconocido.

El director acostumbraba recompensar, en la repartición de premios del colegio, con una medalla de oro al alumno más distinguido, que siempre se determinaba entre los que cursaban el último año de estudios: obtuve yo tal medalla, imponiéndome a la consideración del director por mi extraordinario aprovechamiento en ciencias, cuando aun me faltaban dos años del programa oficial para concluir mi segunda enseñanza. Fué aquello una excepción, que recuerdo a mérito de haberse referido no a mis aptitudes literarias, sino a mis capacidades científicas.

Hubo algo que, sin embargo, me apartó bruscamente del rumbo que seguía: sentí—tal vez por tratarse de un estudio



de exclusiva memoria, en que para nada se ejercitaba la imaginación—una invencible repugnancia por la química, y decidí presentarme como aspirante al ingreso en la vetusta Universidad de San Marcos, de Lima, con el propósito de enriquecer el foro nacional de un abogado más...

Semejante propósito o, mejor dicho, despropósito en mí, tuvo los caracteres de un verdadero precipitado químico. La química produjo tal fenómeno, que alteró por completo la naturaleza de mi espíritu. El estudio de la física y mecánica me dejó la huella simpática de una anticipación imaginativa del actual maquinismo, que un día lucirá en poemas muy finos su florecencia de milagros.

Huelga referirse a la emoción que despertó en mí el estudio de la cosmografía: yo he sentido renovada esa emoción ante el flechazo espectacular del cometa de Halley y a través del telescopio de Arequipa, en la noche en que, ajustado a mi ojo, se me antojó un cañón disparando polvorazos de estrellas...

Una estrella fué para mi ingenuidad de pastor, la mujer de admirable belleza que me produjo el sacudimiento de la tercera pasión amorosa.

Si mi primer amor había sido un fracaso y mi segundo amor un imposible, este tercer amor era un absurdo.

No era yo todavía un adolescente, cuando me sentí enamorado de una de las mujeres más bellas que haya habido en todas las épocas de Lima. Tenía ella una docena de años más que yo y estaba en la plenitud de su predominio social. Su majestad arrastraba tras de sí por los salones una verdadera corte de adoradores encumbrados, entre los que mi pretensión hubiese sido comen-

tada con las más burlescas risas.

Maria era de un tipo de belleza y de una condición de espíritu muy lindos: un porte señorial revestido de una frivolidad madrigalesca. Si en su frente hubiera podido quedar bien una diadema nobiliaria, en sus labios hubiera podido siempre deshojarse la flor de un epigrama helénico. Ella revivía en sí todo el ambiente de sun-tuosidad, a la vez que de gracia, de la nunca enterrada del todo Corte de los Virreyes de Lima.

Si Rosa estaba bien en los jardines de Versalles y Elvira en las páginas de Lamartine, María era para brillar en los salones de la emperatriz Eugenia, de la que hasta parecía tener el busto numismático, digno de ser vaciado en medallón o labrado en camafeo.

Yo amé a tal mujer con un amor mezclado a admiración por su belleza, por su elegancia y por su ritmo. Con la conciencia de mi insignificancia de entonces, en la que hasta la edad distanciábame más de tal mujer, sentía yo una suerte de desesperación sofocante dentro de una intensa emoción estética, que elevaba la voluptuosidad platónica a la condición de tormento tantálico.

Esta pasión absurda contribuyó no poco a afinar mi espíritu, en un ejercicio de sublimación y de éxtasis que alguna vez ensayé en verso: —Estoy enamorado de una estrella—, a modo del pastor de la romanza...

Y a la manera del personaje eclógico musicalizado por Tosti, en boga entonces, estaba yo engreído de mi dolor sinceramente, como ha de haber estado Petrarca del suyo: —La dicha de un amor nunca es tan bella—como lo es un amor sin esperanza...

Mi tercer amor fué un absurdo. Hay que convenir en que un amor absurdo es bello.

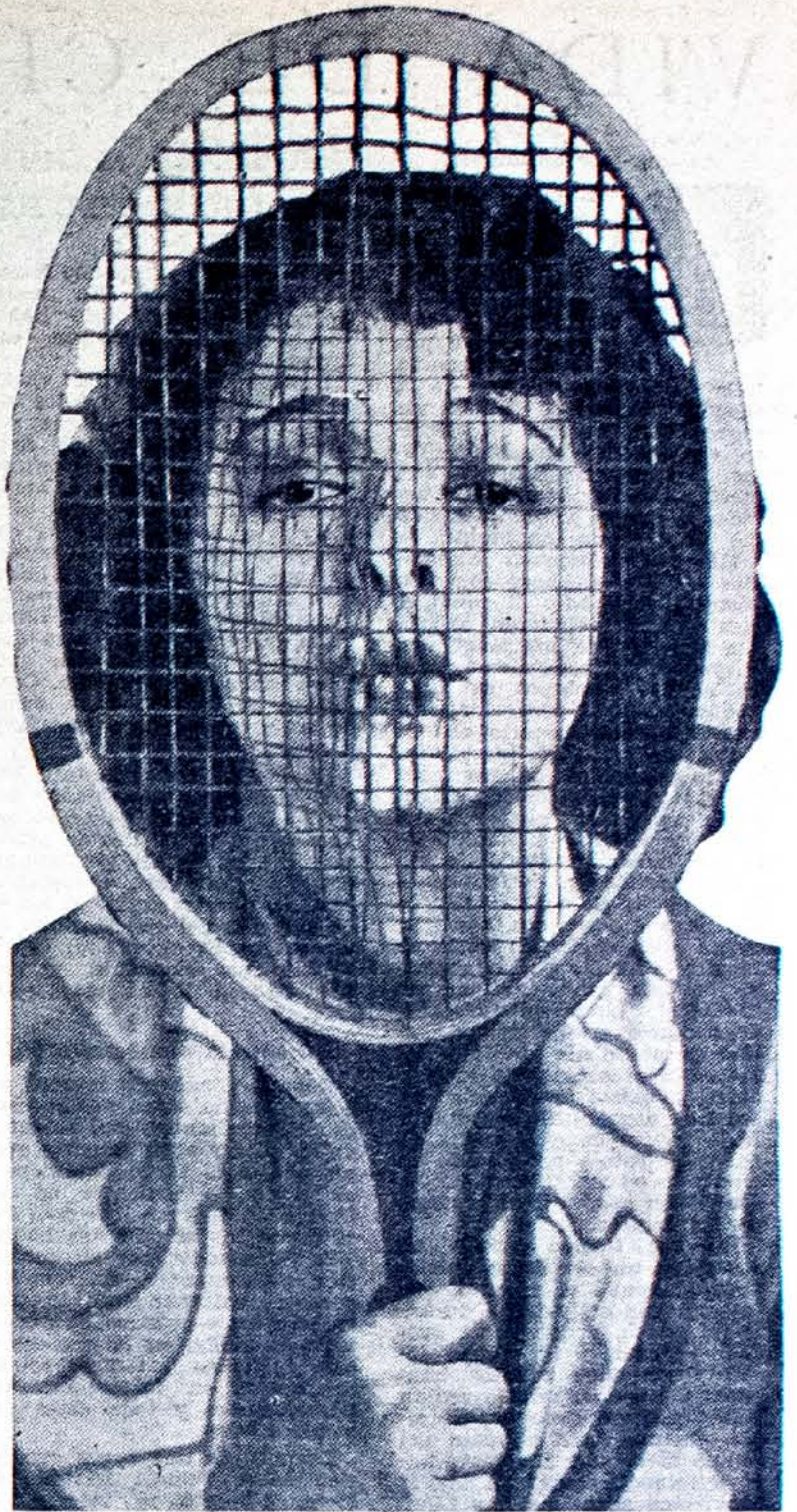
• • •

A los catorce años de edad, tenía ya mi alma ensombrecida por tres amores desgraciados y había, con nota de sobresaliente, entrado en la Universidad de San Marcos.

El Colegio de Lima en que hiciera mi segunda enseñanza, me llamó a formar parte, por algún tiempo, de su cuerpo docente; y así, no había dejado de ser un niño cuando tuve que actuar como profesor de matemáticas. Profesor de matemáticas fui—y esto en la autobiografía de un poeta cobra perfiles de aventura...—nada menos de quien llegó más tarde a presidente de la Sociedad de Ingenieros de Lima y a presidente de la Sociedad Nacional de Industrias del Perú: Ricardo Tizón y Bueno. Tuve, pues, como profesor de matemáticas, la suerte de lograr algunos discípulos aprovechados...

A mi precocidad científica—que resultó vana, pues no deduje de ella aplicación alguna en mi arte, ni en mi vida—hay que agregar mi precocidad erótica, que resultó tan dolorosa. Los libros me enseñaron muy pronto a saber que me diera lo mismo el no saber nada. El amor me donó, en cambio, la sabiduría vital de tres aspectos del dolor, por cuenta de un fracaso, de un imposible y de un absurdo, haciéndome sentir, sucesivamente, el desencanto brusco, la melancolía resignada y la desesperación rebelde.

Así acabó la historia de los primeros catorce años del hombre que no pudo ser niño, porque hacia afuera creció en la guerra y hacia adentro, luego, en la prisa angustiosa de un estudio que le resultó vano y en la precocidad dantesca de tres amores que se acumularon en su espíritu en un solo dolor. Mi niñez se descompone en guerra fratricida, estudio inútil y amor doliente.



MI MAYOR EMOCION ANTE LA CAMARA

POR

JANET GAYNOR



Las películas me han deparado emociones que recordaré durante mucho tiempo.

La primera emoción fuerte que sentí fué durante la impresión de la película "La inundación de Johnstown", para el estudio Fox, que me permitió firmar el primero y único contrato que tengo para trabajar en el cinematógrafo.

Mientras se filmaban las escenas en las cuales aparecía yo desempeñando el papel de Paul Revere, corriendo a caballo a través de Johnstown para prevenir a sus habitantes de que se acercaba la inundación, el caballo se desbocó, y fui a parar a la cama de un hospital.

Experimenté otra emoción intensa mientras se filmaba la película "Salida de sol", cuando, al tomarse la escena de una tormenta, el bote zozobró, y con un fuerte golpe en la cabeza, caí al agua. Para colmo de males, era aquel un día en que George O'Brien no trabajaba. George es un nadador consumado, y en caso de que estuviera presente, no hay duda de que me hubiera salvado inmediatamente.

Supongo que los que se encontraban en el bote creyeron que nunca volvería yo a la superficie. Finalmente, un operador llamado Johnny Meible, saltó al agua con todas sus ropas, y zambulléndose logró salvarme.

Durante la impresión de "Los cuatro diablos" sentí, por tercera vez, una gran emoción delante de la cámara cinematográfica. Pasábamos diariamente largas horas en el trapecio, adiestrándonos para las escenas de acrobacia aérea que debían aparecer en la película.

Lo cierto es que los cuatro, a saber, Charles Morton, Barry Norton, Nancy Drexel y yo, pasamos ocho horas diarias, durante un periodo de tres meses, ensayándonos para desempeñar nuestros papeles en la obra.

Una y otra vez, mientras permanecíamos colgados de los pies o de las manos, a una altura de más de diez metros, corríamos grave riesgo de sufrir accidentes. Y en cierta ocasión logré salvarme, asiéndome a la soga que servía para izar el trapecio. Todavía siento mareos cada vez que recuerdo ese momento, en el cual viví la emoción más grande de mi carrera cinematográfica.



VIDA DE CHARLES LINDBERGH

Aviador por naturaleza

DESDE el instante en que Lindbergh tuvo entre sus manos una palanca de contralor, su actuación como piloto fue un éxito. Cuando hubo terminado el curso de la escuela comercial, Lindbergh ingresó a la escuela del ejército, situada en Kelly Field, Texas. Durante los estudios que efectuó allí sufrió su primer accidente, que le valió el apodo del "Afortunado Lindbergh".

Mientras efectuaba acrobacias en el aire, chocó con otro aeroplano, y tanto el como el otro aviador se vieron obligados a saltar de sus máquinas. Disponían de paracaídas, pero en aquellos tiempos se creía que salvarse en paracaídas era algo así como hacerlo en un globo. Sin embargo, inmediatamente después de los aeroplanos destruidos en la colisión, llegaron también los pilotos a tierra, y se felicitaron mutuamente por haber resultado ilesos.

En la primavera de 1923 Lindbergh se dirigió a Florida, y de allí pasó a Americus, Georgia, donde tuvo ocasión de asistir al remate ordenado por el gobierno de una gran cantidad de "Jennies". Lindbergh deseaba, desde hacía mucho tiempo, poseer un aeroplano propio, y como se le presentaba la oportunidad, adquirió un "Jennie" de segunda mano, utilizado durante la guerra como máquina de entrenamiento y provisto de un nuevo motor Curtiss OX-5. Lindbergh pagó por él la suma de 500 dólares.

En ese tiempo existía en Americus un aeródromo abandonado, donde el ejército desplegaba sus actividades durante la guerra, y que había quedado reducido a un campo desolado con unos cuantos hangares y barracas que se venían abajo por falta de reparaciones. Cuando, con la venta del último aeroplano, el remate hubo terminado, el ejército dejó el aeródromo abandonado, y Lindbergh quedó solo junto al aparato de que era propietario. Hasta entonces nunca había volado sin acompañante.

Preparó el aeroplano durante una semana.

Fue necesaria casi una semana para poner la máquina en condiciones eficientes, y Lindbergh trabajó en ello durante el día y durmió en una de las barracas abandonadas. Aunque nunca había alzado el vuelo sin acompañante, Charles se encontraba ahora dueño de un aeroplano y sin dinero para seguir costearlo su instrucción. En aquella oportunidad hacía seis meses que Lindbergh no había a un aeroplano, pero una tarde decidió que ya era tiempo de probar fortuna.

Después de un examen final y de una mirada cuidadosa a sus instrumentos, el joven aviador puso el motor en marcha para efectuar su primer vuelo sin acompañante. El aeroplano se levantó del suelo, pero cuando se elevaba a una altura de poco más de un metro, el ala derecha empezó a inclinarse. Pensando que existiría algún desperfecto, Lindbergh resolvió aterrizar en seguida. Se posó en tierra sobre una rueda, y una de las alas rozó el terreno. El piloto ni el aeroplano resultaron perjudicados, pero Lindbergh decidió no repetir la aventura ese día.

Un piloto que también había comprado uno de los aeroplanos en remate presenciaba la tentativa del joven aviador y se enteró de que éste nunca había volado sin acompañante. Al día siguiente volvió con Lindbergh, y efectuaron juntos varios aterrizajes, y esa misma tarde Lindbergh hizo su primer vuelo sin acompañante.

No le ocurrió ningún percance.

El primer vuelo que Lindbergh hizo solo tuvo éxito, pues no ocurrió el menor contratiempo. Después de haber practicado durante una semana en vuelos alrededor del aeródromo, Lindbergh depositó sus modestos esfuerzos personales en la cabina delantera y emprendió su primer vuelo a través del espacio, hazaña que pocos pilotos han logrado en la historia.

HISTORIA DEL MUCHACHO NORTEAMERICANO QUE DE LA OBSCURIDAD Y EL ANONIMATO SE ELEVO SUBITAMENTE A LA CATEGORIA DE UNA GRAN FIGURA MUNDIAL

II

POR

SIDNEY F. KING

por lo menos, veinticinco horas sin acompañante. En aquel tiempo Lindbergh sólo había volado cinco horas en esa forma.

Durante este primer vuelo, en que recorrió los estados del Sur hasta Texas y desde allí hasta Minnesota por el valle del Mississippi, le sucedieron numerosas y emocionantes aventuras, y tuvo que hacer dos aterrizajes forzados. En el camino cumplió algunos encargos que le reportaron un beneficio de 250 dólares. El punto terminal de su viaje fue Little Falls, y cuando llegó hizo que sus padres subieran por primera vez a un aeroplano. Condujo a su madre en un vuelo de ida y vuelta entre Chicago y San Luis.

Lindbergh viajó durante varios meses por los estados del medio Oeste, pero como no ignoraba que su técnica de piloto estaba lejos de ser perfecta, y deseaba manejar aeroplanos rápidos, decidió seguir el curso de aviación del ejército, que se dictaba en Brooks Field, Texas. Rindió sus exámenes y fue aprobado el 15 de marzo de 1924.

Graduado como teniente

Cuando Lindbergh ingresó al colegio, había en su misma clase 104 estudiantes. Fue así uno de los diez y ocho alumnos que un año más tarde obtuvieron el grado de tenientes en el Cuerpo Aéreo de Reserva. El resto de los estudiantes había sido "eliminado" por su actuación deficiente en el riguroso curso de entrenamiento dictado en Brooks, y la clase de avanzada de Kelly, en la que estaban incluidas las acrobacias, los vuelos en formación, las persecuciones y toda clase de luchas aéreas.

Después de una breve excursión sobre Illinois, Missouri e Iowa, despertó su interés el servicio aéreo de correos, que acababa de ser organizado en aquel tiempo. El Departamento de Correos había anunciado cierto número de contratos para servicios aéreos de correspondencia, uno de los cuales debía establecerse entre San Luis y Chicago, pasando por Springfield, estado de Illinois. La Robertson Aircraft Corporation había formulado una propuesta para transportar la correspondencia en esta ruta, y ofreció a Lindbergh el cargo de piloto en jefe, para el caso de que la compañía obtuviera la concesión.

Sin embargo, los trámites del contrato se prolongaron algún tiempo, y el teniente Lindbergh decidió seguir volando por su cuenta hasta que todo quedara arreglado. Efectuó vuelos de exhibición en Colorado, se inscribió en la unidad aérea de la Guardia Nacional de Missouri, y fue nombrado capitán. En agosto de ese año transportó pasajeros en un vuelo desde Richard Field, Missouri, hasta Nevada, en el mismo estado.

Un aterrizaje forzoso en San Luis

La excursión aeronáutica terminó en la parte meridional de Colorado en el año 1925, y como todavía el contrato para el transporte aéreo de correspondencia no había sido firmado, el capitán Lindbergh decidió participar con su aeroplano en las Carreras Aéreas Nacionales "Hacia Nueva York", cuyo término era el aeródromo de Mitchell, Long Island.

Lindbergh se lanzó resueltamente en su "Jenny", pero después de algunos percances de escasa importancia se vio obligado a abandonar el vuelo en San Luis, donde permaneció todo el invierno.

Durante los meses de invierno el joven aviador actuó como instructor en la escuela de aviación establecida por la Robertson Aircraft Corporation, y en la primavera siguiente, dicha empresa empezó a establecer líneas aéreas para el transporte de correspondencia.

En el desempeño de su misión, Lindbergh tuvo que experimentar frecuentes incidencias.

emocionantes, y al poco tiempo de haberse hecho cargo de esta clase de trabajo se vio en dos oportunidades en la necesidad de arrojarle con paracaídas. La ruta que siguió se extendió de San Luis a Peoria, pasando por Springfield. La mayor parte de sus vuelos se desarrollaban de noche, y en esta forma el joven aviador perfeccionó su habilidad para conducir un aeroplano ajusta-



El coronel Lindbergh durante su visita a Londres, después de su histórico vuelo a través del Atlántico. En esta fotografía se le ve en el momento de subir a un aeroplano de caza de un solo asiento perteneciente a la Real Fuerza Aérea de Gran Bretaña, antes de emprender viaje de retorno a París y de allí a los Estados Unidos.

do a un horario fijo, cualesquiera que fueran las condiciones atmosféricas; una habilidad que, según el decir de los pilotos, no puede ser adquirida en ninguna otra parte del mundo. La causa de los dos saltos en paracaídas que Lindbergh se vio obligado a efectuar, fue la densa niebla que se presentó de improviso durante la noche. En los seis años siguientes a su primer vuelo, Lindbergh llegó a acumular un total de 1800 horas de permanencia en el aire. Se calcula que esta cifra es igual a la que alcanzan la generalidad de los aviadores, en quince años de práctica.

Se encontró con acaudalados entusiastas del transporte de correspon-

dencia a la ciudad de San Luis puso a Lindbergh en contacto con un grupo de hombres acaudalados de aquella ciudad, que eran entusiastas por la aviación, y a quienes se debía el establecimiento del aeródromo Lambert en las afueras de San Luis. Lindbergh confió a algunos de esos hombres su deseo de realizar un vuelo sin etapas a través del Océano Atlántico. La idea de intentar una hazaña de esa magnitud había acompañado a Lindbergh desde el día en que inició su carrera.

Cuando en 1919 Raymond Orteig ofreció la suma de 25.000 dólares para el primer aviador que lograra efectuar la travesía del Atlántico, sin etapas, empezó a despertarse el interés del público por tal proeza.

Lindbergh había pensado mucho en la posibilidad de acometer esa empresa, e hizo estudios meticulosos de los diversos problemas que involucraba, aun antes de tratar el tema con sus amigos de San Luis, quienes no parecían indiferentes a su proyecto.

Estaba resuelto a volar solo

Pero en el cálculo de sus planes, Lindbergh había trazado algunos detalles en forma definitiva. Invirtió algún tiempo en convencer a los hombres dispuestos a brindarle su cooperación financiera para que aceptaran esos planes por él adoptados. Entre esas condiciones de Lindbergh se destacaba la de que el vuelo debía ser efectuado por un solo aviador. Al principio, los que pensaban apoyar la empresa sostuvieron que ésta debía ser acometida por dos hombres, y en un aeroplano destinado a realizar un vuelo transatlántico debía ser manejado por dos pilotos expertos.

Con todo, Lindbergh logró el triunfo de su criterio, y en diciembre de 1926 hizo un viaje a Nueva York para documentarse respecto de los aeroplanos, los motores, y otros detalles.

Al mismo tiempo trató de adquirir el monoplano Bellanca Wright, en el que Clarence Chamberlain y Charles A. Levine efectuaron más tarde su vuelo de una sola etapa hasta Alemania. Sin embargo, Lindbergh no consiguió efectuar la compra, y después de hacer algunos estudios de los aeroplanos disponibles, decidió encargarse la construcción de un aparato especial. Escogió la Ryan Airplane Company, y partió inmediatamente para la fábrica que dicha empresa posee en San Diego.

Presenció la construcción del aeroplano

Lindbergh permaneció en San Diego todo el tiempo que duró la construcción de su aeroplano, y vigiló los trabajos.

Entretanto, mantuvo un riguroso entrenamiento físico. Sometió a pruebas estrictas sus condiciones físicas para determinar cuánto tiempo podía avanzar sin dormir, y antes de partir de San Diego, tuvo el convencimiento de que era capaz de volar treinta y cinco horas sin dormir.

Lindbergh efectuó sus vuelos de ensayo con el "Espíritu de San Luis", y el 10 de mayo de 1927, emprendió un vuelo de una etapa hasta Nueva York. Un vuelo de tal naturaleza era un acontecimiento notable en el estado de la aviación de aquel tiempo; pero Lindbergh no lo consideró más que como una prueba de su aparato, y como materia de estudio para él. Aterrizó en Lambert Field, San Luis, en las primeras horas del 11 de mayo. Por la tarde, el aeroplano fue bautizado, en presencia de los hombres que financiaron el vuelo y de una vasta multitud. A la mañana siguiente el joven aviador partió para Nueva York.

Cuando Lindbergh llegó al campo de aviación de Curtiss, se preparaban allí otros dos grandes vuelos transatlánticos: la expedición de Byrd y la de Chamberlain. La llegada del joven piloto a Nueva York, que se hallaba dispuesto para partir en cuanto

el tiempo fuera favorable, causó excitación en los dos campamentos rivales, y pronto se extendió el rumor de una posible carrera aérea, en el Océano Atlántico.

La repentina partida de Lindbergh

Inmediatamente después de aterrizar, el coronel Lindbergh empezó a examinar su motor y su aeroplano. Después de dos días de trabajo anunció que estaba listo para partir, pero era preciso esperar que las condiciones atmosféricas se presentaran suficientemente despejadas en el Atlántico Norte y aseguraran algunas garantías de éxito. En la noche del 19 de mayo, Lindbergh se hallaba en la ciudad de Nueva York, y se proponía asistir a una cena y a una función teatral a que había sido invitado, cuando la oficina meteorológica le hizo saber que mejoraban las condiciones del tiempo. Luego de excusarse ante sus amigos, Lindbergh se dirigió apresuradamente a Garden City, donde ultimó con rapidez sus planes para partir a la mañana siguiente.

Durante toda la noche cayó una lluvia tenue, que prosiguió hasta el amanecer. Bajo la lluvia, Lindbergh hizo transportar su aeroplano del aeródromo de Curtiss al campo de aviación de Roosevelt, donde se provió de combustible y se preparó para la partida. Al amanecer la lluvia cesó. Se hallaba en el aeródromo una multitud de 5000 personas, que presenciaron el impresionante espectáculo de la partida de Lindbergh; el joven aviador tuvo que hacer esfuerzos inauditos para conseguir que su aeroplano, cargado hasta el máximo de su capacidad, despegara del suelo embarrado. Felizmente, antes de llegar al final de la pista de un kilómetro de extensión) pudo levantarse del suelo. Al día siguiente, a la caída de la noche, Lindbergh aterrizaba en el aeródromo de Le Bourget, de París, convertido en un héroe de renombre mundial, cuya hazaña era uno de los hechos más notables que registra la historia.

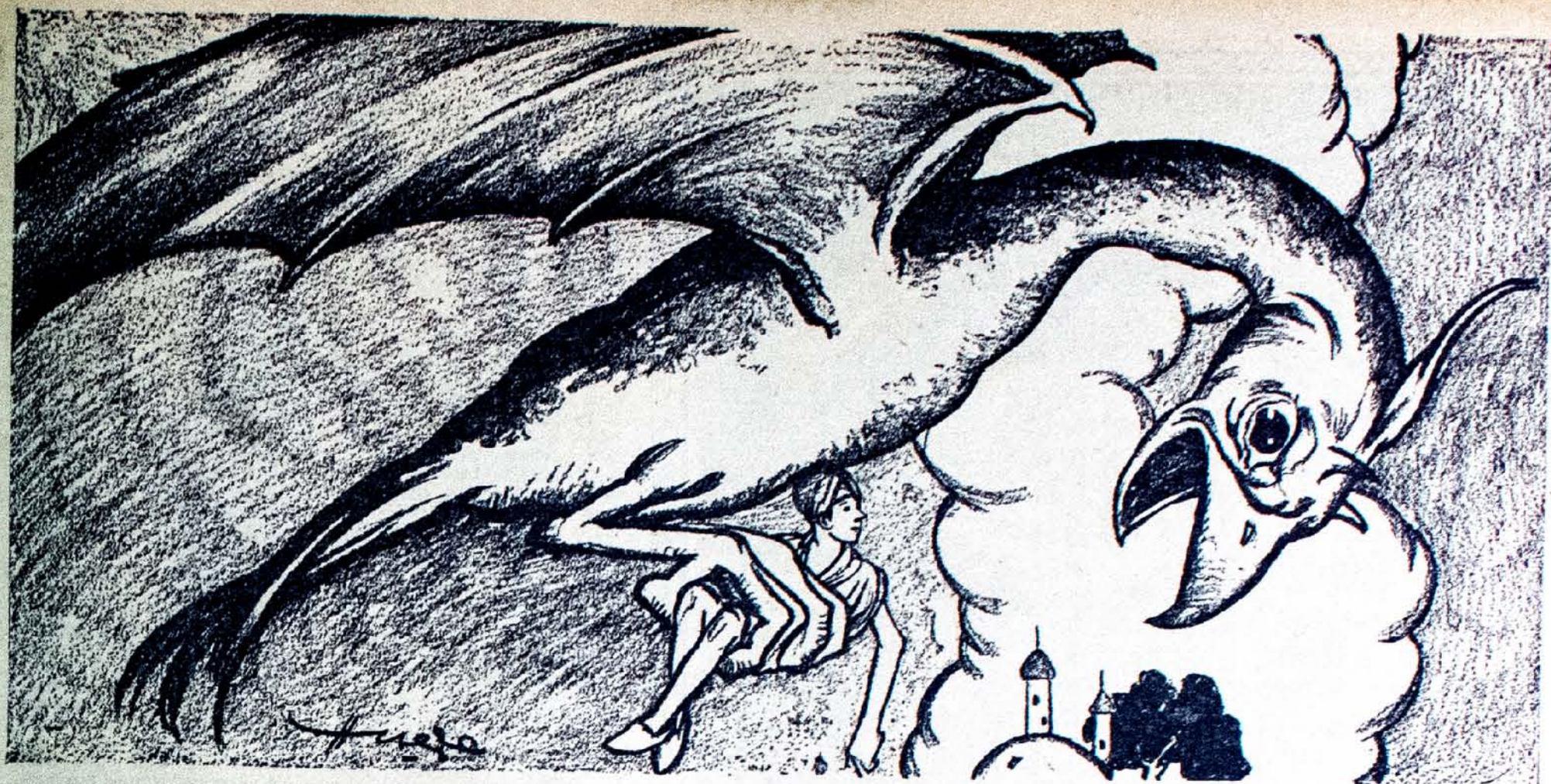
Descripción del vuelo transatlántico

Al ir de Nueva York a París, sobre una distancia de 5760 kilómetros en un vuelo sin etapas, que duró 33 horas con 29 1/2 minutos, Lindbergh realizó una verdadera proeza. Cuando el aeroplano pasó sobre el Cabo Cod, la densa niebla que envolvía al aeródromo de Roosevelt y a todo Long Island en el momento de la partida, se había disipado, y durante todo el resto del viaje hasta Nueva Escocia, el tiempo fue claro y la visibilidad excelente. La parte septentrional de Nueva Escocia encerraba cierto número de zonas tormentosas, y cuando Lindbergh abandonó la tierra en ese punto para dirigirse hacia Terranova, se vio rodeado por pequeños copos de nieve. El aviador pasó por Terranova al oscurecer y tomó rumbo hacia el océano al llegar la noche.

Voló durante la noche a alturas diversas, ascendiendo algunas veces hasta los 3000 metros, para evitar las zonas tormentosas. Al amanecer, el aviador se hallaba aún sobre el océano. En las primeras horas del nuevo día se presentó brumoso, pero luego las condiciones del tiempo mejoraron. Soplabla un fuerte viento del noroeste. El océano se divisaba erizado de ondas.

El primer indicio que tuvo Lindbergh de la proximidad de la costa fue un pequeño grupo de barcos de pesca. Voló a poca altura, detuvo el motor y formuló a gritos una pregunta a los hombres que tripulaban una de las embarcaciones, pero no obtuvo respuesta. Significó volando, y poco más tarde llegó a las costas de Irlanda. Más allá de Irlanda, el aviador encontró cierto número de vapores, y fue raro el momento en que no tuvo un buque a la vista. Alcanzó la costa de Inglaterra en dos horas escasas de vuelo. Marcó su rumbo por el sur de Inglaterra, algo al sur de Plymouth, y a través del Canal de la Mancha y alcanzó la costa francesa en Cherburgo.

(Continuad)



HACE mucho, mucho tiempo, un gran rey de la India tenía un hijo a quien llamaban Djimutava. Cuando el niño cumplió los doce años, empezó a adorar los dioses y estudiar los libros sagrados, como se acostumbra en aquel país, llegando a ser más sabio y virtuoso que el resto de los hombres.

Sus plegarias fueron agradables a Siva, y este dios le dijo un día:

—Pídemelo lo que quieras, que te lo acordaré.

—Si estás satisfecho de mí— respondió el joven — aleja la miseria de nuestros súbditos. Haz que todos los que vivan bajo nuestro dominio sean iguales en cuanto a fortuna y gocen de igual prosperidad.

El dios acordó esta plegaria: todos los súbditos del rey fueron colmados de riquezas hasta el punto que ninguno tenía que trabajar y mucho menos que obedecer a sus semejantes.

Cuando las cosas llegaron a ese punto, se reunieron los parientes del rey y dijeron:

—Nuestro soberano y su hijo obedecen a los dioses, pero sus súbditos ya no ejecutan sus órdenes; nos será muy fácil destronarlos y tomar su lugar.

Consiguieron reunir un ejército numeroso y pusieron con él sitio al palacio. Cuando Djimutava supo lo que pasaba, pidió consejo a su padre. Este respondió:

—Hijo, este cuerpo es mortal y la fortuna es inconstante. Para conservar un cuerpo tan frágil y grandezas tan vanas, no vale la pena derramar sangre

EL SACRIFICIO DE DJIMUTAVA

y cometer crímenes. Abandonemos el trono y consagrémonos a practicar la virtud.

Entonces, el Rey hizo venir a sus parientes rebeldes y les cedió su reino, alejándose a las montañas con su hijo.

Vivieron así retirados durante un cierto tiempo hasta que un día, mientras el anciano rey se dedicaba a las plegarias, su hijo Djimutava subió a una montaña en la que se encontraba un templo dedicado a la diosa Durga. Penetrando en él, vio entre las personas que oraban a una joven de gran belleza.

Los ojos de los dos jóvenes se fijaron un rato uno en el otro y ambos sintieron que su corazón se llenaba de una enorme pasión. Sin dirigirse la palabra, cada uno regresó a su casa una vez terminada la ceremonia, pero durante toda la noche no les fué posible conciliar el sueño.

Al día siguiente se encontraron nuevamente en el templo y Djimutava preguntó quién era el padre de la joven.

—Es la hija de nuestro rey— le respondieron, pero a su vez preguntaron llenos de curiosidad: — ¿Pero Vd. quién es? ¿De dónde viene?

—Me llamo Djimutava, hemos venido, mi padre y yo, a refugiarnos en esta montaña después de haber perdido nuestro reino.

La princesa no tardó en conocer esta conversación y regresó a su casa más emocionada que nunca.

Viendo la pena de la joven, su criado contó lo que pasaba a la Reina, y ésta dijo a su marido:

—Señor, nuestra hija está en edad de casarse. ¿Por qué no le busca Vd. un buen marido?

Como viera que el Rey no se oponía, habló de Djimutava, y como no se oían sino alabanzas suyas, no tardaron en celebrar la boda.

Cierto tiempo después, Djimutava paseaba una mañana con su cuñado por una montaña desierta, cuando encontró un montón de huesos humanos.

—Es Garuda, el genio malo que viene todos los días a devorar una víctima — explicó el joven.

—¡Pero eso es una iniquidad! — exclamó Djimutava indignado, negándose a retirarse. Cuando estuvo solo, no tardó en oír unos llantos que partían el alma. Acercándose al lugar de donde venían, vio a una pobre mujer sumida en la más profunda desesperación.

—¿Por qué lloras de esa manera, mujer? — preguntó el joven.

—Lloro por la suerte de mi pobre hijo, a quien Garuda vendrá a devorar hoy mismo — respondió la anciana.

—Seca tus lágrimas — ordenó el joven —. Yo me sacrificaré en su lugar.

En ese momento se presentó

el que debía morir y cuando supo lo que pasaba, exclamó:

—¡Dios os guarde, señor, de cometer semejante disparate! Miserables como yo nacen todos los días, en cambio, son tan pocos los afortunados como vos. No desperdicie una vida tan preciosa: yo poco valgo.

—El deber de los hombres virtuosos— respondió el príncipe — es arriesgar su vida cuando lo creen necesario. Retírate junto con tu madre y déjame aquí.

La pobre madre se alejó llevando a su hijo Sanktacha, y Garuda no tardó en bajar del cielo.

Era un monstruo terrible con cara mitad de pájaro, mitad de gente, de enorme tamaño, con alas inmensas y un vientre que parecía una montaña. No tardó un instante en caer sobre el desgraciado príncipe remontándolo por el aire, en dirección al lugar donde acostumbraba devorar a sus víctimas. En el trayecto cayó una pulsera que llevaba Djimutava y ésta fué a dar justamente a los pies de la princesa, su mujer. Al reconocer la joya, la joven corrió a prevenir a sus padres, y llegaba precisamente en ese momento Sanktacha trayendo la misma noticia.

Entonces los reyes se dirigieron a la montaña y acercándose al monstruo, le dijeron:

—¡Detente, Garuda! ¡Mira lo que haces! ¡Serás capaz de devorar a un príncipe, a un tchattray?

A oír esto Garuda, lleno de

espanto se dirigió a su víctima, diciendo:

—Príncipe ¿por qué sacrificas tu vida?

—Garuda — respondió el héroe —. Los árboles prestan su sombra benéfica a todos los seres, quedando ellos expuestos a los ardores del sol; ellos florecen y luego dan frutos para los otros y en eso consiste su mérito. Lo mismo pasa con los hombres virtuosos. ¿Para qué sirve nuestro cuerpo si no puede ser útil a su prójimo? Cuanto más se frota al sándalo, más perfume exhala; cuanto más se expone el oro al fuego, más brillante resulta. Mientras el perro y el cuervo sólo piensan en su propia conservación, los que se sacrifican por su prójimo marchan en el sendero de la justicia y llenan debidamente su destino.

—En el mundo — dijo Garuda emocionado — hay pocos hombres que tengan suficiente valor para sacrificar su vida. Tu conducta me agrada y quiero acordarte un favor. ¿Qué deseas?

—¡Dios terrible! — suplicó el príncipe —. Si te dignas escuchar mis plegarias, te ruego que no devores más a seres humanos y que vuelvas la vida a los desgraciados cuyos huesos se encuentran en este montón.

Garuda bajó entonces a los infiernos trayendo la onda de la inmortalidad, con lo que todos los muertos resucitaron.

En medio de la alegría general Djimutava abrazó entonces a su mujer: estaba plenamente feliz, pues había conocido la felicidad del sacrificio.

ILUSTRACION DE
JUAN CARLOS HUERO

DE TAMAÑO NATURAL

JUANCITO vió al pasar por una casa de fotografías que tenían el siguiente letrero:

“Se hacen copias del tamaño natural”.

—¿De veras, hacen copias del tamaño natural? — preguntó Juancito.

—Sí, joven — respondió el empleado.

—¿Pero aunque sea mucho más grande que yo? — insistió el niño.

—Por más grande que sea — aseguró el empleado, creyendo que se trataba de un adulto.

—Bueno, aquí tiene una fotografía que sacó mi tío Luis de

las pirámides de Egipto. ¿Me las puede hacer de tamaño natural?

MANERA DE LLEVAR EL LUTO EN LOS TIEMPOS ANTIGUOS

EN la Edad Media el luto consistía más en la manera de ponerse los vestidos, que en su color. Se colocaban las capas dobladas hacia atrás y se las usaba sin pieles, subiéndole bien el capuchón que apretaban alrededor del cuello.

VARIEDADES

Sólo en las cortes el color indicaba luto, llevando el Rey el color violeta y las reinas el blanco, de donde venía el nombre de reina blanca, dado a las reinas madres. Ana de Bretaña fué la primera en vestirse de negro cuando murió su marido, Carlos VII, y siguiendo su ejemplo, Luis XII con quien casó en segundas nupcias, hizo lo mismo al morir dicha reina.

En las personas de calidad, el luto no se limitaba a los vestidos y libreas, sino que se hacía extensivo a los equipajes y hasta los muebles. En la mesa, por

ejemplo, se usaban cuchillos con mango negro. Era costumbre recibir las visitas de pésame en la cama, a la que cubrían con cortinados negros, en dormitorios tapizados del mismo color. Las señoras de la nobleza guardaban cama nueve días por luto de padre o madre, y seis semanas por el marido.

En el siglo XVII se empleó el color gris para luto, declarando que el negro era demasiado lúgubre.

La moda del cortinado de los apartamentos llegó al colmo de la exageración y cuando la

muerte del duque de Berry, nieto de Luis XIV, la obscuridad que reinaba era tan intensa, que dió lugar a escenas ridículas que ocasionaron la hilaridad general. Desde entonces fué disminuyendo esa moda y Madame de Maintenon no hizo tapizar sus apartamentos cuando murió Luis XIV, siendo imitada por todas las cortes.

Napoleón I quiso hacer renacer estas costumbres, ordenando que en los grandes lutos, la cámara y antecámara del emperador, serían tapizadas de color violeta, pero en realidad nunca se llevó a cabo, usando dicho color sólo en los vestidos.

EL SEPTIMO ARTE

Crónicas de
Hollywood

En los papeles "jóvenes" del "film" actúan Raymond Mac-kett y Jane Keith.

Al siguiente día de mi visita al Fantasma, recorri diversos estudios. En el de la Metro Goldwyn Mayer, en Culver City, hallé a Grace Moore, cantante de la Opera Metropolitana de Nueva York, interpretando una concepción romántica de la vida de Jenny Lind. Vestía un traje de crinolina que le sentaba a la mil maravillas y en torno suyo estaban P. T. Barnum, el rey del circo, que fué quien trajo a los Estados Unidos a Jenny Lind — desempeñaba este papel Wallace Beery — George C. Boldt, propietario del Waldorff Astoria de Nueva York, hotel que acababa de ser derribado para erigir en su lugar un imponente edificio de oficinas, y Chauncey Depew, político y capitalista ya fallecido.

Miss Moore canta en esta producción "Casta Diva", el aria de "Norma", la famosa balada antigua "Coming through the Rye", una selección de "La hija del regimiento" y una composición inédita de Carrie Jacobs Bond titulada "The Lovely Hour". Debuta miss Moore con esta película en el arte sonoro, y aunque parece fascinada por él, confiesa que las óperas son su pasión verdadera. Después aparecerá en una versión de "The New Moon" con Lawrence Tibbet, el barítono bien conocido. Su tercer "film" será "La viuda alegre".

Pasando de lo sublime a lo ridículo, recordaré que he presenciado la impresión de una escena interpretada exclusivamente por perros. Los "films" caninos son tomados en silencio. Los perros ladran, pero no para que sus ladridos queden grabados en los discos, sino para que más tarde se pueda "inyectar" a la película la voz humana registrada por los micrófonos. Esto es logrado con tanta perfección que parece por completo que son los perros los que hablan.

Las comedias de perros han alcanzado mucho éxito en los Estados Unidos, Canadá y Gran Bretaña, y se advierte gran demanda de ellas. La que yo vi se titulaba "All quiet in the K-nine front" ("Sin novedad en el frente K-nino"). Había en un set un campo de batalla y tres perros vestidos con uniformes kaki y cascos de acero. Se arrastraban hacia las líneas enemigas desde sus trincheras. Las defensas del enemigo no eran alambradas de púas sino ristas de salchichas de Francfort, con lo que se daba por descontado que el adversario se apresuraría a tomarlas. Representaban al enemigo uno o dos "dachhunds" — perros pachones — con el uniforme gris y el casco peculiar de los soldados alemanes.

Los tres guerreros de kaki saltaban de su trinchera a la manera de Alf, Bill y Bert, los tres personajes de Bairnsfather. El director de escena agitaba en el aire un gran trozo de carne en conserva y cuando lo arrojaba al suelo, los perros se abalanzaban sobre él con los ojos desmesuradamente abiertos. A esta acción acompañará en el "film" terminado el ruido de la metralla y la explosión de una granada. Los perros se muestran encantados de este trabajo, por

cuanto al acabar cada escena reciben en calidad de sueldo una chuleta bien asada. Creo que los directores de "films" de este género, Zion Myers y Jules White procederían cuerdamente haciendo que los perros actuaran como lo que son, y nada más. Me parece que se les abruma con exceso de ropas y que se les obliga a realizar cosas nada caninas. Sería mejor, a mi juicio, no exagerar en materia de vestimenta ni forzar tampoco la acción, conservando siempre, sin embargo, el diálogo humano.

En otro set actuaban también unos perros. Por lo que vi, una pelota de goma produce en ellos los mismos efectos mímicos que un trozo de carne y facilita el logro de abundantes expresiones utilizables.

Los canes son objeto de grandes cuidados. Disponen de amplias perreras limpias y ventiladas. Tienen también guardarpapas perfectamente organizados. Resulta que el mismo perro ha de usar siempre las mismas prendas, porque si se las cambian se pone de un humor tan malo como el del actor "mudo" que ve derrumbarse la ilusión que concibió de que su voz es tan buena como la de John Barrymore.

Todavía producen los estudios montañas de cosas absurdas y necias, pero se hace indudable que la alianza de la cámara y el micrófono ha redimido en parte el cinematógrafo de la crasa estupidez que le asfixiaba.

Un actor como Maurice Chevalier es una ayuda valiosa para cualquier estudio. Se trata de un artista brillante que trabaja a conciencia, se da por satisfecho con el papel que le asignen, por insignificante que le parezca, y lo destaca con entusiasmo singular. Se muestra ahora contentísimo del argumento de su último "film", una adaptación de la comedia "Petit café", que llevará el título de "The playboy of Paris". La afortunada compañera de Chevalier en esta película es una de esas muchachas que surgen año tras año de entre la multitud anónima de los extras. Se llama Frances Dee y tanto Ludwig Breger, director de los "films" de Chevalier, como otros varios directores la rechazaron al principio por temor a que careciera de la necesaria experiencia cinematográfica.

Durante un almuerzo, Chevalier vió a la muchacha sentada ante una mesa próxima a la suya. No la conocía, pero indicó a Berger que aquel era el tipo de damita que se requería para protagonista de su comedia. Berger confesó que había pensado lo mismo, pero que sabía que la joven no era muy buena artista. Chevalier respondió a esto que cuando él llegó a Hollywood habría podido merecer un juicio idéntico. Y Frances Dee fué contratada, y Berger y Chevalier parecen encantados de haberlo hecho.

Y así van las cosas en Hollywood. Piratas y artistas parisinos, cantantes de ópera y mujeres fascinantes, todos, hasta los perros, siguen desviéndose por divertir un poco al mundo...

Mordaunt
Hall

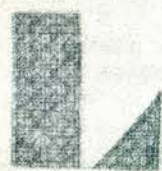
Crítico cinematográfico de "The New York Times"

(Para La Nación)

HOLLYWOOD, noviembre de 1929.



Cerca de las estrellas



Los directores cinematográficos logran lo que se proponen cuando se lo proponen de verdad. Para obtener el reflejo de dos

amantes en un plácido lago, "efecto" que podía conseguirse fácilmente a un kilómetro del estudio, un genio salió en busca, hace ya varios años, de un lago situado allá en lejanas montañas. Cuando él, los técnicos y los artistas las escalaron tras largas horas de penoso viaje, descubrieron que sus molestias habían resultado inútiles. El lago se había secado y quedaban de él, por todo, unos cuantos pantanos en una caverna anegadiza.

No hace mucho estuve en la casa de Santa Catalina para llegar a un barco en el que Alfred Santelli, Milton Sills y otros artistas "filmaban" ciertas escenas con destino a la versión sonora de la novela de Jack London "El lobo de mar". Se había concertado por teléfono con el director, que el verano nos esperaba en el hotel de Santa Catalina, pero cuando llegamos allí después de una excursión de casi cuatro horas, nos encontramos con que la goleta de tres palos, denominada Fantasma en la película, se había hecho a la mar. Cuatro horas después de regresar a Santa Catalina apareció el Fantasma y luego nos enteramos

por boca de Mr. Santelli de que había zarpado temprano en busca de niebla. Los tres días anteriores abundó ésta, pero he aquí que el director quien, supongo, quería "filmar" las escenas sin interrupción, buscaba niebla en un día excepcionalmente hermoso. La niebla era necesaria para un episodio en el que Wolf Larsen (Mr. Sills) ordena al Fantasma que se oculte del Macdonia, velero que en la obra se supone propiedad del hermano de aquél. Ignoro si Mr. Santelli consiguió hallar niebla más tarde, pero resulta extraño que no se le ocurriese aprovechar la muchísima de días atrás.

Estuve a bordo del Fantasma y me informé de que Mr. Santelli se había apresurado a regresar al estudio para atender sus asuntos. Allí se encontraba, sin embargo, Mr. Sills, fionbado a medio vestir en una litera y leyendo un libro sobre ajedrez.

Me dijo que jugaba al ajedrez con Nat Pendleton, actor que desempeñaba en la película mencionada el papel de Smokey, contramaestre del Fantasma. Pendleton fué en otros tiempos campeón olímpico de lucha y conserva todavía un físico impresionante. Mientras Mr. Sills, sentado ahora al borde de la litera, charlaba conmigo, los extras de traza de piratas desembarcaban para almorzar en el modesto y amplio hotel del litoral.

La estrella alemana Brigitte Helm, una de las figuras destacadas de la cinematografía europea, intérprete brillante de "Metrópolis", "La mentira de Nina Petrova" y "Tentadora", estrenada recientemente

Me refirió Sills que cuando los actores tenían que recitar sus papeles en alta mar, era necesario cubrir con sacos el micrófono para evitar los efectos del viento. Me dijo también que había aprendido ya a hacer toda suerte de nudos marineros sin mirar la cuerda.

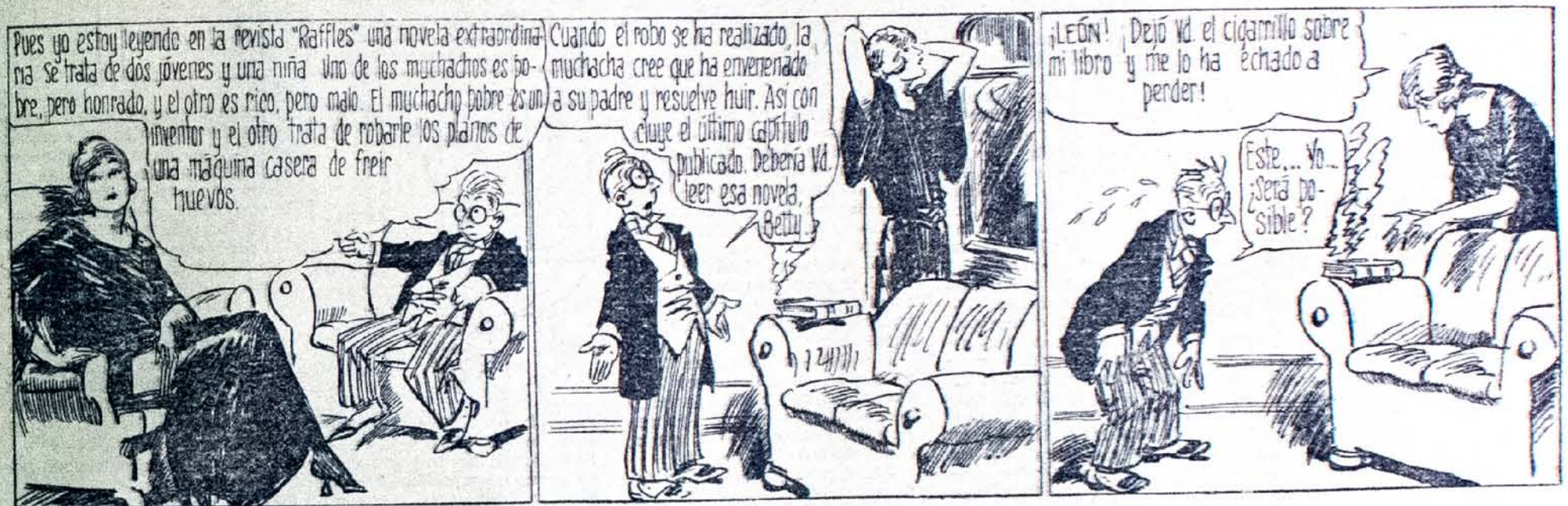
Existía el propósito de apelar a toda clase de sonidos para que la película resultara grandemente realista. El crujir de los aparejos se confundiría con el chasquido de las velas, y los bramidos del viento harían coro a los rugidos del mar. Los directores esperaban recoger la formidable gama de ruidos de una tormenta auténtica, pero me parece que las furias de éstas exceden por mucho la resistencia del mecanismo delicado de los micrófonos.

El Fantasma se encontraba en aquel momento anclado cerca del Oso, museo ballenero flotante que en la película habrá de llamarse Macedonia. Mr. Sills insistía en que las escenas marítimas fuesen tomadas con tiempo tempestuoso. Una sola requería mar en calma.

BETTY

por C.A.Voight

SIMPLE TRASTRUEQUE



EL JUGADOR SIN VENTURA

(Continuación de la pág. 23)

sostenido con un valor sublime contra todo el imperio español. "Nuestras reliquias dispersas por la caída de Cartagena, se reunieron en Haití. Con ellas, y con los auxilios de nuestro magnánimo almirante Brion, formamos una expedición que por sus elementos parece destinada a terminar para siempre el dominio de los tiranos en nuestro patrio suelo..."

El estilo grandilocuente de estas palabras está sin duda bastante refido con la realidad de las cosas. En la expedición marchan muchos oficiales venezolanos y granadinos, franceses reclutados en Haití e ingleses profesionales de la guerra, a quienes la caída de Napoleón había dejado ociosos. Muchos de ellos no merecen más que el nombre de aventureros; en otros palpita el más obstinado y noble ideal. Como una expedición aventurera, semejante a las numerosas que estas aguas del mar Caribe han conocido en todos los tiempos, navega, efectivamente, la flota. El 10 de junio se presenta ante la plaza de Carúpano. Después de una corta lucha, la plaza se rinde. Esto alienta a los patriotas, que ven aumentar su ejército con muchos voluntarios. Es cuando Bolívar, sintiendo la responsabilidad de su misión histórica, procura llevar a la conciencia de todos (como si estuviera hablando al mundo entero) la seguridad de que ha terminado la "guerra a muerte". Esta es una crueldad de que le acusan, un horror que las gentes han echado sobre su nombre, y ahora comprende que le interesa sobremanera quitarse la mancha de su vida.

Al almirante inglés de la Barbada y al gobernador de la Trinidad les escribe:

"He declarado a la faz de mis conciudadanos y de mis enemigos, que mi intención es la de hacer cesar la guerra a muerte, y la de hacer entrar en el orden social estos hermanos países, que hasta el presente han sido el teatro más espantoso de la guerra civil y del dominio español".

Pero todas esas levantadas pretensiones de llevar el orden social a los hermosos países recibirán bien pronto el rudo golpe de la realidad. Después de varios meses de acciones sin importancia esencial y de rivalidades entre los discursos y ambiciosos jefes, Bolívar se encuentra en la playa de Ocumare reducido a una pésima situación. Ha tenido que luchar con la falta de víveres y con los efectos de una calamitosa desorganización. Y entonces ocurre otro hecho que volará sobre su reputación una nueva y gravísima muerte de acusaciones infamatorias. Por la jefatura o la traición de uno de los oficiales, el coronel Alzura, que trae un aviso falso, Bolívar busca precipitadamente un amparo en la nave republicana que está en la rada y huye a alta mar. En la playa se hacían las municiones y los bagajes en franco desconcierto, y la gente audaz sin disciplina alguna, cuando la noticia que trae Alzura, de que el enemigo ha cortado la comunicación con las fuerzas patriotas, promueve la general desbandada.

Bolívar salta a una lancha y se refugia en el bergantín latino. Los cables para sacarlo y dárlo a la vela. ¿Cómo deberá explicarse una huida tan precipitada, un abandono tan impropio de un hombre valiente, digno y enérgico? Pero en la vida de Bolívar, sobre todo en sus años de tentativas y de preparación, hay bastantes puntos oscuros que sus más cautos panegiristas no acertarían nunca a justificar. En este caso, uno de los expedicionarios, Simón Petión, respondió más adelante para que explique el pánico y la fuga de Bolívar en

la playa de Ocumare, dirá algo que, en su forzada vaguedad, acaso nos revele el fondo del suceso.

"La salida del Libertador de Ocumare, el año de 1816, es uno de los acontecimientos más oscuros; yo no me atrevo a referirla, porque mi memoria está sumamente debilitada; sin embargo, haré algunos apuntes con suma desconfianza, para que Vd. los compare con las demás relaciones que tenga y los rectifique. "En este suceso se mezcló el amor", y Vd. sabe que Antonio, sin embargo del peligro en que estaba, perdió momentos preciosos al lado de Cleopatra..."

Lo cierto es que Bolívar se encuentra otra vez reducido a la última necesidad, perdida la gran jugada, ¡oh, impenitente, obcecado e infeliz jugador! La gente está a bordo a media ración; en el puerto de Bonaire no es posible sostenerse, y en Curaçao no lo admiten. Tiene, pues, que lanzarse con dos goletas a alta mar, en busca de alguna costa española en que poder abastecerse de lo indispensable por la violencia. Como uno de tantos bucaneros. Como un corsario cualquiera.

Y en esta especie de actitud de capitán filibustero, asaltando si es preciso la isla de Vieques para apoderarse de víveres a la fuerza, Bolívar anda errante por el mar Caribe y se dirige, al fin, hacia la costa de Florida. Una atracción insuperable del peligro, de la guerra y de la patria le lleva con impulso fatal. Desembarca en Güiría, y aquí tiene que sufrir el sonrojo de verse desobedecido por los principales cabecillas de la insurrección, y vejado y amenazado por sus rivales. Porque entre los jefes patriotas se ha manifestado ya el vicio que ha de hacer de las nuevas naciones de América un inveterado campo de guerras civiles. Todos aspiran al mando supremo. El general Bermúdez, que estando en Haití se había separado de Bolívar y no quiso incorporarse a la expedición, ahora, en Güiría, se niega a reconocer la jefatura de Bolívar. Lo mismo hace el general Mariño. A los disidentes se agrega también Cortés de Madariaga, aquel canónigo de Caracas que el año 1810, cuando la memorable sesión del Cabildo, obligó al Capitán General español a dimitir su cargo.

Los hombres de tropa están divididos, los oficiales discuten, y el general Mariño, que tiene envidia de Bolívar y aspira a suplantarlo, se encarga de atizar la disidencia. Hay un enorme movimiento de pasiones en esa tropa compuesta de nombres ásperos, duros de alma y renegridos de color. El general Bermúdez es el más impetuoso y rudo. Es el que con peores modales interpela, acusa e insulta a Bolívar. Casi han llegado a las manos. Y si ellos se trabasen en pelea, ¿no harían igual los soldados y oficiales de uno y otro bando? Esto sin duda es lo que induce a Bolívar a embarcarse. Pero aunque salta apresuradamente al bote, no logra impedir que Bermúdez se abalace sobre él, vomitando injurias, gesticulando amenazas, y es preciso que algunos oficiales se interpongan para impedir que allí mismo (Bolívar se ha visto obligado a desarmar su espada) se acometan los dos hombres en un espantoso duelo.

Y ahora? ... Simón Bolívar, rechazado una vez más por la fortuna, huye de las playas de su patria y enfila el rumbo hacia el solar de su amigo el presidente Petión, Arbitro de la frondosa república de los negros.

Por tercera vez se ve obligado a alejarse de la patria en forma humillante, como un verdadero insurrecto, como un filibustero sin fortuna o un capitán fracasado. Pero el destino ha probado suficientemente el temple de su alma. Ahora, cuando vuelve a plantar el suelo de la patria, será para no retroceder ya más. Ahora va a jugar de la Historia.

CONTRATO AMERICANO

BRIDGE

CONVENCION VANDERBILT



♠ 8-7 5	♥ A-10 9	♦ A-J 9-8 2	♣ 9-8
------------	-------------	-------------------	-------

A Convención Vanderbilt o "Trébol convencional" adoptada por muchos aficionados, es una declaración artificial que nada tiene de común con las declaraciones regulares y reglamentarias. Esta declaración artificial exige también una respuesta convencional al borde de los dominios del remate regular.

El "Trébol convencional" es una indicación de que:

1.º Quien lo declara posee un mínimo de tres "quick tricks" (bajas inmediatas, según lo he tratado en mi artículo anterior).



2.º Espera una respuesta del compañero, porque la declaración convencional de "un trébol" no implica en absoluto que su autor posea tréboles, entendiendo que puede haberla hecho careciendo de elementos de ese palo.

La respuesta, también artificial y convenida de "un diamante" por el compañero del convencionalista, demuestra lo siguiente:

1.º Que esa respuesta tampoco está en relación con los diamantes que pueda poseer o no quien la hace, y que no debe interpretarse, por lo tanto, como declaración regular.

2.º Que exige una contestación. 3.º Que quien responde con "un diamante" al "trébol convencional", advierte al compañero de que no posee el mínimo de dos "quick tricks".

Es de notar que la interpección y la respuesta tienen, pues, algo de común: ninguna de las dos posee caracteres de veracidad.

Después de la declaración original de trébol y la contestación del compañero, aunque de ella resulte o no la posesión de dos "quick tricks", el declarante que ha provocado está obligado, en ausencia de una declaración intermedia, a declarar nominalmente el valor de su mano, y su compañero hará entonces lo mismo en la segunda vuelta del remate.

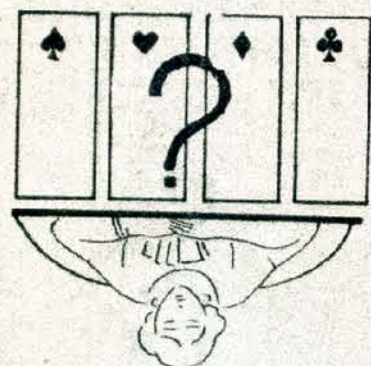
El objeto principal de la convención no es llegar cada vez a un contrato exorbitante, como pretenden algunos aficionados, sino simplemente informar al compañero de que se posee el mínimo de fuerza convencional. Es evidente que entre interpección y respuesta debe obtenerse algo concreto y de ello tal vez el "game" o hasta un "slam".

La primera pregunta que debe ocurrírsele a un aficionado es: ¿por qué introducir declaraciones y respuestas artificiales en un remate regular? ¿Acaso no es suficiente el sistema reglamentario para llegar al máximo del contrato necesario?

Dejo hablar a Vanderbilt, quien responde así:

"Admito que las convenciones, casi siempre locales, conspiran contra el buen juego en

mos a presenciar el magnífico espectáculo de un hombre que con imperioso ademán se eleva hasta el rango de las primeras figuras de la Historia.



general; pero si esta convención llegara un día a ser internacional, tiene que resultar de provecho y podrá luchar con ventaja con otras convenciones locales. Además, este sistema irregular, por su éxito en la práctica, puede ser reglamentado y entrar a formar parte del buen juego. Creo que las convenciones son necesarias para llegar a un acuerdo entre los componentes de un bando, sobre todo en el contrato americano, donde se corre tras el codiciado premio del "slam" declarado y cumplido. Con la convención de "trébol" se evitan tanteos inútiles y una sola declaración anuncia mano fuerte.

"La declaración informativa ha sido siempre una casi convención y de ella se abusa. Comprendo, sin embargo, que es evidente que al adoptar una convención debemos tener la seguridad de que ella es lógica, moralmente sana y de comprensión simple. La convención de trébol tiene estas ventajas y su práctica resulta, por su sencillez, de más provecho para el jugador de conocimientos medios que para el experto, el cual tiene toda clase de armas durante la lucha del remate.

"En el Auction Bridge no es necesario contratar el "game" para ganarlo, y el remate del "slam" y los premios con que se remunera su cumplimiento no forman parte del juego. En el contrato hay que prometer el "game" para ganarlo y la convención de trébol facilita, dando cierta seguridad razonable, que se llegue a buen fin en los grandes remates.

"En mi larga práctica he observado que el remate regular no basta para jugar contrato americano; es necesario ayudarse con muchas convenciones, más o menos lógicas.

LEON CASABAL

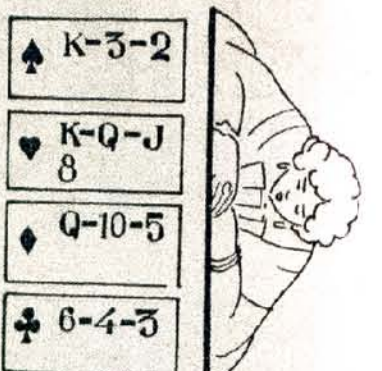
Yo no estoy contra el remate regular, todo lo contrario, creo que es la base del juego, pero propongo el "trébol convencional" para completarlo y amolarlo."

Jugando contrato americano se presentan a menudo algunas manos que no permiten abrir el remate con cierta seguridad. El siguiente puede ser un ejemplo típico.

Norte y Sur forman un bando. Se inicia el "game" y Sur posee esta mano:

Sur—Pique: A-K-10-5-2
Corazones: A-J-3
Diamantes: K-Q-7-2
Tréboles: 3

Sur puede muy bien declara-



rar "un pique", pero con ello no da una medida exacta del valor de su mano, y su compañero puede dejar las cosas así con una ayuda más o menos buena. Declarar más de un pique sería una demostración exagerada de fuerza en triunfo, que Sur no posee, y, además, ello puede obstruir la acción de Norte, que podría estar en condiciones de declarar un palo. Resultaría, pues, sensible que esa mano tenga que jugar solamente "un pique" cuando tal vez habría probabilidades de ganar el "game" con otro método en la declaración.

Si Sur declara "un sin triunfo", su compañero puede llevarlo al contrato de tres, y no resultaría imposible que existiera la coincidencia de que las dos manos estén débiles en trébol.

Sur tiene un juego bueno y fuerte, pero cualquier declaración, según el sistema regular, es inconveniente por una u otra razón.

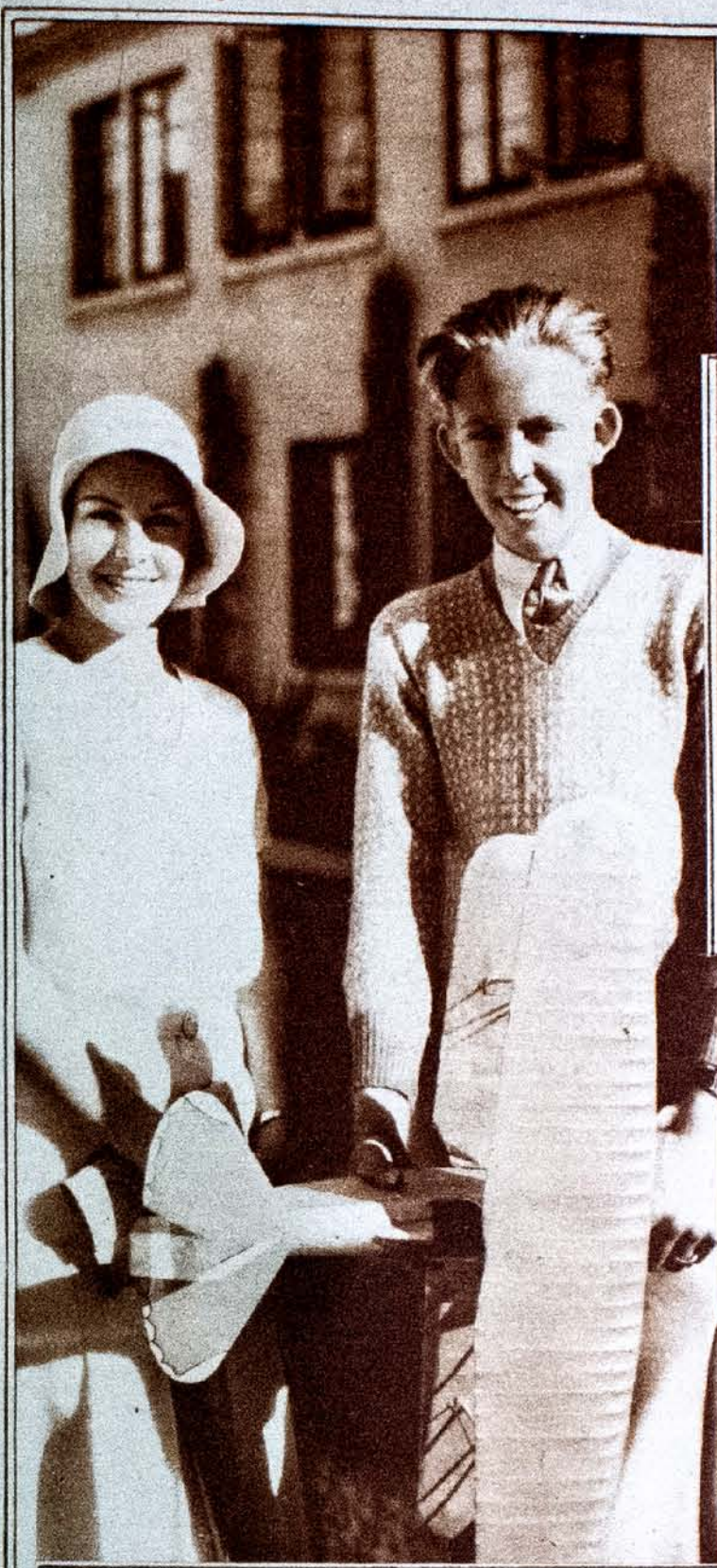
Supongamos ahora que el dueño de esta mano es un convencionalista y resuelve declarar "un trébol". Estudiemos el caso haciendo "pasar" siempre a los adversarios, y el remate se desarrollará como sigue, de acuerdo a las respuestas de Norte.

Respuestas de Norte:
Primer caso: Dos tréboles.
Segundo caso: Un diamante.
Tercer caso: Dos diamantes.
Cuarto caso: Un corazón.
Quinto caso: Un pique.
Sexto caso: Un Sin Triunfo.

Remate de Sur:
Tres Sin Triunfos.
Un Pique.
Cinco diamantes.
Cuatro corazones.
Cuatro piques.
Dos o tres Sin Triunfos.

En esta mano, Sur, sin emplear la convención, no podría nunca expresar su fuerza real, ni la posibilidad de ganar el "game". Sería necesario para ello que Sur tuviera dos oportunidades para intervenir en el remate después de haber escuchado a su compañero. Sin la anomalía de la convención no siempre podrá declarar Norte.

Manos de esta índole son muy frecuentes, y la solución para encontrar la mejor declaración que corresponda se encuentra en el trébol convencional, creado con este propósito, y también para facilitar las declaraciones de "slam". De estas últimas me ocuparé por separado.



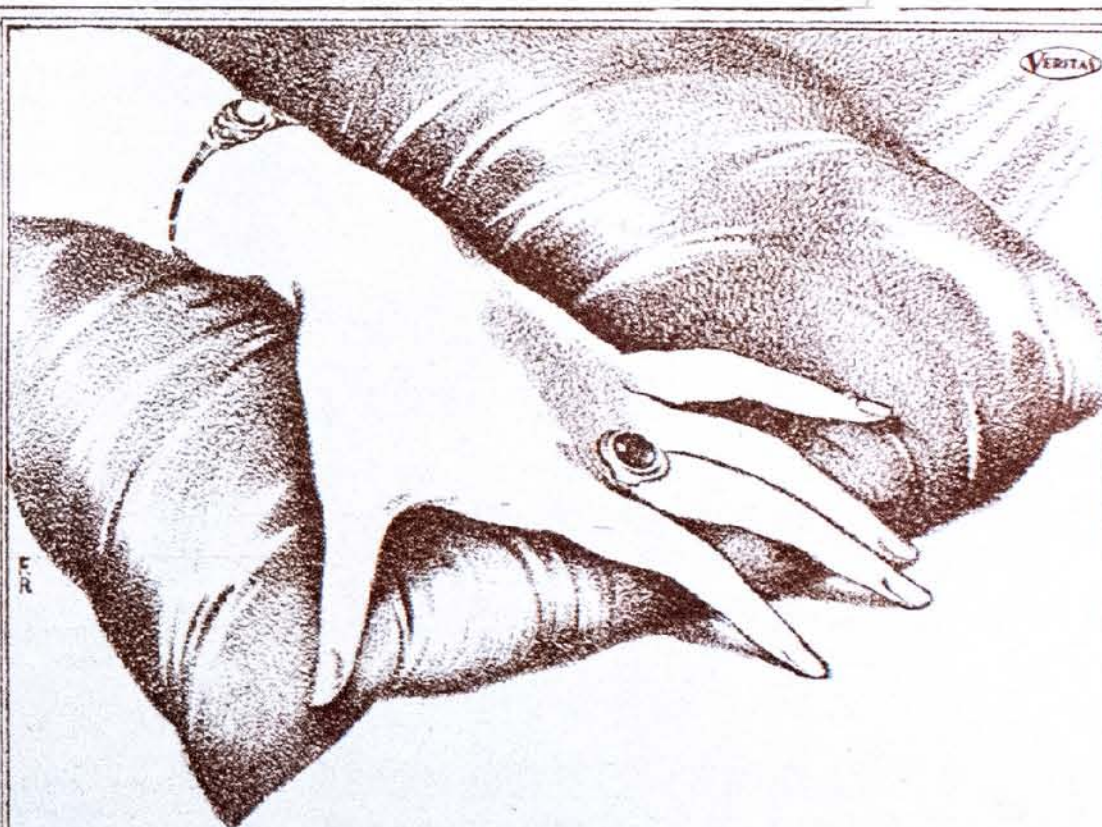
Frances Dee acompañó en los estudios de la Paramount al aviador Roberto Buck, de 16 años de edad, quien voló desde Nueva York a Los Angeles.



Jugadoras de polo, del Equestrian Club de Hat Common, Richmond, durante una práctica.



En la tarea de limpiar los números del reloj de la estación King's Cross, de Londres.



SU MANO ES UNA JOYA

Bien cuidada por el Jabón Heno de Pravia, de pasta pura y perfume intenso, su linda mano destaca por su finura y suavidad, dondequiera que se pose.

La espuma cremosa de este jabón exquisito limpia los poros y embellece la piel.



\$ 0.70
EN LA CAPITAL

JABÓN HENO DE PRAVIA

PERFUMERÍA
GAL
MADRID BUENOS AIRES
LONDRES ROMA

Proveedores de
S. S. M. los Reyes de España



Espectativa
felina.



Lagartera.
(Fot. de J. Ortiz Echagüe)



¿Se Quemó Ud.?

PUES aplíquese Iodex inmediatamente. Este espléndido y calmante ungüento amengua el dolor y apresura la cicatrización. No hace daño usar Iodex: ni irrita la piel, ni la mancha.

*Se vende en todas las farmacias.
Los médicos lo recomiendan.*

MENLEY & JAMES, LTD.
70 W. 40th St., Nueva York
E. U. A.



IODEX

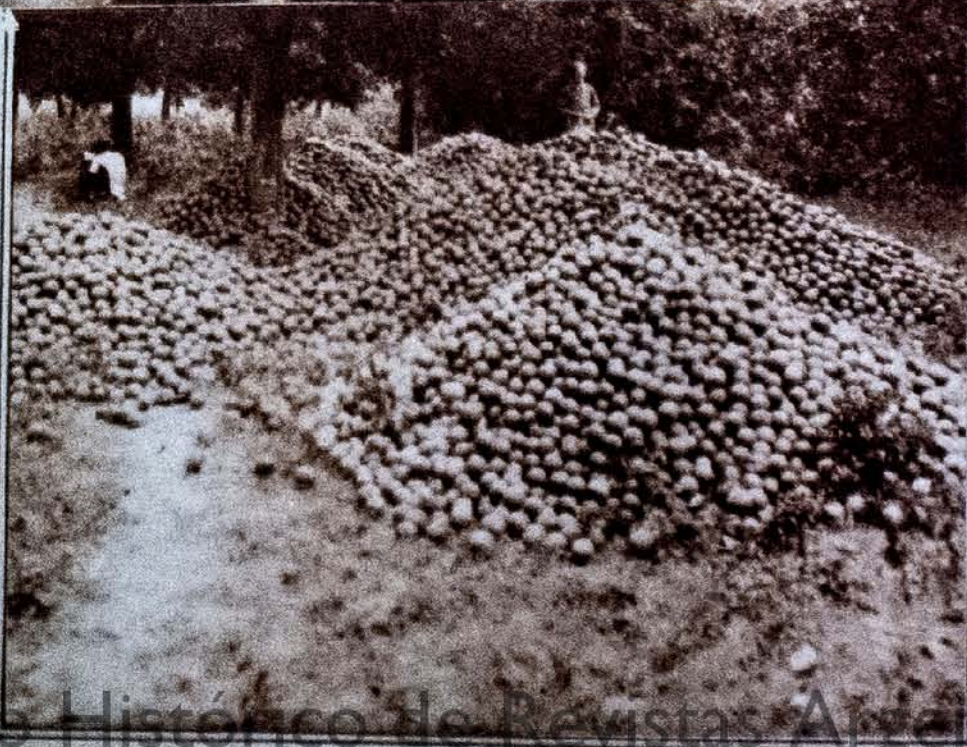
Un bello ejemplar de "chow-chow" aprovecha la silla de su expositora mientras espera el fallo del jurado en el torneo de campeones realizado por la Ladies Kennel Association en Olympia.



La sonrisa de Tiny, bello infante inglés de 18 meses de edad.



Recolección de naranjas en Tayicari, Villa del Rosario, en el norte del Paraguay.



*El
máspreciado
regalo
para ella?...*



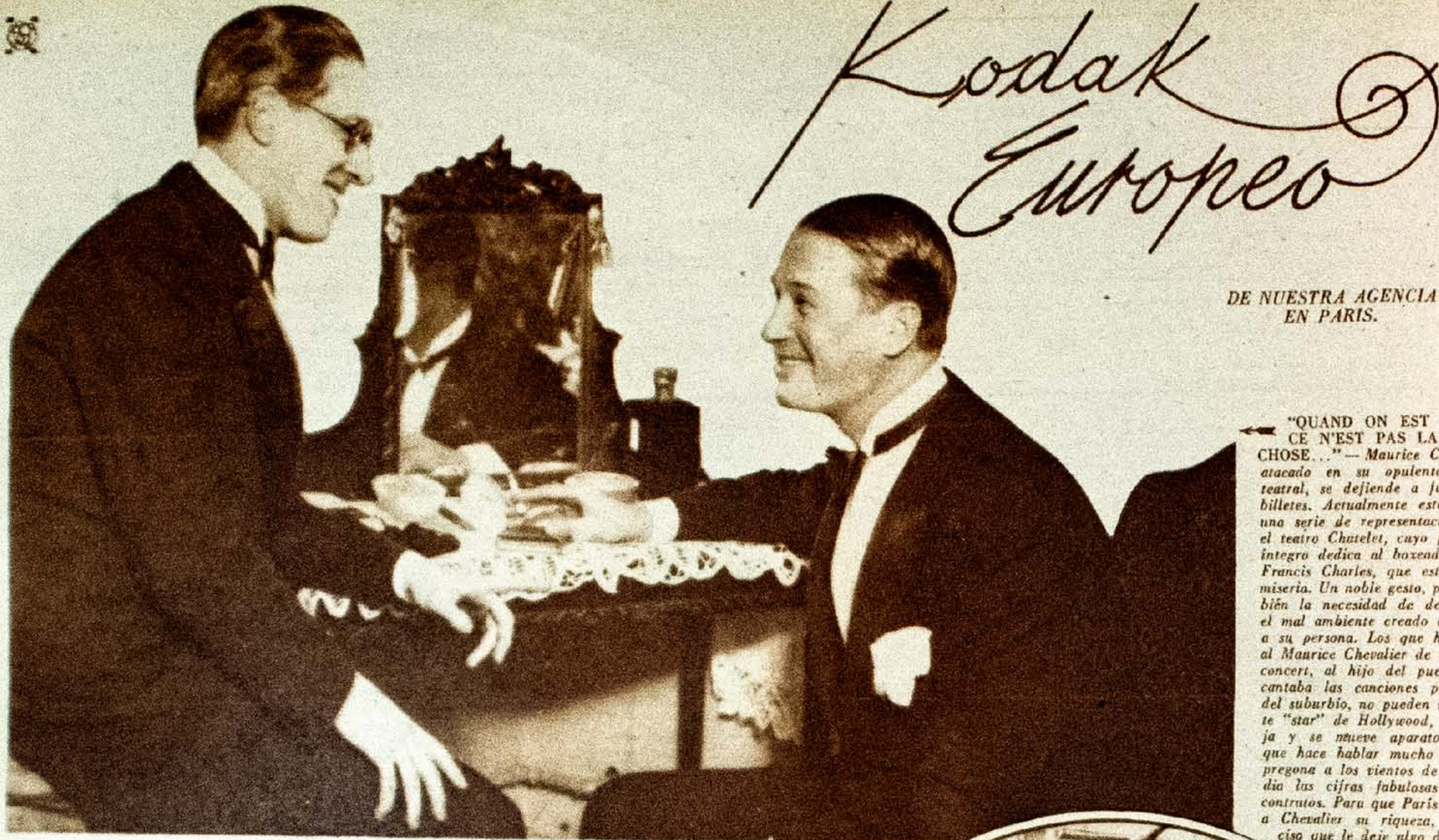
Una caja, atada con una bonita cinta de alegres colores... y dentro, entre el papel de seda, unos pares de las famosas Medias Holeproof de Seda Pura Natural.

Pueden adquirirse en los nuevos estilos Nos 2245, 4443 y 2000, con las nuevas Cuchillas Caladas, en todas las buenas tiendas de la República.

Las legítimas, llevan la marca Holeproof impresa en cada par.



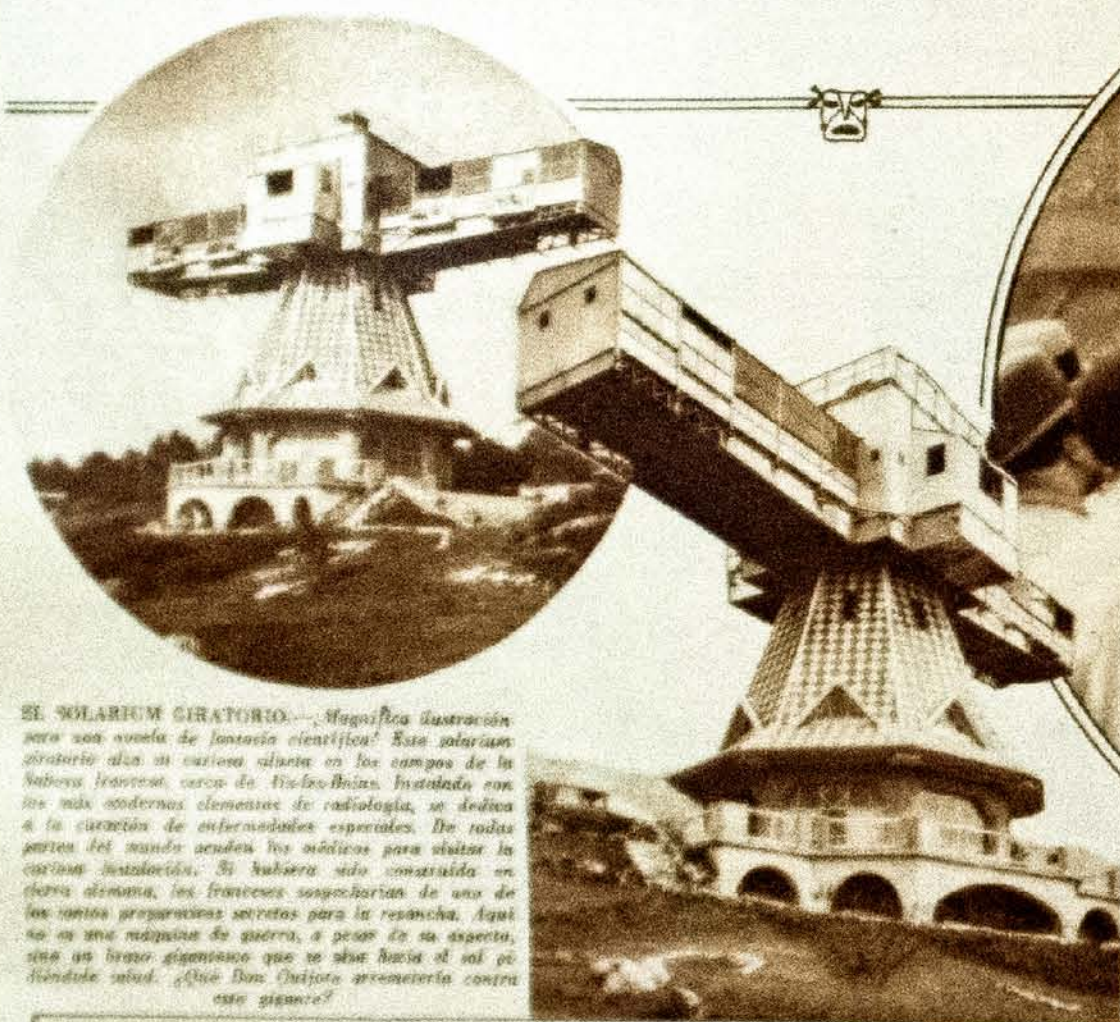
Medias Holeproof
Medias de rica Seda Natural



Kodak Europeo

DE NUESTRA AGENCIA
EN PARIS.

“QUAND ON EST RICHE, CE N'EST PAS LA MÊME CHOSE...” — Maurice Chevalier, atacado en su opulenta gloria teatral, se defiende a fuerza de billetes. Actualmente está dando una serie de representaciones en el teatro Chatelet, cuyo producto íntegro dedica al boxeador ciego Francis Charles, que está en la miseria. Un noble gesto, pero también la necesidad de desvanecer el mal ambiente creado en torno a su persona. Los que han visto al Maurice Chevalier de los café-concert, al hijo del pueblo que cantaba las canciones picarescas del suburbio, no pueden ver a este “star” de Hollywood, que viaja y se mueve aparatosamente, que hace hablar mucho de él y pregonar a los vientos de la envidia las cifras fabulosas de sus contratos. Para que París perdone a Chevalier su riqueza, es preciso que le deje algo de ella.



EL SOLARIUM GIRATORIO.—Magnífica ilustración para una novela de fantasía científica. Este solarium giratorio alza su curiosa silueta en los campos de la Saboya francesa, cerca de Aix-les-Bains. Instalada con los más modernos elementos de radiología, se dedica a la curación de enfermedades especiales. De todas partes del mundo acuden los médicos para utilizar la curiosa instalación. Si hubiera sido construida en plena Alemania, los franceses sospecharían de una de las tantas preparaciones secretas para la batalla. Aquí no es una máquina de guerra, a pesar de su aspecto, sino un brazo gigantesco que se alza hacia el sol peñisculando al mal.

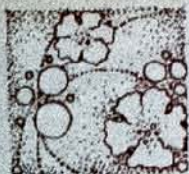


EL ENGRUDO CONTRA LA POLVORA.—Cubren estos días los muros de París carteles contra la guerra, cual si fuese inminente. Las gentes, inquietas, se detienen a leer las invectivas contra la guerra y en pro del desarme, lo que pone fuera de sí a los nacionalistas integralistas de todos los países que piden justicia, pero fuera de sus casas respectivas. Que se desarmen los demás...



LA ABISINIA SE CIVILIZA.—Las diarías han prodigado las fotografías de la coronación del Rey de Reyes, soberano de Etiopía. Y muchos al ver los edificios suntuosos, las espaciales y rectas avenidas, los parques maravillosos y las majestuosas residencias, se han extrañado porque creían que aquello era un país por civilizar. Nuestra fotografía representa al mariscal Franchet d'Espèrey y sus compañeros de la delegación francesa. El único personaje cubierto es el Ras Tafari. Decididamente, la Etiopía moderna no tiene atractivos para los occidentales, que ven allí una continuación de su civilización.



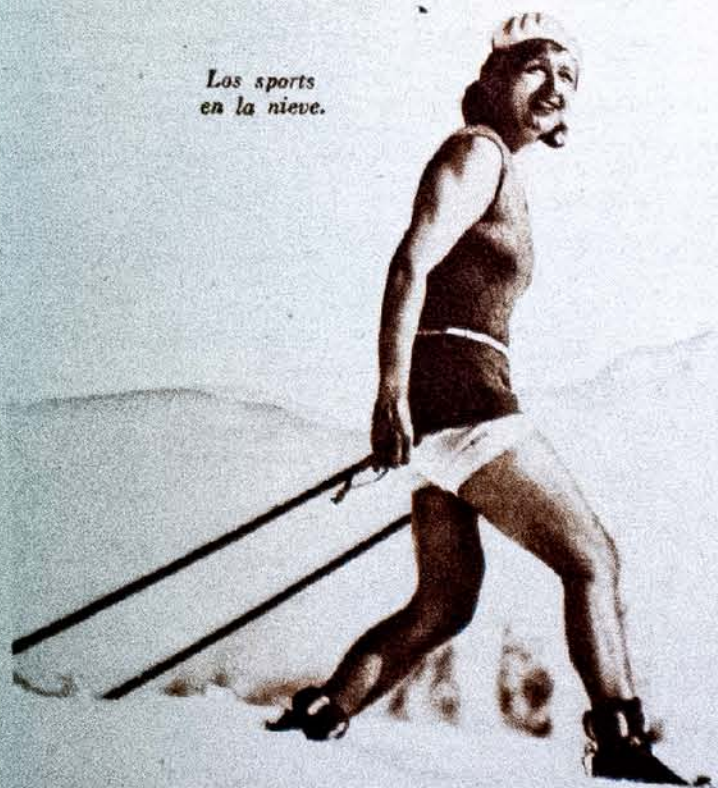


Entretenido ensayo de un paso de baile, al aire libre.



Ben Jack, "el Jackie Coogan alemán", espera la señal del agente de policía en Berlín, para cruzar la calle.

Los sports en la nieve.



Maria Esther P. de Pomar

aconseja a toda señora que desee conservar el cutis lozano, claro, siempre joven, abundantes aplicaciones de

CREMA DE ORIENTE VINDOBONA

No es un cold-cream. No es un tónico para el cutis. Crema de Oriente Vindobona sobrepasa todo lo que usted pueda haber ensayado hasta ahora. Sus componentes son distintos; por eso son diferentes sus resultados también.

Alisa las arrugas - Elimina las pecas y manchas

Aplicada por la noche al acostarse, es absorbida rápidamente por la epidermis, rejuveneciendo las capas profundas de la piel. Así, no alisa las arrugas inmediatamente de ser aplicada — no estira la piel. Modifica su textura, mejorándola, porque siendo vaso-constructora, le suministra los elementos vitales que la vida y los agentes exteriores le han robado. Con cada aplicación su cutis mejorará. Paulatinamente adquirirá mayor hermosura. Se reafirmarán las partes flácidas de la piel y se borrarán aún las arrugas más pronunciadas — alrededor de los ojos — en el cuello — en la frente — junto a la boca.

Así como rejuvenece la epidermis, la libra de todas las impurezas. La piel de usted se renueva de continuo. Al llegar los científicos ingredientes de la Crema de Oriente Vindobona a las capas ocultas de la piel, intervienen en la elaboración del cutis que usted ostentará mañana. Aceleran la renovación. Apuran la expulsión de la piel marchita y con ella se van las pecas, los paños y manchas cutáneas. La Crema de Oriente Vindobona impide que esos defectos se reproduzcan en el cutis nuevo. No levanta la piel. Nadie se dará cuenta de que usted hace algo para mejorar su cutis. Los barritos desaparecerán. Los poros se contraerán. La piel aparecerá más fina y transparente. Se borrarán de ellos las huellas del sol y de los años. Las paspaduras sanan en seguida que se aplique Crema de Oriente Vindobona.

Los resultados son seguros

La señorita Evita Franco, simpática y celebrada actriz nacional, que hace uso habitual de la Crema de Oriente Vindobona, nos confirma en una carta que ha visto "casi milagros realizados con ella, borrando arrugas profundas y manchas pronunciadas". Iris Marga, que hace poco ha vuelto a la escena, nos escribió que desde que se decidió a probar Crema de Oriente Vindobona no usa otra cosa: "He constatado que deja el cutis fino, liso y transparente".

Los Laboratorios Vindobona, una de las más grandes instituciones dedicadas a proporcionar a la mujer todo aquello que le ha de ser útil para acrecentar y conservar su juventud y belleza, le garantizan a usted un cutis claro, limpio y sin arrugas, con el uso de la Crema de Oriente Vindobona. Si no lo obtuviera le devolveremos íntegro el dinero gastado.

Crema de Oriente Vindobona se vende en la Sucursal Argentina de los

LABORATORIOS VINDOBONA

FLORIDA 8, PISO 1°

(Venta atendida por señoras)

BUENOS AIRES

EN MONTEVIDEO: Andes 1338, 2° piso.

También se vende en las casas más prestigiosas del ramo, entre ellas:

Franco Inglesa
Sarmiento y Florida
Casa Argentina Scherrer
Suipacha 171
Farm. Scanapieco
Esmeralda y Tucumán
Farm. L'Aiglón
Callao 200
Ciudad de México
Florida y Sarmiento

Gath y Chaves
Casa Central y Suc.
Farm. Ferrini
Florida 820
Farmacia Canning
Canning y Santa Fe
Farmacia Chialvo
Sarmiento y Talcahuano
Farmacia Gonzalez
Rivadavia 5400

Pedidos del interior se atienden en el día.
Folletos gratis. — Remita el cupón.

LABORATORIOS VINDOBONA L. N. O. 61
Florida 8 - Piso 1° - Buenos Aires.
Sirvanse enviarme gratis folletos explicativos sobre la Crema de Oriente Vindobona.

Nombre
Calle No
Ciudad F. C.

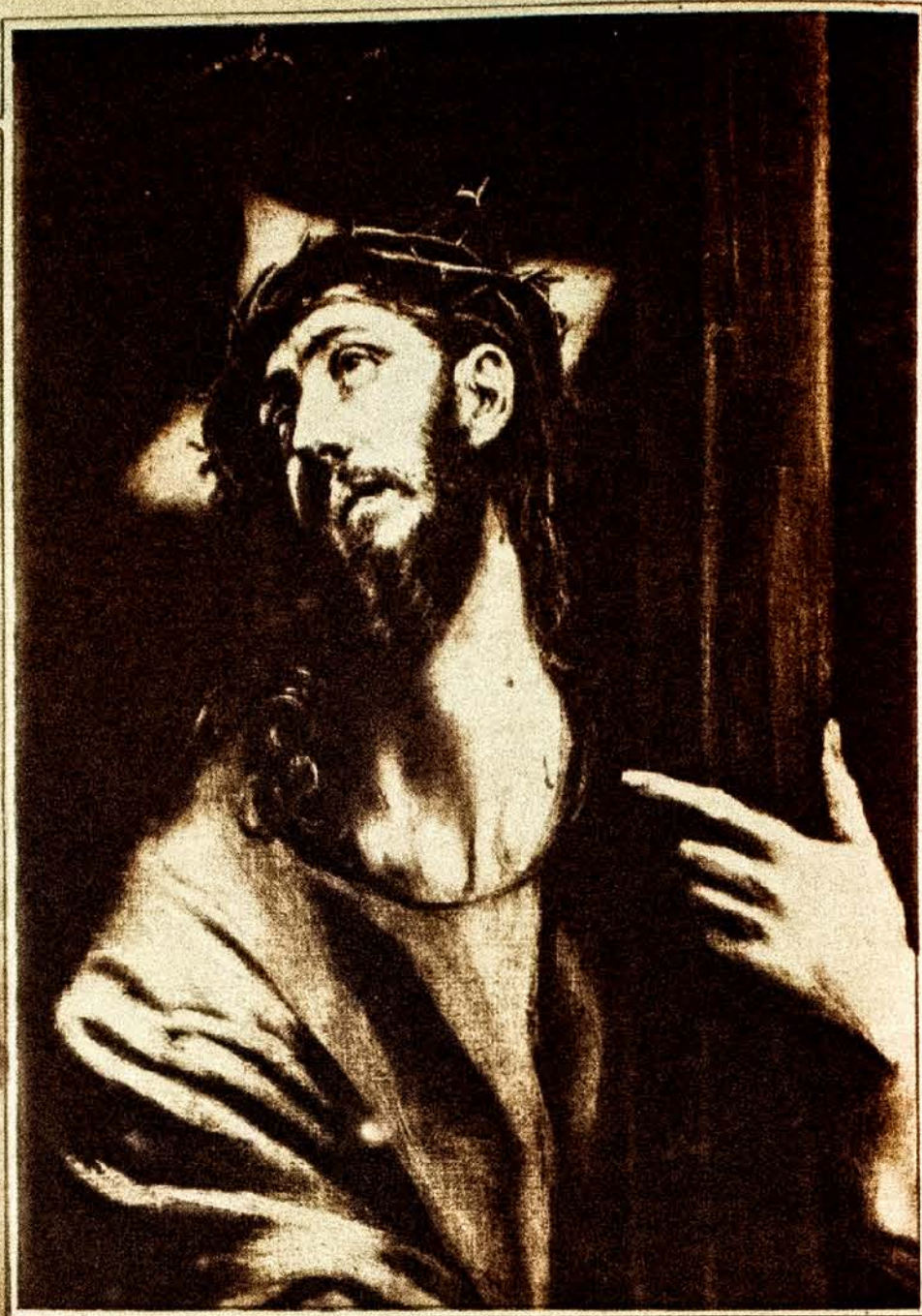
Axilas secas y sin olor

Vuelven los días de calor y con ellos ese alevoso enemigo: la excesiva transpiración en las axilas. Casi todo el mundo exhala un olor más o menos fuerte cuando las axilas sudan. Aun cuando la persona misma no se dé cuenta, no pasa desapercibido para quienes le rodean.

Como cualquiera persona limpia, hay pocas cosas que detestará Vd. más que el olor y la indeseada transpiración. Nilidor libró a millares de personas de la transpiración. ¿Por qué no también a Vd.? Es un líquido antiséptico y completamente inofensivo. No daña la ropa. Dos aplicaciones por semana, en cualquier sitio del cuerpo donde se produzca excesiva transpiración, son suficientes. Use Vd. también Nilidor en las axilas, en las manos, en los pies. En frascos de abundante contenido, para usarlo prodigamente, se vende en las buenas casas, en la Franco Inglesa, Gibson, Gath & Chaves, Casa Argentina Scherrer, Farmacia Scanapieco, Esmeralda y Tucumán; Farmacia Inglesa, Av. de Mayo 900; Farmacia Suipacha, Córdoba 900; etc.; y en los

LABORATORIOS VINDOBONA
FLORIDA 8, PISO 1° BUENOS AIRES

NILIDOR

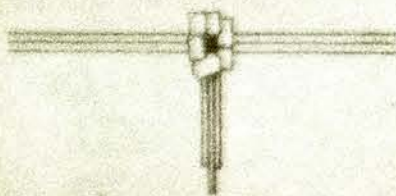


El Greco (Escuela española):
Cristo llevando la cruz.

Ilustraciones complementarias del artículo "Una nueva galería privada europea" (La colección Thyssen), por Wilhelm Hausenstein que aparece en las páginas 18 y 19.



Francisco Zurbarán (Escuela española): Santa Agnes.



Luisa Grunoch, el Antiguo
(Escuela alemana): Retrato.



Poder comer de todo

Constituyen el ideal de muchos que se ven obligados a prescindir de los manjares de su agrado por causa de las molestias gástricas, tales como dolores, acidez, etc. Conviene saber a todos que estas molestias originadas por el exceso de ácidos en el estómago, se corrigen fácilmente mediante el bicarbonato cálcico, que neutraliza los ácidos, hace cesar al instante todo dolor y promueve una digestión normal y la perfecta asimilación de la ingesta.

El bicarbonato cálcico es un producto científico que no debe confundirse con el bicarbonato común, ya que este último no es de digestión segura. Un folleto gratis se obtiene solicitándolo de los señores Cook & Ross, en la...

CON EL SOMBRERO SEA EXIGENTE PORQUE LO MIRA TODA LA GENTE



No se puede engañar a quien tiene ya un STETSON

Para explicar cómo se reconoce en seguida un Stetson, sería preciso demostrar la buena calidad de su fieltro, la maestría empleada para darle formas que se conserven siempre de moda, la maravillosa mano de obra que proclama la diferencia entre la distinción y la mediocridad.



No hay sombrero—no importa el precio—tan cómodo, de estilo tan permanente, de tan positivo valor como un Stetson.

STETSON

John B. Stetson Co., Philadelphia, fabricantes de la mejor calidad de sombreros de fieltro, paja, legítimos leghorns y panamá, sombreros de copa, gorras y también sombreros para señoras en todos estilos para viaje, campo o ciudad.

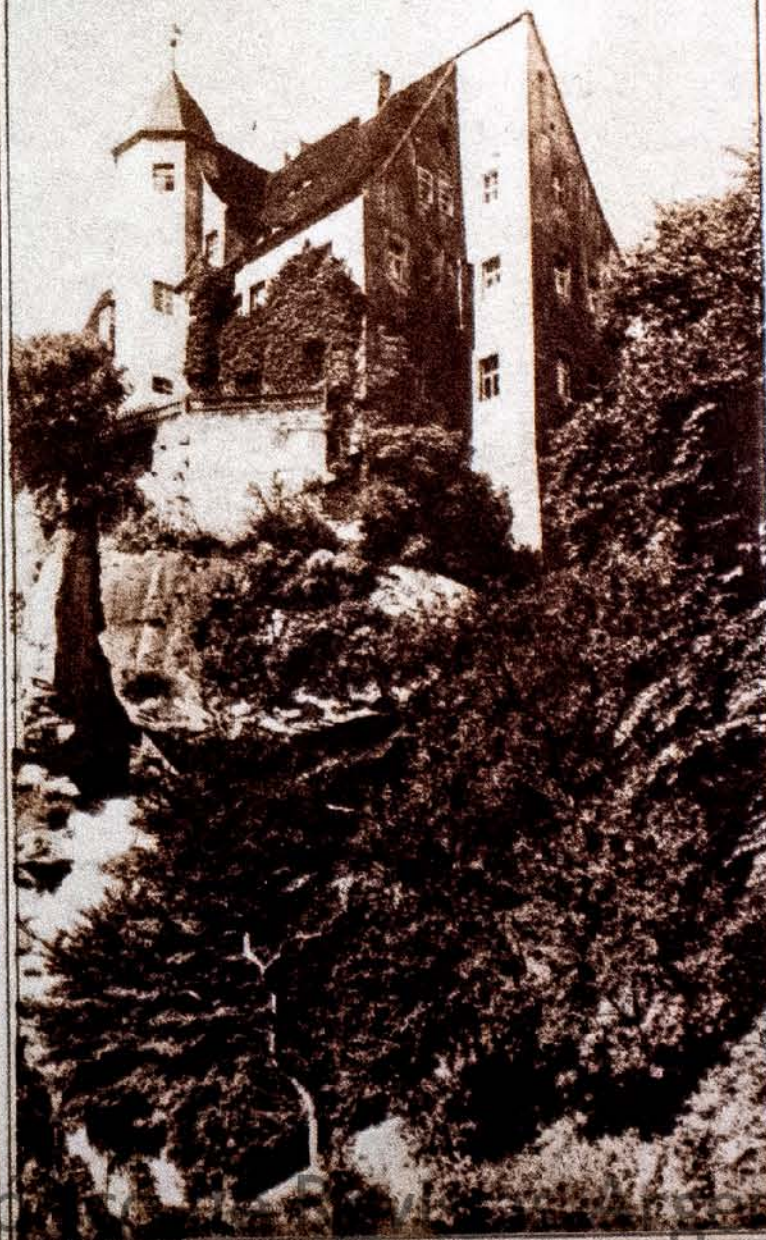
El príncipe Jorge, que visitará Buenos Aires el año próximo en compañía del príncipe de Gales, ovacionado por la multitud a su paso por las calles de Brighton.



A Sally Starr y Dorothy Jordan les agrada el "caballo de cuero" del gimnasio.



El antiguo castillo de Hohenstein, en Sajonia, actualmente cuartel de los boy scouts alemanes.



LOS RAYOS DEL SOL queman, resecan y aviejan el cutis a menos que se le proteja con Crema Hinds. Treinta años de uso demuestran su eficacia.



CREMA HINDS



"Blasones y talegas. La manía nobiliaria de los norteamericanos", por Georges Maurevert . . . Pág. 14
 "El último bethlemita de Buenos Aires", por Arturo F. González. Pág. 15
 "Romance de la niña que llora por nada" (versos), por Luis Cane. Pág. 16
 "Un zoo colosal para los ingleses", por Angel Cabrera . . . Pág. 17
 "Una nueva galería privada europea", por Wilhelm Hausenstein. Págs. 18 y 19
 "La noche del sábado" (cuento), por Susana Calandrelli (ilustraciones de Luis Macaya) . . . Págs. 20 y 21
 "El novio de Rosita. La elección del automóvil" (historietas cómicas), por Geo Mac Manus . . . Pág. 22
 "El jugador sin fortuna" (Páginas de la historia de Bolívar), por Jose Maria Salaverria . . . Pág. 23
 "Romance de un río" (versos), por Fernán Silva Valdés . . . Pág. 23
 "La elegancia femenina", por Jean Charles Worth y Eva Tingey (dibujos de Carlos Duncan). Pág. 24
 "El misterioso crimen del escarabajo: La cólera del Dr. Bliss", por S. S. Van Dine (ilustración de Pedro Delucchi) . . . Pág. 25
 "Las mil y una aventuras (Páginas de un libro continental): Primeros estudios, primeros amores", por José Santos Chocano. Pág. 26
 "Mi emoción ante la cámara", por Janet Gaynor . . . Pág. 27
 "Vida de Charles Lindbergh", por Sidney F. King . . . Pág. 28
 "El sacrificio de Djimutava" (cuento para niños, ilustración de Juan Carlos Huergo) . . . Pág. 29
 "Crónicas de Hollywood: Cerca de las estrellas", por Mordaunt Hall. Pág. 30
 "Betty: Simple trastrueque" (historieta cómica), por C. A. Voight. Pág. 31
 "Bridge: Contrato americano. Convención Vanderbilt", por León Cassab. Pág. 32
 Actualidad nacional y extranjera (páginas gráficas) . Págs. 33 a 39

REVISTA DE "LA NACION"

"Labriegos" de Lagartera (carátula en huecograbado) . . . Pág. 1
 "¿Cuál es su golpe favorito? Reportaje gráfico a Analia Obarrio de Aguirre" . . . Pág. 3
 Contrastes porteños (página gráfica). Pág. 6
 Figuras de la pantalla . . . Pág. 8
 "El viajero" (cuento), por Benjamín Cremieux (ilustración de Sirio). Pág. 9
 "Los colosos del aire", por Emilio Herrera . . . Pág. 10
 "Los teatros en Madrid: Irene Alba, Fernando Díaz de Mendoza, Los tenorios y el cinematógrafo parlante", por Luis Calvo . . . Pág. 11
 "Ola de crímenes en los Estados Unidos", por William Will Davies . . . Pág. 12
 "Claremont se democratiza", por Lucie Walker-Leigh . . . Pág. 13

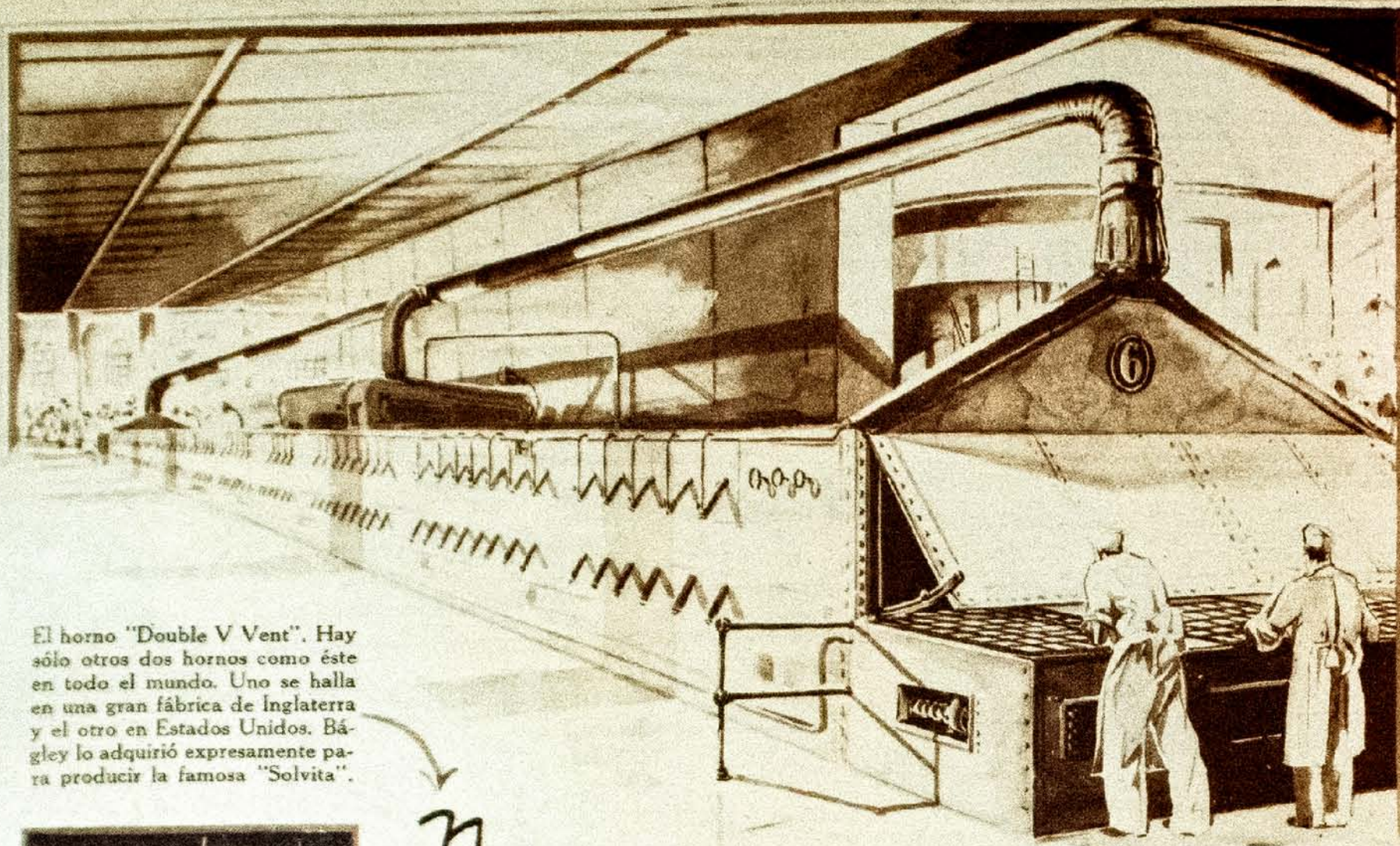
Jantzen
 (El traje que transformó el baño en natación).

do...!Acuda a cualquiera de las casas del ramo y elija el modelo que mejor le quede!

ARTHUR S. HAWTREY
 Cerrito 665 Buenos Aires

Sírvase mandarme la guía de colores **JANTZEN**

Nombre Dirección www.ahira.com.ar



El horno "Double V Vent". Hay sólo otros dos hornos como éste en todo el mundo. Uno se halla en una gran fábrica de Inglaterra y el otro en Estados Unidos. Bágley lo adquirió expresamente para producir la famosa "Solvita".



Al preparar la "Solvita" se empieza por poner la levadura al influjo de los rayos ultravioletas y, una vez lista la masa, se somete ésta también al poder de dichos rayos, estimulando la actividad vital de las harinas.

El producto así obtenido, es mucho más nutritivo y fácil de digerir y representa un gran alimento, sobre todo para los niños y para las personas de digestión débil.



No son
un secreto las bases
del éxito de "SOLVITA"

LA recepción que del público en general, así como de los médicos, ha merecido la galletita "Solvita" super sandwich, ha sobrepasado aún nuestros cálculos más optimistas.

La "Solvita" tiene un sabor delicado, realmente indescriptible, y es, a la vez, más digerible y más nutritiva que cualquiera galletita tipo sandwich conocida hasta la fecha.

Debido al sistema especial de horneado que se emplea, el almidón del trigo se convierte en forma muy asimilable, y por eso la "Solvita" puede comerse en cualquier cantidad sin temor a engrosar, con gran ventaja para la salud.

Pero sobre todo, y lo que es muy importante, la "Solvita" tiene, repetimos, un sabor incomparable.

Pruébela.



SOLVITA

SUPER-SANDWICH